DE ALMA EN ALMA

POR

MANUEL QUIJANO H.

SAN SALVADOR

TIPOGRAFIA LA UNION DE DUTRIZ Hnos. S. S.



Palabras Prologales

DEDICATORIA:

A la «Inteligencia» y á la «Acción», por medio de sus simpáticos representantes, los estudiantes y los obreros.

Manuel Quijano H.

Con esta modesta dedicatoria, mi querido amigo y compañero el escritor salvadoreño doctor don Manuel Quijano Hernández publica su libro «De Alma en Alma».

El libro del doctor Quijano Hernández aparece sin pretensiones de obtener una consagración, porque su autor no es de los que van tras la gloria de oropel de las gacetillas de periódicos. Su libro no obtendrá esa gloria, porque es un libro en que resplandece la Verdad y el ardiente deseo de ver el imperio de la Justicia y la Libertad en esta nuestra amada Patria.

En la época actual, antes que poetas y escritores de filigranas, lo que necesitamos es de hombres de acción, hombres de pensamiento fuerte que secunden esta ansia de los pueblos de llegar á



su engrandecimiento. Ya no es el canto triste ni la romanza amorosa, ni el verso caprichoso, los que deben mover á las multitudes. No es con la prosa rítmica que se logre regenerar un país: se necesita algo que sea la revelación del nervio poderoso de los ciudadanos.

Debemos creer que El Salvador va entrando triunfalmente á una positiva reinvindicación, porque, como Quijano Hernández, ha surgido una brillante pléyade, al amparo de la libertad de la prensa, buscando con la palabra escrita el camino del Derecho. Su anhelo es muy justo: después de muchos años de silencio de muerte, de degradación, de eclipse en sus aspiraciones patrióticas, ha venido una radiante aurora de libertad. Plegue al Cielo que esta aurora perdure para bien de la Nación salvadoreña!

En este libro están puestos de relieve el espíritu libre y el vigoroso intelecto del doctor Quijano Hernández. Escribe sin miedo ni vacilación; pone el termocauterio donde se necesita; señala el mal donde esté; lanza su anatema á los que no han sabido ser buenos ciudadanos y su prosa es dúctil. franca, sin rebuscamientos torpes: escribe para el pueblo, no para acadèmicos.

Cada una de sus páginas contiene una sorpresa: ya la anécdota, ya el cuento regional, ya la crítica de vicios inveterados, ya el dato histórico, ya el latigazo sobre los conculcadores de la ley. Y todo con sencillez, con serenidad, sin palabras efectistas y sonoras.

Yo conozco al doctor Quijano Hernández y püedo decir que la prosa de este libro es su propia conversación, ingenua á veces, fogosa á ratos, amarga otras veces; mas en todo, sincero y firme, ageno á convencionalismos è hipocresías. El opina que la palabra del hombre debe ser tan cristalina como la fuente de la montaña, tan pura como la voz de la naturaleza.

Quijano Hernández es lo que se llama un



buen patriota: desea para esta nuestra tierruca todo el bienestar y toda la grandeza que se puede apetecer. Y es lástima que él, tan bueno y tan noble, no quiera poner su grano de arena en la esfera en que se puede hacer el bien de manera visible, no por falta de buena voluntad, sino porque no ha nacido para entrar en guerra con los elementos sociales de la época. Sin vana pretensión ha dicho, lamentándose de no poder tomar parte en los debates públicos: «Yo debí haber nacido, ó cien años atrás, en aquella hermosa alborada de la independencia en que hubo hombres como Delgado Rodríguez y Aguilar, ó cien años más allá de esta época cruel, cuando supongo llegará á ser el verdadero reinado de la Justicia y de la Libertad».

Tal es el autor de este libro humilde que ahora va á la luz pública, para pasar entre la indifecia de unos cuantos ó para quedar sepultado en algún viejo archivo...... El destino de las producciones nacionales!

Y desearía poner de relieve los primores que contiene el libro mencionado, porque justicia sería hacerlo; pero no quiero desmembrar el conjunto. Allí están todas sus páginas frescas y olorosas á nuestras campiñas, porque escritas han sido en el campo y en el valle, lejos del bullicio embrutecedor de las grandes ciudades, donde el pensamiento no puede tener todo el vuelo, toda la libertad de los espíritus de amplias concepciones.

Quien ha escrito «Supremas Repugnancias» es un combatiente y un patriota; quien ha escrito «Los Genios del Trabajo» merece llamarse sociólogo; quien ha escrito «El Sonámbulo», «El Epiléptico», «La Romería de Jucuarán», «Ño Cátera», «El Padre Eterno», es un cuentista regional; quien ha escrito «¡Al Mar! ¡Al Mar!», es psicólogo. Y yo no le llamo combatiente à quien vocifera y escribe con asombrosa fecundidad y con sin igual estruendo, pues aún desde la soledad de un escritorio se puede conmover un pueblo; ni sociólogo ni psicólogo



es solamente el que nos presenta un volúmen lleno de definiciones confusas y citas personales; ni cuentista regional es el que viene por ahí formando un verdadero catálogo de frases fuera del léxico castellano.

A los estudiantes, la bella florida promesa del porvenir de la Patria, y á los obreros, la Acción personificada en las batallas del trabajo—recomiendo leer, sin ninguna prevención, estas páginas.

Será este el mejor laurel que reciba su autor.

J. Dols Corpeño.

San Salvador, 25 de junio de 1911





El General Quijano y la Historia

No pretendo hacer una biografía completa de este hombre público que la historia juzga con demasiada severidad; pero sí, un ligero esbozo de su origen y de los hechos más culminantes que honran y enaltecen su memoria.

Hacia las postrimerías del sigio XVIII un español, de apellido Quijano, pisó las playas de Costa Rica, se radicó en ese pedazo del suelo centroamericano y formó su hogar; ese hogar fue cuna de tres vástagos, Francisco, Manuel y Joaquín, notables los dos primeros, pero en distintas escalas de la vida humana. Francisco, siguió la carrera eclesiástica y, por sus virtudes y sabiduría, llegó á ser Canónigo; y nada menos, en Nicaragua rinden culto á su retrato como lo hicieran con estampas bendecidas. El segundo es el que motiva estas líneas. Su hermano Francisco, cuando ya era sacerdote y vivía en Nicaragua se encargó de su educación; pero el niño, que ya revelaba lo que sería el hombre, carecía de paciencia, y, viendo que las ciencias no se absorvían con facilidad, dijo á su hermano que quería ser pintor; mas tampoco tenía vocación para la pintura y optó por irse para España con un súbdito de la Madre Patria, de la que en cambio de nuestro oro nos dejó su armoniosa lengua. Menos de un año sirvió al español que le llevó y, obedeciendo á impulsos secretos é irresistibles que lo



impelían hacia la carrera que debía seguir en su vida, se presentó al servicio de las armas en Madrid; pero como aún era niño le dieron alta en la banda de guerra, donde tocó el tambor. Así pasó hasta que pudo manejar el rifle ó carabina, y entonces solicitó alta como soldado raso. Como esta carrera llenaba sus aspiración y era su verdadera vocación, se dedicó de lleno y con ahinco á ella, de tal manera que en pocos años llegó á ser teniente efectivo; grado con el que volvió á Centro América, allá por los años de 1826 ó 27. Una vez en Costa Rica, su patria natal, contrajo matrimonio con una hija del país, de la más culta sociedad. Pero su genio no le permitía dedicarse á una vida puramente vegetativa y emprendió marcha para México, donde esgrimió muchas veces su espada á las órdenes del Gobierno constituido, volviendo otra vez á Centro América por Guatemala y El Salvador, hasta fijarse en Nicaragua. En México conquistó los galones de Coronel.

El Gobierno de Nicaragua le ordenó que marchara con refuerzos militares para el General Méndez (alias El Pavo) que á orillas del Lempa permanecía inactivo, contemplando solamente el ejército enemigo que del otro lado del río tenía el Coronel Benitez. Quijano, hombre de fuego, se indignó al ver aquella inación de su jefe, y le dijo, que el Gobierno de Nicaragua estaba haciendo sacrificios para sostener esa campaña y que no era justo perder tan inútilmente el tiempo y el dinero, é incontinente arengó al ejército, para saber con qué número podía contar, ordenando que todo aquel que le perteneciera diera un paso al frente; y como la mayoría lo hizo, el jefe se abstuvo de castigar la desobediencia, y sí hizo reflexiones á Quijano, en el sentido de que no era conveniente dar el ataque todavía; á lo que contestó éste accediendo aparentemente; pero á media noche, y con el mayor sigilo, levantó la parte de ejército que le pertenecía, pasó el río y deshizo por completo el ejército de



Benitez. Cuando hubo dado la victoria mandó decir á su jefe que le enviara el resto de las fuerzas para continuar la marcha; á lo que *El Pavo* contestó, que ni un soldado le daba. «Pues con los que tengo me voy», dijo Quijano; y, en efecto, así lo hizo, y á marchas redobladas llegó á San Vicente, población que tomó sin mucha resistencia, concibiendo la atrevida idea de marchar hasta la capital; pero Benitez le salió al encuentro en las lomas de Jiboa, y allí lo derrotó, habiéndole engañado con una carta falsa.

En el «Espíritu Santo» peleó á las órdenes de Ferrera, con los ejércitos aliados de Honduras y Nicaragua. A él se le achaca la muerte del Coronel Benitez, que tanto lamentara Morazán; pero no, el hecho fue así: En la confusión que Morazán puso en los ejércitos aliados, Quijano cayó entre el enemigo, del cual logró escaparse en pechos de camisa y con solo la espada en la mano, y en su huida, y ya un poco apartado del grueso del ejército, se encontró con el Coronel Benitez, se reconocieron y se desafiaron. En medio de la lucha singular que tenían, apareció un soldado de los de Quijano y por detrás mató á Benitez.

En la intentona contra el tirano inamovible de Costa Rica, Dr. Braulio Carrillo, dió una muestra de su inaudito valor. Una vez que iba derrotado, sin un soldado y perseguido de cerca por el enemigo, corría al azar por una llanura hasta que al fin llegó al borde de un inmenso abismo: allí había que decidirse á morir asesinado por aquella turba despiadada ó á morir hecho pedazos en la sima del abismo, y optó por esto último; aguijoneado el caballo, se lanzò al espacio con su intrépido jinete. El enemigo, que llegaba en ese momento, suponiéndole muerto, pues no se atrevía ni á ver hacia la profundidad, retrocedió satisfecho á referir el triste fin de aquel desalmado insurjente...... Pero la Providencia, que no había decretado aún su fin, condujo las cosas de tal modo que el caballo no dió



vueltas en su descenso aéreo, sino que cayó muy recto, haciéndose pedazos al caer, pero salvándose el jinete, que no perdió ni un momento su presencia de ánimo. Actos como este son dignos de figurar en las homéricas leyendas.

Montúfar, en la página 354 del tomo 4° de su Historia de Centro América, dice: «Quijano, el revolucionario de Costa Rica, á quien Carrillo puso fuera de la ley», como estigmatizando con este hecho la conducta de aquel jefe. Pero esta orden dada por un tirano como Carrillo no mancha en manera alguna la reputación de Quijano, y me fundo para tal aserto en otras palabras del mismo Montúfar, que consigna en el tomo citado y en la página 603, en que, haciendo alusión al célebre decreto de Carrillo, en el cual se declara inamovible é inviolable, declarando también irresponsables á todos los que ciegamente cumplan sus bárbaras órdenes, dice literalmente así: ¿«En que obra de Derecho Público Constitucional moderno habría aprendido don Braulio este bárbaro sistema? Después de este decreto *toda insurrección era lícita* contra el tirano que representaba su país como una caricatura turca ante el extranjero» En otra parte dice: «Carrillo había destruido en Costa Rica un Gobierno Constitucional, por medio de un golpe militar; dictaba leyes arbitrarias; no soportaba la oposición; *proscribía y declaraba fuera de la ley á ricos propietarios y honrados padres de familia;* tenía establecido el espionaje y las delaciones como su sistema ordinario de Gobierno y el cadalso político empapado en la sangre de sus conciudadanos. Acosta, Dengo, algunos sargentos conducidos al último suplicio y otras víctimas, dan testimonio de la verdad. *Los recursos legales* contra el tirano habían desaparecido. No se le podía acusar porque no exsistía una Asamblea que declarara haber lugar á formación de causa, y porque él se había declarado irresponsable; no se podía esperar que terminara su período constitucional, porque él se



había declarado inamovible. Hallándose el país bajo este régimen, *la insurrección era lejítima*; no solo era entonces un derecho, sino un deber de los ciudadanos oprimidos». Si toda insurrección era lícita contra ese tirano ¿por qué no lo era la revolución del General Quijano, hijo también de Costa Rica? He ahí la injusticia de los hombres. El historiador no debe tener partido político para que llene la condición indispensable de la Historia, que es la imparcialidad. Como Montúfar era liberal neto y Quijano conservador, esta es la razón porque nunca cayó en gracia de aquel, como tampoco del insigne tribuno Alvarado Contreras, que habla de Quijano como de un facineroso, cuando compara con él á Justo Rufino Barrios. Sinembargo, á Barrios lo endiosan algunos liberales por el hecho de haber pertenecido á su partido, á pesar de sus crueldades neronianas; y conste que yo también reconozco en él á un gran reformador y progresista; pero tuvo campo de acción para darle amplitud á sus dotes; pues fué jefe de una nación; mas esto no justifica sus atrocidades. Quijano no se complacía en quemar vivos á sus semejantes, no gozaba con los sufrimientos de los demás; fué algunas veces cruel, pero en campaña, por mantener la obediencia, que es la base de la disciplina militar. Y si no que lo diga Bonaparte cuando hacía lanzarse de lo más alto de una torre al más cobarde de sus soldados, ó cuando rellenaba los fosos de Waterloo con sus soldados, haciendo así puentes de carne humana, para que pasara su caballería. Quijano empezó su carrera en España, cuando aun se cernía en la vieja Europa la grandeza de Napoleón y sus valientes mariscales. Sus ideas militares nacieron en esa escuela del vencedor incomparable. En tiempo de paz nunca quizo mandar, por lo mismo que conocía la violencia de su caracter; y esto, además de disculparle, le honra, porque demuestra que no peleó por ambición de mando ni de riquezas. Su espada sirvió siempre á un Gobierno constituido.



Por muy corto tiempo aceptó la Comandancia del Puerto de San Juan del Norte, en Nicaragua; pero esto dio lugar à un hecho de gran honra para èl, pues pone de relieve la entereza de su carácter y su intachable pundonor militar, virtud que hasta sus enemigos le reconocieron, como lo prueban las palabras del Benemérito General Morazán, al citarlo como un ejemplo digno de imitarse, pocos momentos antes de morir, palabras que consigna Chico Díaz en su tragedia, y que recogió de labios del insigne moribundo, pues militaba á su lado. El hecho que la historia pasa en silencio, yo lo referiré; fué así: Estando, como he dicho, de Comandante de San Juan del Norte, por asuntos de la Mosquitia, una fragata inglesa llegó cargada de elementos bélicos, querièndole obligar á firmar el acta de rendición del puerto, que ya le presentaron hecha. Quijano, entonces, viéndose agredido por una fuerza infinitamente mayor que la suya, pues apenas contaba con unos veinte soldados armados de viejas carabinas en mal estado, formó su diminuto ejército en la playa, donde se le había puesto el recado de escribir, y la hizo presente al enemigo para que viera su impotencia física; pero teniendo íntegra y muy grande su potencia moral, y en un acto de santa cólera, arrojó por el suelo la mesa con todo y el acta y, resuelto, les dijo: «No firmo; hagan de mí lo que quieran». Pocos hombres tienen el valor y lealtad suficiente para decir esas palabras al jefe de una fragata de guerra de la Gran Bretaña. Acto es esto que sintetiza toda la vida pública del General Quijano, haciéndole salir airoso del crisol de la Historia. Los ingleses lo aprehendieron inmediatamente y lo llevaron á una estrecha prisión de la fragata, donde no quiso aceptar ni los alimentos que le llevaban, y si no murió de hambre fué porque á bordo se encontraba un amigo suyo, y éste le llevaba por la noche lo que podía ocultar de sus propios alimentos. Fuè conducido á donde el rey mosco, á quien por consejo de ese amigo,



Quijano obsequió un cinturón que contenía ocultas diez y seis onzas de oro, y éste fué el precio de su rescate; pues el ambicioso cacique le dió la libertad, convidándole á su mesa y obsequiándole, á su vez, una hermosa sábana de fibras de corozo de una sola pieza y al natural, que mi padre conoció cuando vivió á su lado en León.

Cuántos liberales de baja estofa hubieran firmado la cèlebre acta, como lo hizo el que le sucedió en el mando del puerto, según lo refiere Montúfar en su historia, callando de propósito, pues no creo que por ignorancia, la honrosa acción de Quijano!

El triunfo completo que dió contra Cabañas en la hacienda «El Potrero», en Honduras, constituye una de sus mayores glorias; y aunque el integérrimo General Cabañas no tuvo la entereza de confesarlo en su comunicación al Gobierno de El Salvador, y el mismo Montúfar quisiera ocultar, Marure, en el número 284 de las Efemérides, dice: «Enero 31.—La división federal del Brigadier Cabañas es batida en la hacienda «El Potrero» por fuerzas combinadas de Honduras y Nicaragua, mandadas por el Coronel Quijano (1). Este triunfo puso término á la atrevida incursión de Cabañas en el territorio hondureño y facilitó el regreso de sus autoridades á la capital del Estado, que habían tenido que abandonar á los primeros anuncios de invasión».

Después de este triunfo obtenido el año de 1839, su hermano Francisco mandó á hacer su retrato al óleo; y el pintor que lo hizo, que fué don Toribio Jerez, padre del inmortal jefe del partido liberal nicaragüense, escribió en un ángulo de ese lienzo, con letras bien legibles aún, la siguiente inscripción: El «Coronel de artillería don Manuel Quijano, después de varias campañas en el año de 1839 como jefe de los ejércitos aliados de Hondu-

---

(1) Era Coronel de México y Nicaragua, Brigadier de El Salvador y General de División de Honduras.



ras y Nicaragua, obtuvo en el ataque de «El Potrero» un completo triunfo contra las fuerzas que oprimían á aquel Estado, siendo este el principio de las ruinas del Ex-General Morazán. Lo mandó retratar de edad de 38 años su hermano el Presbítero Francisco Quijano. Toribio Jerez lo hizo en el año de 1842». Esta inscripción, que copio íntegra, la he leído muchas, porque ese retrato lo conservo en mi poder.

Cuando Malespín, persiguiendo á Barrios y á Cabañas, le hizo la guerra á Nicaragua, Quijano aconsejó al Gobierno de aquella República, don Casto Fonseca, que no diera protección armada á los emigrados, porque eso costaría mucha sangre á la Nación; y como éste no siguiera sus consejos, antes bien le contestara con altanería, que con todo su poder debía defenderlos, él, indignado, y hallándose libre de compromisos políticos, pues no estaba de alta, ofreció sus servicios al General Malespín y se incorporó á su ejército en la hacienda «El Pozo», donde perdió un hijo suyo que llevaba como ayudante, En el ataque de la ciudad de León tuvo la gloria de ser èl el primero que puso los pies en la plaza pública, gracias á su inaudito valor, que rayaba en la temeridad.

Montúfar dice, que Quijano era un revolucionario por afición. Yo digo que era un militar por afición y no rehuía la ocasión de esgrimir su espada en los campos de batalla; pero nunca por su cuenta, ni por ambición de mando ni de riquezas, sino á las órdenes de algún Gobierno constituido. Como nunca estuvo de alta en tiempo de paz, á excepción del corto tiempo que estuvo en San Juan del Norte (y aun allí lo persiguió la guerra), en los momentos bélicos estaba libre para ofrecer su espada al Gobierno que quisiera. En Costa Rica, cuando Carrillo lo puso fuera de la ley, tampoco peleaba por su cuenta, sino por la del Gobierno de Nicaragua; que no quería sacar la cara en la cuestión del Guanacaste. Y en caso de que hubiera he-



cho traición á Carrillo, esa acción se disculpa, recordando que Quijano era costarricense y podía hacer uso del sagrado derecho de insurrección contra el tirano que oprimía su patria, según el mismo Montúfar, en su párrafo ya citado.

Después del triunfo de Malespín, en Nicaragua, Quijano marchó para Honduras, donde poseía unas minas de oro, y de allí vino á San Miguel, en una feria de noviembre, con el objeto de ver si alguno de los ricos leoneses, que vienen á sus transacciones comerciales, le compraba su casa de León; pues él no podía llegar á Nicaragua. Cabañas, que á la sazón, servía interinamente la Comandancia del Departamento de San Miguel, al saber su permanencia en la ciudad, lo mandó poner preso sin comunicación alguna y sin más motivo que el temor que Quijano le infundía. A tal grado le hostilizó, que ni á mi padre, que era hijo del reo, le fué permitido llegar á prestarle sus servicios. Pero esta situación cambió por completo al regreso de la capital del General Barrios, que era el Comandante en propiedad. Este, hombre de clara inteligencia, investigó y pensó con la debida cordura sobre el motivo de la prisión de Quijano y, no encontrando nada en que fundar la más leve sospecha, permitiò á mi padre llegar á servirle á cualquiera hora de las permitidas por la ordenanza militar. Pocos días después le concedió la libertad y procurò atraérselo, á tal grado, que durante un mes pasaron la mayor parte de las noches en largas confidencias, en las cuales, la elocuencia persuasiva de Barrios logrò hacer de Quijano un entusiasta y convencido liberal y unionista. Es de sentirse que esta conversiòn no se verificara antes; pues á esta hora me deleitaría leyendo los largos y hermosos párrafos que el ilustre historiador Montúfar le hubiera dedicado; porque no habría pasado desapercibido á su pluma libérrima, un jefe valiente y honrado, pues no tenía ningún vicio, que derramara su sangre en holocausto de la causa liberal. El Presi-



dente de esta República, que en ese entonces era el eximio General don Joaquín Eufracio Guzmán, pariente muy cercano de Quijano, al saber que Barrios lo había puesto en libertad, ordenó á èste que inmediatamente volviera á reducirlo á prisión; á lo que Barrios contestó: «Como lo manda el Presidente de la Repùblica, lo mandara Dios Padre, no lo pongo preso, yo respondo de la conducta de este hombre». Y, en efecto, desobedeció á su Gobierno porque estaba convencido de que el General Quijano no había venido con ningùn propósito hostil, sino simplemente con el que dejamos apuntado.

Tranquilo estaba Quijano en esta ciudad cuando estalló en Honduras el pronunciamiento de Guardiola contra el Gobierno de don Juan Lindo; y éste envió un exprofeso á buscarle con el nombramiento de Comadante del departamento de Gracias y con la misión de pacificar al país. Aceptó el nombramiento, ó más bien la misión confiada á él; y á los pocos días había batido por completo á Guardiola y pacificado todo el territorio hondureño. Cuando todo esto había sucedido, puso su renuncia de la Comandancia de Gracias; pero antes hizo que el Gobierno le enviara suficiente dinero y municiones para liquidar su tropa; y él en persona los mandò formar en la plaza pública y les fué distribuyendo vestidos y sueldos conforme la distantancia que cada soldado tenía que recorrer para llegar á su casa. Después les arengó, infundiéndoles la gran idea de la unión centroamericana; cuyo germen había depositado en su alma el gran unionista Gerardo Barrios, y crecía robusto, al bélico son de los aires marciales y al contacto fecundo de aquel pueblo demócrata y valiente. Esta fué, por desgracia, para él y para Centro Amèrica, la primera y última arenga liberal y unionista que saliera de sus labios; pues su espada ya no volvió á esgrimirse en los campos de batalla. Los soldados lloraron y á una sola voz le dijeron, que siempre que hubiera guerra querían pelear con él; pues



á excepción de las veces que peleó contra Morazán, su espada casi siempre salió victoriosa. Así que liquidó su tropa y depositò el mando, se fué á sus minas de Olancho, donde contrajo la enfermedad que más tarde lo llevó al sepulcro en la ciudad de León.

Hay otras acciones que le honran sobremanera, como la victoria de «Monte Redondo», en la que el General Quijano, con un ejército cuatro veces menor que el del enemigo, derrotó por completo al General Cordero, gracias à su valor y pericia militar.

Un gran ejemplo de magnanimidad fué el que dió con los partidarios de Morazán, cuando volvían en desgracia, después de la muerte del gran caudillo en San José de Costa Rica. A la entrada de León apostó varios sirvientes suyos, con el objeto de llevar á su espaciosa casa á todo militar de Morazán que viniera buscando asilo. Llenó su casa de esos desgraciados, á quienes procuró aliviar sus penas, reteniéndoles á su lado todo el tiempo necesario para restablecer sus fatigados cuerpos y proporcionarles vestidos adecuados á su jerarquìa militar; dándoles, al partir, el dinero necesario para su conducción. Muchos de estos protejidos han de existir todavía en Centro América, que digan si mienten mis labios cuando afirmo que el General Quijano fué generoso con sus enemigos. Y conste que en ese tiempo todavía no era liberal; no obedecía, pues, su magnanimidad, á esas hermosas ideas que le hubieran hecho simpatizar con el héroe de Gualcho, contra quien, por desgracia siempre peleó. No, era simplemente, que en el pecho de aquel hombre, que para Montúfar y Contreras era un monstruo de barbarie, (aunque no lo demuestran) se abrigaban sentimientos muy nobles, que le impelían a ser generoso y bueno con el caído, aún cuando fuera su enemigo. En él había violencia de carácter; pero no malos sentimientos. Los que lo juzgan mal no han sabido distinguir esto.

Despues de los ligeros apuntes biográficos,



que á grandes rasgos dejo trazados, y de cuya veracidad respondo, pregunto ¿hay en este hombre la monstruosidad de que se le acusa? ¿Dónde está el despotismo de que tanto se han asombrado los liberales? Quijano no era ebrio, y su valor no obedecía á la excitación alcohólica, como el de muchos de nuestros Generales, y, por consiguiente, no hacía disparates, como los de Malespín, que en medio de su borrachera mandaba fusilar á los hombres honrados, como el Alcalde Bomonde, y al siguiente día preguntaba por él. Quijano no fué nunca ambicioso, ni de poder ni de riqueza, como se desprende del examen minucioso de su vida pública. Su ùnico y gran defecto, como antes lo he dicho, fué la violencia de su carácter, al grado de querer que adivinaran sus órdenes ó sus deseos, no permitiendo objección alguna (salvo que viniera de su esposa, con quien era una mansa paloma) y castigando las infracciones y desobediencias con toda severidad, montado en cólera, hecho que es perdonable. Esto le ha valido el espíteto de déspota, que realmente no merece, si le comparamos con muchos jefes de nuestros tiempos que en plena civilización y á los últimos reflejos del siglo décimo nono, ó siglo de las luces, y con la mayor sangre fría, han asesinado, robado, ahorcado, flajelado y encarnecido á sus semejantes, y aún gozan de las simpatías del pueblo ultrajado, diezmado y escarnecido; y estoy seguro que ya se preparan en la Historia, páginas de oro, pasando en silencio sus monstruosidades.

Si el General Quijano hubiera militado en las filas del General Morazán, combatiendo por la gran causa de la unión centroamericana, y poniendo al servicio del liberalismo su valor y pericia militar, ya hubiera escalado las cimas de la inmortalidad, y los nimbos de su gloria bañarían con su luz diáfana y hermosa á las generaciones futuras. ¡Oh, Barrios! ¿Por qué antes no hicisteis la conversión de esa alma de fuego en favor de la bendita idea?



Con todo; un hombre que dió muestras de un valor temerario, de una alma noble y generosa, de lealtad y pundonor militar, de altivez y de honradez sin tacha, cualesquiera que hayan sido sus ideas políticas, pues en todo partido hay bueno y malo, merece un puesto distinguido en las páginas de la historia patria; y yo, como el último de sus descendientes, lo reclamo con sobrada justicia, y espero que los hombres encargados de historiar á Centro América, tendrán presentes estas humildes líneas.

Escrito en San Miguel, en junio de 1906.

Discurso de 15 de Septiembre

Pronunciado en Jucuapa, en 1909

Señores:

Hubo un gran pueblo, una raza pujante de vida, inteligente, industriosa, sana y rica: labraba el oro; tallaba y cocía el barro; construía soberbios palacios, como el Palenque; levantaba pirámides, semejantes á las de Egipto, como las de México; cultivaba los campos de gramíneas, donde el maíz ocupaba el solio; escudriñaba el cielo, sorprendiendo los secretos de los astros, encadenando las constelaciones ecuatoriales en el inmenso círculo del zodíaco, marcando de este modo el derrotero del astro, rey y viniendo á ser su calendario un reflejo del calendario romano á través de la inmensidad de tierra y agua que la separaba del pueblo de los Césares. Tenía ejércitos adiestrados en el arte de la guerra, aunque eran rudimentarios sus elementos bélicos; tenía sus dioses y sus templos, sus tradiciones religiosas las conservaba como un



tesoro inapreciable, escritas en caracteres legibles en un libro sagrado; como los persas en su Zend-Avesta, los bracmanes en su Veidán, los indios en su Ramayana, los mahometanos en su Corán, los escandinavos en su Edda, los chinos en sus Máximas de Confucio y los judíos en su Antiguo Testamento. Sus riquezas eran inagotables, y era fama que el trono de sus caciques era de oro macizo, llegando la imaginación de Voltaire, en su fabuloso país de «El Dorado» á crear la hipèrbole más grande sobre las riquísimas minas de oro del Perú. Volviendo á los libros sagrados, el de ios votánides era el Popol-Vuh, verdadero monumento literario que el reverendo padre Ximénez recogió del templo de Tohil, escrito en la armoniosa lengua quiché, para legarlo á la humanidad en la no menos armoniosa lengua de Castilla.

Cuando trato de esa raza y sus proezas, irresistiblemente vuelvo hacia atrás la mente, busco su grandeza en su virginidad, antes de que se llamara América este nuevo continente, y entre los pliegues de la brisa leve me parece recoger, nota por nota, las armonías de aquella voz musical conque la bella americana Ida-Ska leyó al maestro Tades el episodio de Hunahpú Xbalanqué; aquellos dos héroes que castigaron con la muerte la vanidad y orgullo de Vukub-Caquix y sus dos hijos Zipacna y Cabrakán. Razas sublimes, entre las que descollaban por su cultura y por su valor, los aztecas, los quichés los incas y los araucanos, inmortalizados estos últimos en el homérico poema de Ercilla.

Esta raza que de luengos siglos poblaba el continente americano, sin que las elucubraciones cientìficas hayan demostrado palmariamente aún por donde penetró en él; pues la semejanza de sus monumentos con los del Antiguo Egipto, la moneda de Trajano encontrada en México y los muchos puntos de contacto del Popol-Vuh con el Génesis, lo mismo que los caracteres físicos de raza nos afirman en la creencia de que desciende de los hi-



jos de Noé. Esta es la valiosa ofrenda que el genio de Colón puso á los pies de la católica Isabel. Esta es vuestra raza, centroamericanos. ¿Queréis alcurnia màs noble? Creéis, acaso, que la irsuta y negra cabellera y la piel cobriza revelaban menos nobleza que el cabello rubio, la piel blanca y la *sangre azul* de los *tronados* europeos? Estàis en un error; los pueblos no son nobles por la sangre, ni por la piel, ni por los cabellos: la nobleza está en el alma, la nobleza está en las obras, está en las acciones y las costumbres. Nuestros antepasados eran sobrios, laboriosos, sanos y altivos, pero no con la altivez estúpida de los nobletes rancios, sino con la altivez que da la dignidad, la honradez y el carácter. Los conquistadores españoles, aun los salidos del presidio, trajeron en sus mochilas los restos del caduco feudalismo, para sembrar entre nosotros esa semilla, que no ha podido, en nuestro suelo, dar más que plantas enfermizas, cuyos frutos deletéreos ha sido la embriaguez, el juego y la prostitución.

Tres centurias gimió este pueblo bajo el despotismo español. La vanidad de aquellos mandarines de capa y espada llegó al extremo de dudar si el indio pertenecía ó no á la raza humana, y así lo hubiera creído el monarca de Castilla y Aragón, á no haber estado de por medio la valiosa intervención del padre Las Casas, haciéndole observar que el indio reía y que este era especial atributo del *homo-sapiens* de Linneo.

Andando el tiempo, la tempestad de Napoleón se desató sobre Europa y España, la España orgullosa de Carlos V y Felipe II; aquella que se vanagloriaba diciendo que no se ponía el sol en sus dominios, bajó del trono de sultana y doblegó la cerviz de esclavo ante el látigo del Coloso. Bolívar juró sobre el monte Aventino la libertad de su patria, y, al efecto, continuó la obra de Miranda; y á la manera que Napoleón infundió su genio en sus heroicos mariscales, él trasmitió el suyo á Sucre,



Saravia y, y sobre todo, al mártir de San Mateo, dando la autonomía á tres pueblos de la América del Sur. San Martín, el héroe de Maipó, cargó con los demás pueblos sobre sus espaldas de titán, completando la gran obra de emancipación. De entre las tinieblas de la Inquisición, en México, surgió una llama divina del más abnegado patriotismo: el padre Hidalgo, tocando las campanas de la iglesia del pueblo de Dolores y empuñando el estandarte de la Virgen de Guadalupe, fué más que una llama, fué un incendio que devoró en su santo fuego los corazones de Allende, Abasolo, Aldama, Morelos, Guerrero y los Bravo. En Centro América, la palabra de fuego de Barrundia, la sabia dicción de José Cecilio del Valle y el verbo divino de José Matías Delgado, hicieron surgir, como por ensalmo, nuestra sagrada independencia, sin que nos costara una tan sola gota de sangre, salvo las pocas de 1811. De esta trinidad sublime nacieron Morazán, Cabañas, Barrios (Gerardo), Cañas, Jerez y otros más, que fueron leones y vestales á un tiempo mismo.

Los nombres de estos egregios varones debieran ser los primeros que aprendiera el niño á deletrear, viéndolos impresos en letras muy grandes y muy llenas en la primera página del Silabario; y su nobilísimo ejemplo debiera inocularse, por decirlo así, en las almas infantiles, como el germen sagrado de su futura moral cívica. Si esto hubiéramos hecho desde los albores de nuestra independencia, la obra de aquellos se hubiera continuado en nosotros y á esta hora tendríamos una patria grande y feliz, digna de arrojar el guante á cualquiera de las otras naciones del mundo, que quisiera pisotear nuestros derechos.

Pero aunque doloroso, es preciso confesarlo, nuestra desmoralización corre por avalanchas. De un cerebro alcoholizado, de un trasnochado sobre el tapete verde del garito, de un fracasado en los



brazos de la Venus impúdica, no brotará jamás una idea redentora.

El indio Aquino fué la última mueca convulsiva de una raza fuerte que caducaba, y la *tea* de Juan Santamaría fué la postrera irradiación luminosa del patriotismo centroamericano.

Soñando.....

En una noche de calor sofocante, noche migueleña del mes de marzo, noche licuante, pues parece que al acostarse en su lecho se tendiera uno sobre una parrilla de un horno de reberbero, exhalando por cada poro un chorro de sudor. Ah! estas noches son ideales, por fuerza; pues no pudiendo conciliar el sueño se entrega uno en brazos de la ardiente fantasía. Hablo de los hombres de sanas costumbres y esclavos de sus deberes conyugales, que en cuanto á los de vida alegre, pasan la mitad de la noche, cuando no toda, sin meterse en su parrilla, quiero decir en su cama, y solamente la ocupan á las altas horas de la madrugada, cuando el calor ha cesado en el aire ambiente, concentrándose solamente en sus cerebros alcoholizados.

Pues bien, una noche de esas, me revolvía en mi cama; como se revolvían en mi mente ideas inconexas y confusas. En mi imaginación se presentaban cuadros alegóricos de nuestra historia patria, que preocuparon de tal manera mi fantasía, que cuando Morfeo me cubrió con su pesado velo empecé á soñar que era 15 de septiembre y atendiendo á la invitación de la Municipalidad me encontraba en el salón del palacio consistorial; que el público, después de oír la lectura del acta de independencia y el discurso oficial, que era el mismo del año anterior, confesado paladinamente por su autor en el interminable exordio, me aclamaba con



insistencia para que tomara la palabra, y que al fin, por no ser ridículo, subí á la tribuna é improvisé el siguiente remedo de discurso:

«Oh Alma Libertad! yo te saludo y rendido te venero. Tú eres la diosa de mis ensueños de oro.

Volviendo mi espíritu hacia los pasados tiempos, contemplo aquella falange de hombres ilustres, como no los hay ahora; próceres de nuestra independencia, que, enlazados por un mismo ideal, juntaron sus diestras en una sola y poderosa mano, que en lugar de empuñar la espada fratricida, empuñó una formidable pluma, la mojó en el fuego de su ardiente patriotismo y escribió en el cielo de la patria, con letras muy grandes y muy claras estas simbólicas palabras: «Libertad, 15 de septiembre de 1821» y aquello fué como un reguero de luz inmarcesible. Pero poco á poco esa línea se hizo discontínua hasta quedar formada por puntos separados, que fueron otras tantas antorchas, las cuales fueron tomando los colores del iris, según los colores políticos de sus contemporáneos. Así, con todo y sus colores, ocupaban el mismo lugar del espacio que les fué designado; pero sucedió que en nuestra pobre tierruca se desató una furiosa tempestad de ambiciones bastardas, y cada hombre, autor de una revolución, al usurpar el poder arrojaba su hálito infernal hacia el luminoso letrero, y apagaba una antorcha; y tantos han sido estos soplos revolucionarios que ya se han apagado todas las que formaban la primera palabra; y donde decía: «Libertad, 15 de septiembre de mil ochocientos veintiuno», ha desaparecido la «Libertad» y solamente ha quedado el 15 de septiembre de mil ochocientos veintiuno. Como estos hálitos pestilentes no cesarán de arrojarse á las pocas antorchas que han quedado, pienso que un día, no tan lejano para que no podamos verlo nosotros, no habrá quedado de tan hermosa expresión, más que la palabra *no*, que es la última sílaba de veintiuno; y esta será la eterna negación de nuestros



derechos, símbolo de la nada, á que llegaremos en nuestra vertiginosa carrera de desaciertos».

Al llegar á este punto desperté, y pensando en los conceptos del discursito que improvisé dormido, me puse á copiarlo para no olvidar mi producción nocturna.

Al darlo hoy á luz no se crea que soy tan pesimista que no espere para mi patria un porvenir mejor. Siempre he creído que tendrá hijos dignos de elevar su nombre á las regiones de la dicha, y que, renunciando el interés personal, sabrán encarrilarla por el sendero del progreso. Ese es mi deseo, ¡oh Patria! ojalá se cumpla.

San Miguel, 1906.

Arte de gobernar bien

(Aplicado á nuestros pequeños paises)

Atrevido el epígrafe ¿no es verdad? Muy atrevido, sí, así lo comprendo; pero sin vanas pretensiones de estadista, contando solamente con lo poco que he leído y observado, con mi sentido común y con lo mucho que he palpado las necesidades del pueblo, me propongo expresar mi humilde opinión sobre el arte de gobernar, para regenerar y hacer felices á estos pueblos. Es por demás difícil esta obra y casi irrealizable entre nosotros; pero nada se pierde, ni creo que alguien se incomode porque salgan á luz estos pobres y desaliñados pensamientos, que no llevan otra mira que hacer algo por conseguir el deseado bien de mi patria.

Creo que lo primero que un buen gobernante debe hacer, al sentarse en la silla curul de una nación, es investigar el estado de salud de su pueblo, y, en caso que éste resulte enfermo, como el



nuestro, proceder inmediatamente al saneamiento territorial; pues con pueblos sanos tendremos brazos fuertes que arranquen á la tierra ese tesoro inagotable, que contiene por medio de la agricultura y la minería, porque nuestra tierra es rica en minerales de oro y plata, y nuestras casucas están sentadas sobre un subsuelo de preciosos metales. Somos pobres en medio de las riquezas; vestimos harapos y andamos sobre el oro. ¿Porqué? Porque somos enfermos y por ende perezosos, incapaces de emprender el más leve trabajo: somos palúdicos, tuberculosos, sifilíticos ó alcohólicos. Sobre esas bases ¿qué de bueno puede edificarse? Nada, absolutamente nada. Es necesario dar la salud al pueblo para poder contar con él.

Esto en primera línea, y después fundar un Banco Agrícola Industrial por cuenta de la nación, que preste dinero al pobre para que pueda llevar á cabo sus pequeños trabajos. Comprar tierras á los grandes hacendados y repartirlas al pueblo para que en ellas trabaje, con el dinero que se le ha prestado. De este modo se le obliga, hasta cierto punto, á trabajar. Con el producto de sus cosechas pagará el dinero prestado y un módico interés que resarcirá á la institución los gastos que ocasione. Se pueden hacer pequeñas exposiciones agrícolas departamentales y fundar bibliotecas populares, que contengan obras ilustradas sobre las artes mecánicas ú oficios, estimulando de esta manera el mejoramiento de los cultivos y el progreso de la clase obrera. Se premiará y eximirá de impuestos y cargos públicos al que sobresalga en sus labores agrícolas é industriales.

De este modo el pueblo estará grato con su Gobierno y nunca le traicionará, y, por consiguiente, este podrá suprimir el sueldo de los espías (ahorrando dinero y envilecimiento) y de los militares que no están en el ejercicio de sus funciones. Podrá reducir el número de la fuerza armada per-



manente, para poder atender debidamente á los otros ramos de la Administración y especialmente á la Instrucción Pública; pues á la vez que se le da salud y trabajo al individuo, hay que instruirlo porque á nadie se le escapa que la ignorancia es el peor de los males, como aquello que es la gran muralla que se opone al progreso de los pueblos.

El Gobierno debe vigilar porque al empleado público se le pague con puntualidad sus sueldos devengados, sin alegar falta de dinero; pues dando la debida inversión á las rentas y suprimiendo muchos gastos inútiles, el presupuesto tiene que arrojar un gran excedente á favor de las arcas nacionales.

Para favorecer el comercio hay que surcar de hermosas carreteras el territorio de la República, sembrando alamedas en ambos lados de ella, para suavisar un tanto el ardiente sol del estío, que en nuestros países tropicales es altamente perjudicial. Con solo el fondo de caminos que se recauda todos los años y de cuya inversión no se miran los efectos, puede hacerse, por pocos, esta obra de vital importancia. No hay que limitarse á *escarbar* los caminos, como se hace actualmente; hay que seguir otros procedimientos que les asegure una larga vida, como en Europa y Estados Unidos. Se necesita ensanchar las líneas férreas existentes y construir otras más que pongan en comunicación á la mayor parte de los Departamentos con la capital.

Debe disminuirse y simplificarse los derechos de aduana y suprimirse en ciertos artículos de necesidad pública, como las modernas herramientas agrícolas y algunos medicamentos, como las sales de quinina, arsenicales, ferruginosas, etc., que necesitan las masas para combatir su lamentable estado patológico. Disminuyendo los derechos, la importación aumenta, el Gobierno no pide nada y el pueblo gana mucho, por que baja el precio de



los artículos, y como él es el consumidor, él es el beneficiado; siendo la víctima en el caso contrario, Para comprender esto no es preciso ser gran financista.

El Gobierno debe respetar los derechos del ciudadano, aún del más humilde, haciendo verdaderamente efectiva la libertad del sufragio y de la prensa. Debe castigar severamente los abusos del militarismo, y aún con más severidad á los aduladores y serviles, que corrompen á los mandatarios y los exhiben tristemente. Debe perseguir la vagancia, al grado de no permitir que ningún salvadoreño ó extranjero residente aquí, mayor de 21 años, no tenga un oficio, profesiòn, ó manera lícita de ganar su subsistencia; castigando fuertemente al vicioso, y suprimiendo por completo las casas de juego y los estancos rurales.

Manejar y hacer manejar con religiosa exactitud los fondos nacionales y darles la verdadera inversión á que están destinados.

Debe tener muy presente los preceptos del Derecho internacional, guardando la más absoluta neutralidad en los asuntos ajenos: es decir, no hay que meterse en las rencillas del vecino, porque esto puede ocasionar un gran desembolso ó un gran derramamiento de sangre inútilmente. (1)

Hacer tratados para la importación libre entre los cinco pedazos de la antigua patria, á fin de ir borrando esas fronteras que nos empequeñecen, para que algún día podamos ver unida y fuerte la América del Istmo.

San Miguel, 1906.

---

(1) Pocos meses después de publicado este artículo sucedió la intervención de El Salvador en Honduras, terminando con el desastre de Namasigüe.



Carta unionista

San Miguel, 5 de septiembre de 1906.—Señor Doctor Don Salvador Mendieta, Director Interino del *Diario del Salvador.*—San Salvador.—Muy señor mío:

Enamorado, como el que más, de los grandes ideales é hijo fiel de la Patria Grande de Morazán, no puedo permanecer indiferente, después de haber leído la excitativa que Ud. y otros unionistas de corazón han hecho á todos los buenos hijos de Centro-América, para trabajar de consuno en pro de la bendita idea de unir bajo una sola bandera los cinco girones del Istmo.

Después que la espada salvaje de Carrera cortó de un sólo golpe el nudo que las ataba, han surgido, á manera de constelaciones, en el cielo de la patria, y de tiempo en tiempo, agrupaciones de hombres llenos de entusiasmo y fé, que han trabajado por la unión centroamericana; pero todas, cual más, cual menos, se han establecido en el abrupto arrecife del cacicazgo ambicioso y en el indiferentismo del pueblo, que son como las impenetrables montañas de hielo para los exploradores del Polo Norte; pero esto como aquello se basa en una gran idea y las ideas nunca mueren: languidecen y decaen; pero renacen con amplitud de vida, después de más ó menos gestación. La idea es el Fénix del pensamiento.

Ahora ustedes, continuando la obra empezada en Diriamba, se levantan formidables, llenos de abnegación y constancia, para luchar de nuevo por la santa causa, á que deben afiliarse todos los hijos legítimos de Centro América, que lleven en el santuario de su corazón el nobilísimo ideal del engrandecimiento y bienestar de la madre común: de aquella que nos legaron Delgado, Barrundia, Valle, Ar-



ce, Morazán y otros próceres del primer cuarto del siglo próximo pasado.

Siempre he creído, Dr. Mendieta, que por la posición geográfica y la identidad de raza, religión é idioma, es muy factible la realización de esa deseada unión; pero hay que hacer al unionista en el hogar y en la escuela, en el club y en el teatro, en los campos y en los templos. Es necesario procurar que no haya más partido que el unionista; que todos trabajemos por esa sola idea, cualquiera que sea nuestra religión; pues yo creo, como don Enrique Guzmán, que debemos ser tolerantes y servirnos de todos los elementos, con tal que sean buenos para la reconstrucción de la Patria.

Y aquí, para nosotros los salvadoreños, hoy es tiempo de dar una muestra de civismo al tratar de elegir al primer Magistrado de la Nación. Ese ejemplo debe empezar por el Gobierno, garantizando *real* y *verdaderamente* el libre uso del derecho del sufragio, no con ofrecimientos hechos en el *Diario Oficial*, sino ordenando terminantemente á las autoridades departamentales el estricto cumplimiento del deber que les impone la ley de no inmiscuirse en los asuntos eleccionarios y mucho menos de abogar por un candidato, que dan en llamarle *oficial*.

¿Hasta cuándo dejará de haber candidatos oficiales, que desprestigian tanto al Gobierno que los ampara y pierden ellos su mérito propio? ¿Hasta cuándo los comandantes departamentales, al aproximarse las elecciones, dejarán de llamar á las inconscientes municipalidades de los pueblos para imponerles el candidato? ¿Cuándo llegará el día en que no se destituya à los empleados públicos que difieran en ideas políticas con el jefe de oficina? ¿Hasta cuándo se apreciará el carácter, que es planta exótica en nuestra tierra y en vez de segarla con la hoz del despotismo debiera cultivarse con el estímulo y el premio; pues de una raza abyecta no puede hacerse una Patria Grande? ¿Has



ta cuándo los mandarines comprenderán que no se puede amordazar el pensamiento ni encadenar la voluntad? ¿Hasta cuándo podrá contenerse tanta bajeza para lograr un fin personal, con visos de patriotismo? Hasta que no se improvisen las grandezas, hasta que la ilustración y la honradez sean los únicos factores de los empleos públicos, y hasta que se castigue severamente al funcionario que abuse de su autoridad.

Al Presidente Escalón toca glorificar su nombre, con solo garantizar el sagrado derecho del sufragio y no favorecer de ninguna manera á candidato determinado; pues estoy seguro de que el pueblo salvadoreño agradecerá más á su gobernante el cumplimiento estricto de la ley en este sentido, que todo lo bueno que haya hecho en su Administración. (1)

Por todo esto que sucede á diario entre nosotros, soy de opinión que debemos empezar por unirnos los puros y genuinos republicanos y trabajar porque se cumplan al pie de la letra nuestras leyes constitutivas; es decir, trabajar porque cada uno de estos reinitos se convierta en una verdadera República; para que aportemos un miembro sano y robusto al organismo de la gran República Centroamericana, que, cual otra Suiza, sirva de modelo al resto de la América.

Por lo expuesto, apreciable Dr. se formará una idea fiel de mi modo de pensar y sentir, y puede estar seguro de que soy uno de sus más fervientes correligionarios, y abrigo la esperanza de que si no logramos ver realizado nuestro hermoso ideal, al menos haremos lo posible por ser dignos hijos de nuestra cara Patria.

Su afmo. S. S.

M. Quijano H.

(1) Ya sabe este pueblo como enlodó su nombre el Presidente Escalón, con la más odiosa de las imposiciones.



Supremas repugnancias

El pueblo, para ser libre, necesita ser digno de su libertad.

Hay pueblos que nunca podrán ser libres, porque tienen sangre de esclavos; porque están acostumbrados al yugo y al látigo, de tal manera que sin ellos no pueden vivir.

Mochuelos habituados á las tinieblas, la luz de la libertad los mataría.

Reptiles que se arrastran á los pies del poderoso, y muerden y envenenan y matan.

Si no tienen tiranos los fabrican con el lodo de su inmunda adulación.

Pueblos degenerados, no esperéis jamas salir de vuestro cieno. El pináculo de las grandezas no se ha hecho para vosotros. Vegetaréis eternamente en la sima del abismo.

El gran mal que carcome nuestra raza es el servilismo. Pululan por doquiera hombrecillos de apocado espíritu, que prodigan la adulación, envenenando la conciencia, destruyendo los buenos sentimientos y aumentando la vanidad de los mandatarios.

Este es el grito de indignación que mi conciencia honrada lanza al pueblo salvadoreño, pueblo de heroísmo legendario, de bravura incomparable, de indomable altivez, como los pueblos de la antigua Grecia. Así era este pueblo, la Historia lo demuestra y por eso me indigna ahora ver cómo se desliza vertiginosamente por la precipitada senda de la degradación moral y política.

El alcoholismo, el juego y la prostitución deben tener gran parte en esta triste metamorfosis del pueblo. Los vicios matan todas las virtudes. El Salvador fué heróico y fuerte, mientras fué sano y virtuoso. Su degradación moral es consecuencia natural de su degradación física.



A propósito de tanta prostitución política y moral, vienen á mi mente los dulces versos del inspirado Palma, refiriéndose á la Grecia decadente:

«Vió en el fango sus creaciones,
Miró extinguidas sus lumbres,
Corrompidas las costumbres,
Desbordadas las pasiones:
Vió sus austeros varones
Trocados en cortesanos,
Vió volver sus espartanos
Sin escudos ni estandartes,
Que la tumba de sus artes
Fué el trono de sus tiranos.

Examinemos nuestras conciencias y busquemos en ellas la verdad de nuestros hechos. ¿Cuál es nuestra obra de adelanto? De que se preocupan nuestros *hombres*? Y así veremos si hay ó no razón para hundir la cabeza fatigada en el frío ambiente de la negra desesperanza, ó levantarla altiva, lanzando al mundo el terrible fuete de la protesta.

¿Cuál es la labor de nuestras Asambleas? Conceder ascensos y más ascensos á militares en actual servicio (algúnos desprovistos de todo mérito y otros con negros lunares en su vida pública); cambiar nombres á los pueblos, trastornando la Geografía de la República; aprobar incondicionalmente todos los actos del Gobierno; dar el *pase* á las contratas onerosas para el país y.. .. si posible fuera, firmar nuestra carta de venta. Amnistiar asesinos, vender su voto, ir todas las mañanas á saludar y pedir órdenes al *amo*, cobrar su sueldo y chapotear, á lo chacal, en el fango de la prostitución y la embriaguez. Y estos son los representantes del pueblo, aunque, en verdad, no sean obra del pueblo.

¿Qué hacen nuestras Municipalidades? No se crea que fundan bibliotecas para instruir al pueblo y distraerle de sus vicios (salvo algunas remotas excepciones), que higienizan el radio de su pobla-



ción, que fomentan la industria, que favorecen el trabajo &. &. No, señor, levantan contribuciones para hacer un cuasi parque ó una caricatura de avenida ¿por qué? Exclusivamente para tener una ocasión de demostrar la podredumbre de sus almas, bautizando dichas obras con nombres de funcionarios militares vivos aún y, más que todo, en el apogeo de su efímera grandeza. ¿Habráse visto mayor desvergüenza? Este es el colmo del servilismo.

¡Pueblo, cuánto hacen en tu nombre! Porque, en verdad, no es el pueblo el autor de estos crímenes. Son unos pocos degenerados que se llaman representantes de ese pueblo inconsciente.

¡Con todo, aun no tenemos tiranos, propiamente hablando! ¡En vano los quieren forjar nuestros aduladores!

Estoy enfermo, estoy neurótico, por tantas ansias ocultas, por tanta lucha interna, por tanta contorsión de mi alma, por tanto impulso comprimido, por tanto grito ahogado, por tanta protesta muda, contra tanta desvergüenza, contra tanta vileza, contra tanta abyección, contra tanta infamia, contra tanto crimen, contra tanta calamidad que nos aflige y nos destruye.

Mi espíritu se revela contra la debilidad de mi organismo. Tengo alma de titán en cuerpo de pigmeo. Cuerpo enfermo, artrítico, asmático, que obstaculiza los ímpetus de mi alma. Padezco también la nostalgia del ideal. He soñado siempre con una *Patria Grande*, robusta y sana, y he aquí que la contemplo pequeña, raquítica, degenerada. Esto me hace sufrir mucho, máxime cuando veo que la fatalidad se cierne sobre los escogidos, los fuertes, de alma grande y corazón sano, como Marciano Castillo, Vicente Trigueros y David Gutiérrez Coto.

Pueblo, levántate, no con el arma fratricida que empuñan los demagogos de oficio; sino con la



palabra sublime de protesta contra tanto hijo bastardo de la patria, que la exhiben tristemente.

Hombres de la pluma, enseñad la moral cívica. Dejad siempre en vuestros periódicos un lugar destinado para la propaganda de los verdaderos principios republicanos. Que algún día veamos el imperio de la ley como norma de todos los actos de los mandatarios. Que no tengamos que suplicar para conseguir lo que legalmente nos corresponde. Que la humillación sea proscrita para siempre.

Maestros, haced de vuestros discípulos hombres dignos, de carácter, que conozcan y sepan defender sus derechos de ciudadanos. Sobre todo, el carácter; hay que formar el carácter. Hombres instruidos hay muchos; pero hombres de carácter hay muy pocos, y estos son los que se necesitan para el engrandecimiento de los pueblos. Los hombres instruidos, sin carácter, reducen á la mitad sus méritos personales; y los ignorantes, sin carácter, se nulifican por completo.

La Gran Patria Centroamericana, la Patria de nuestros mayores, la Patria de nuestros ensueños, no será factible mientras no formemos hombres de carácter bien templado en la ardiente fragua del patriotismo, y bañado después en las aguas cristalinas de los puros y genuinos principios republicanos. Esto, si queremos hacerlo nosotros, que si encomendamos la obra al Coloso del Norte, se hará cuando se quiera; pero esa Patria hecha de ese modo y en esos talleres, no es la que tantas veces hemos vislumbrado en nuestros delirios patrióticos, y para la que tiene, cada unionista, un santuario en su corazón.

Madres, dad á vuestros hijos, con cada gota de leche de vuestros senos, una buena dósis de honradez y dignidad. Enseñadles á levantar la frente con altivez y orgullo.

Padres, dad buen ejemplo á vuestros hijos y enseñadles á trabajar para que sepan ganar hon-



radamente el pan de cada día, y no tengan necesidad de pagar cada mendrugo que se les arroje con una desvergonzada adulación.

Ojalá que se pudiera, con la difusión de las luces, la prédica de la moral cívica y la buena educación del hogar, detener, en su marcha precipitada, al pueblo que va hacia el abismo, para volverlo poco á poco á la cima luminosa donde imperan el trabajo, la dignidad, la honradez y el carácter; de cuyo íntimo consorcio nace la felicidad de los pueblos.

Santiago de María, 1908.

Nota.—Este artículo fué publicado en *El Demócrata* de Santa Ana, reproducido en *La Semana* y elogiado calurosamente en *El Radical* de Sonsonate.

Alberto Masferrer

He aquí un nombre que me suena tan bien, porque lo lleva el más gallardo de nuestros jóvenes escritores: el de pluma más atildada, de lenguaje castizo, sencillo y elegante; de estilo correcto, filosófico y elevado.

Este joven tiene un cerebro bien constituido y un corazón muy grande.

La literatura fofa, literatura de bibelot, no ha nacido para él.

Todo lo que escribe lleva un fondo de alta filosofía. Despierta el interés y la ansiedad del lector que devora sus artículos.

Cuando he leído algo de él he sentido confortado mi espíritu y se ha arraigado con más fuerza en mi alma el bien entendido patriotismo.

Adalid que combate con su pluma, en las filas de los buenos, los vicios de la sociedad, el despotismo de los tiranos.



Hércules que mata á la hidra de Lerna ó el Hombre Dios que predica en el Tabor. El fin es siempre el mismo. Su ideal es el bien y el perfeccionamiento de la raza humana.

Su alma es como la violeta: se esconde entre la maleza; pero derrama mucho aroma.

Doquiera posa su planta allí queda la simiente del bien.

Sus pensamientos brotan como luciérnagas y se esparcen, derramando luz y bondad sobre los cerebros oscuros y las conciencias enfermas.

Su misión es regenerar. Penosa y larga misión, por cierto, pues no se llega á la redención sin pasar por el martirio.

Si la pluma de Juan Montalvo mató al tirano del Ecuador, bajo la forma del puñal de Rayo, la de este joven paladín de las causas buenas, ha de matar otro tirano—¿dónde? No sé, ni cuando; pero para una pluma como esa, fuerza es que haya otro tirano como aquel.

Si á Montalvo se le ha llamado, con razón, el Cervantes de la América del Sur, á él se le puede llamar, con igual derecho, el Montalvo de la América Central; tal se parecen en el fondo y en la forma sus producciones literarias.

Cuando leo á Masferrer, irresistiblemente pienso en las Catilinarias, los Siete Trados y la hermosa obra póstuma, de aquel célebre escritor ecuatoriano. Obras que tantas veces me han llenado de vigor el alma y me han hecho exclamar con Díaz Mirón: «Yo no acepto los tiranos ni aquì abajo ni allá arriba».

¡Oh los tiranos! Obra mal forjada en el taller de la adulación.

Los aduladores discípulos de Plutón, fabrican sin cesar, en sus fraguas, allá en los astros tenebrosos del infierno, Rosas, Francias, Veintemillas, Calígulas y Nerones, y los arrojan á la faz de la tierra, y los colocan sobre tronos, y los alimentan de sangre humana, y los sacian de oro, y los su-



mergen en el fondo de los vicios, y después ellos mismos los destronan, para colocar otros modelos más acabados, producto de su azuzado ingenio en esa curul del *autocrotismo republicano*.

¡Malditos, mil veces malditos los autores de tan horribles abortos!

Odio más á los aduladores que á los tiranos, porque sin aquellos no existirían estos.

*
* *

Fuí una vez á visitar el Hospital de la ciudad de Alegría, en compañía del médico del establecimiento, y el regreso para Santiago de María lo hicimos por dentro de una hermosa finca de café, de propiedad de don Agustín Gotuzo. Aquellos frondosos cafetos, según me han dicho después, fueron plantados por el padre del señor Masferrer, á quien dedico estas líneas. Quien sabe si los cascos de mi cabalgadura profanaron el lugar donde estuvo aquella casita de pajas, bajo cuya sombra se meció la humilde cuna de don Alberto.

Que hermosas lejanías se descubren desde allí. Paisajes encantados forman aquella lujuriosa naturaleza. De aquellas ubérrimas laderas brotan los cafetos doblados al peso de su bella carga.

A haber nacido sobre esa montaña, respirando el aire fresco y embalsamado por el aroma de la inmaculada flor del café, cuya blancura forma un bellísimo contraste con el verde oscuro de las hojas; como un cielo verde con estrellas blancas, mi alma recreada en tan bellos horizontes, hubiera recogido un inmenso caudal de poesía, que pasando por el laboratorio de mi cerebro, se derramara hoy á torrentes de oro fluido, oro literario de inestimable valor, que me diera derecho á reclamar mi hoja de laurel.

*
* *

Tres años despuès de escrito este artículo compré una finca frente á la que fué del se-



ñor Masferrer, padre de nuestro escritor, y hoy que vivo en Jucuapa, en mis correrías por los barrios, aliviando los dolores del cuerpo, pasé una tarde por una calle del barrio del Calvario, y en una casita de regular aspecto vi una pizarrita colocada en una puerta, anunciando la venta de libros, y como este es quizás mi único vicio, penetré en aquella pequeña librería. Tras de una mesa estaba un anciano venerable, me aproximé á él, lo saludé y cuando ambos nos dijimos nuestros nombres se estableció entre nosotros una corriente de simpatías, como si hubièramos sido amigos viejos. Es un hombre culto, muy leído y que conoce mucho el mundo, moral y materialmente; los libros que hoy vende son los de su biblioteca particular, seleccionados con el mayor gusto literario; son las ubres donde mamó el alma de Alberto Masferrer; pues este anciano respetable es nada menos que el padre del autor de «Páginas» y tantas producciones más de verdadero altruismo literario.

Después de larga conversación me despedí del amable anciano, no sin haberle comprado antes como doce volúmenes de autores selectos, de poesía y de crítica.

Carlos Serpas

(In Memoriam)

El día once de abril de 1908 dejó de existir en la capital de la República, un modesto obrero del saber humano, un valiente soldado del partido unionista, un taciturno soñador de los grandes ideales, un filósofo pensador y reflexivo, un austero y virtuoso ciudadano: se llamó Carlos Serpas.

Hace más de quince años que conocí á Carlos Serpas en el Instituto Nacional de San Salvador,

3



cuando yo estudiaba los últimos cursos de Ciencias y Letras. Desde el primer momento me simpatizó aquel joven de finos modales, de noble continente, parco en la palabra, pero de fácil y amena conversaciòn, que sobresalía de la garrulocuencia estudiantil, por la serenidad y firmeza de sus pensamientos. por la profundidad de sus reflexiones filosóficas; en fin, por todo lo útil que él producía, que á la manera de lo blanco en lo negro, resaltaba en medio de la cháchara incoherente é insustancial de sus compañeros de colegio, que le seguían por donde quiera, como los apóstoles al Divino Maestro, admirando siempre su talento.

Yo que siempre he rendido culto á la honradez y al talento, fuí tambièn uno de los más fervientes admiradores de Carlos Serpas, porque creí encontrar en él algo así como el trasunto fiel del hombre ideal, del super-hombre, que busca, anhelosa, por el mundo, mi exaltada fantasía.

Después de muchos años volví, á ver á Carlos Serpas en su ciudad natal, la ciudad de Jucuapa, cuna ya de muchos hombres ilustres. Allí, al parecer, vegetaba su inteligencia, ó quizás transcurría un largo período de gestación, con ligeros síntomas de un parto prematuro, que así pudièramos llamar á «El Campeón», periodiquito que redactó en ese tiempo, que es como la Edad Media de su talento. Pero el feto intelectual quedó intacto en la matriz de su cerebro, hasta llegar á término, y en la capital, esa matriz dió á luz muchos bellos y robustos hijos de un poderoso intelecto. El que yo más he querido y admirado, por su incomparable belleza y la sana y armónica constitución de su organismo, es aquel que llamó «Estudios de Etica» «La vida personal», que apadrinó «La Quincena» y fuè admirado y elogiado por la prensa de México y otros países, donde el ave blanca del pensamiento halla inmenso espacio para tender sus alas.

En su mente había grandes yacimientos de ideas en variada y bellísima cristalización.



Después del hermoso y verdadero panegírico que el Maestro Gavidia hizo de él en su oración fúnebre, pronunciada en nombre del Partido Unionista, todo elogio mío será pálido y sin ningún valor; pero el triple deber de correligionario, amigo y admirador, mi impele á dedicar á su grata memoria estas raquíticas, pero sinceras expresiones de mi eterna simpatía.

Soñador excelso, tu alma buena y superior se fundió en el alma universal, antes, muy antes de ver realizados tus nobilísimos ideales; pero hiciste grandes esfuerzos, te sobrepusiste al medio ambiente, á las circunstancias y á los tiempos, nada favorables para la asecución de tan sublimes principios. Hiciste labor buena, digno eres de una magnífica apoteosis. Sembraste la semilla, que cultivada con esmero en los corazones de tus imitadores, dará plantas robustas que en su debido tiempo esparcirán sobre esta tierra querida el dichoso fruto de la Unión Centroamericana.

Tu esposa, tus hijos y tus buenos amigos lloraremos amargamente tu eterna desaparición de la escena mundanal; pero hallaremos el consuelo pensando que tu transfiguración te llevó á las fúlgidas cimas de la inmortalidad. Vivirás, sí, Carlos, vivirás por tu obra que es indestructible; como ella vivirás eternamente. Mueren para siempre los que pasan por el mundo sin dejar huellas de su paso, mueren para siempre los indiferentes, mueren para siempre los cobardes, mueren para siempre los imbéciles; pero los hombres superiores, los hombres de talento, los hombres de carácter, los hombres virtuosos, esos no mueren jamás, que no está muerto el que dejó bajo la tierra la podredumbre de su cuerpo, no está muerto el que se ausenta eternamente de nuestra vista, no está muerto el que nos dijo el último adiós; pues el espíritu, al separarse de la materia, tiende libremente sus alas hacia el Infinito y goza un placer inefable al dejar la inmunda cárcel que lo retenía imposibilitado



para las sublimes expansiones, para los supremos vuelos hacia las bellas lejanìas del ideal.

¿Quién nos asegura que los grandes espíritus, no ejerzan, desde las regiones ignotas donde moran, una poderosa sugestión sobre el alma de los habitantes del Planeta, para inducirlos á trabajar por conseguir la anhelada meta á que ellos no pudieron llegar?

¿Quién nos asegura que esos espíritus perfeccionados en su viaje á la Eternidad, no vuelvan á la Tierra encarnados en hombres superiores que han de ser admirados por las generaciones futuras?

Los pueblos antiguos creían en la transmigración de las almas, ó sea la metempsícosis. Razón tendrían para tal creencia.

De repente saltan á mi mente pensamientos extraños sobre cosas desconocidas, que no recuerdo haber visto ni oído en toda mi vida; ideas que no pueden haberse formado con lo que mis sentidos han recogido del mundo exterior existente, y, sin embargo, me parece que son vagos y confusos recuerdos de una vida ignorada, de que no me doy cuenta, de lejanos tiempos y de países ignotos ú olvidados. Quien sabe si nuestras almas no hacen una gira de perfeccionamiento, de planeta en planeta y ocupando distintos cuerpos, hasta llegar al centro del Universo, donde indudablemente debe estar el trono de Dios. Las almas que se perfeccionen llegarán á la meta; las almas ruines, las almas *pequeñas*, no llegarán nunca, ó más bien retrocediendo, irán á hundirse en las impenetrables tinieblas del abismo; y este será el Infierno tan temido de los mortales creyentes, como el extremo opuesto será la Gloria, morada de la infinita sabiduría y de la divina y bella luz.

Interminables serían mis reflexiones á este respecto, si dejara volar libremente mi imaginación; pero basta de idealismos, me he propuesto rendir un tributo de admiración y simpatía á la



memoria del hombre superior que, en su paso por el mundo, llevó el nombre de Carlos Serpas, y creo haber logrado mi objeto al hacer pública manifestación de mis sentimientos y mi manera de pensar sobre su vida, bastante corta para lo mucho que tenía que hacer.

Su vida fué una flor de puro y delicado aroma, marchita por el sol abrasador de un destino adverso.

Adiós, Carlos, volveremos á vernos en la Eternidad, donde sabrás cuánto te he admirado y sentido, y entre tanto, rendiré culto á tu memoria en el humilde santuario de mi corazón.

Adiós......

Santiago de María, abril de 1908.

Desequilibrio económico

Se hace necesaria una ley humitaria, una ley reglamentaria, una ley coercitiva, contra tanto usurero de oficio, que estorciona sin piedad alguna al proletario. Una ley que enfrene sus ímpetus de hiena, que les trace un camino económico, pero bueno y justo, que les conduzca á la conquista de un capital razonable.

Hoy día es muy sencillo el proceso evolutivo de esos grandes capitales, formados en diez ó veinte años por personas sin talento y sin conciencia; pues no se crea que se necesita talento para hacer enormes fortunas: lo que se necesita es mucha avaricia, excesiva miseria y notable mala fé.

Para hacer màs gráfica nuestra descripción, supongamos un gran plano inclinado entre dos regiones habitadas por hombres. En la parte superior están los agricultores en pequeño, con sus finquitas de café, sus cañaverales, sus vaquitas &.;



y en la parte inferior un grupo de hombres escuálidos, casi harapientos, con mucha hambre nunca satisfecha, á causa de la miseria; pero cada uno con su bolsa de dinero fuertemente apretada entre sus descarnadas y huesosas manos. El agricultor, debido á las malas cosechas, à las enfermedades y á veces, hay que confesarlo, á los vicios, se encuentra sin recursos para sus trabajos; se acuerda de que allá abajo, en aquella sombría mansión de puercos hay dinero de sobra, que puede conseguir á costa de algún sacrificio; intenta ir á buscarlo, pero siente miedo, tiembla de pánico, se detiene, piensa mucho, mucho, reflexiona; pero todo es inútil: él necesita dinero y solo allí lo encontrará; se decide y baja á buscarlo. El usurero, (entiéndase bien, el usurero, no el honrado comerciante) está siempre armado de su tesoro, como un enorme pulpo, esperando á su indefensa víctima. El agricultor solicita el dinero, el usurero se lo presta con un interés exorbitante y garantizado con la hipoteca de sus propiedades rústicas ó urbanas. Presta cien pesos con la garantía de una finca que vale mil; al año se capitalizan los intereses y de esta manera el capital aumenta asombrosamente. El agricultor no puede pagar, por cualquier accidente inesperado: la dilatada enfermedad de algún deudo cercano, terminando con la muerte; un mal invierno; uno invasión de chapulines ó langostas; el derrumbamiento de una parte de su finca; un incendio, en fin, una fatalidad cualquiera. La deuda, á los cuatro años se ha hecho inconmensurable; el usurero se niega á esperar más, por temor de perder la ocasión; ejecuta al deudor; el inmueble se le adjudica por las dos terceras partes de su valor, ó más bien del valor convencional estipulado en la escritura de hipoteca, y que chillen cuanto quieran, que sus oídos son de mercader. A propósito, yo conozco varios usureros sordos, y que útil les es ese defecto para su infame tráfico. Y digan si hay algo que no sea útil en esta vida. Las mone-



das del usurero suben el plano inclinado con muchísima dificultad, y esto es claro, porque se encontraría una ley natural, la pesantez de los cuerpos; pero las propiedades del agricultor bajan por su propio peso, con gran rapidez. El usurero las convierte en oro, vendiéndolas al fiado, por el doble de su precio á otro agricultor que tenga sus propiedades; quien le entrega cada año todo el producto de sus cosechas, y nunca acaba de pagar. De esta manera se amasan esos grandes capitales, que algunos, ya cuando no tienen esperanza de vivir más en este mundo, y por la sencilla razón de que no pueden llevárselo, en su eterno viaje, tienen la suprema inspiración de dar el último toque á la más grande de las ambiciones (pues no se crea que lo hacen por remordimiento de conciencia) legando la mitad de su fortuna á un establecimiento de beneficencia, con el objeto egoísta de inmortalizar su nombre en el mármol, en el libro y en el corazón de los hombres de escaso criterio. ¿Dónde está el esfuerzo intelectual? ¿Dónde la energía del trabajo? ¿Dónde la moralidad de la acción?

Hay mil maneras de efectuar el agio; pero son tan conocidas y me repugnan tanto; como la compra de recibos por la mitad ó cuarta parte de su precio, de acuerdo ó en compañía con las autoridades superiores, y otras, que me abstengo de tratarlas aquí,

Los usureros se ligan entre sí para repartirse á su sabor las propiedades del pobre, y después que le han quitado sus haberes, se apoderan de su persona, haciendo que contribuya poderosamente, con su trabajo, á aumentar el gran acervo de su fortuna. El que hoy es dueño de una casa, mañana pagará al que se la quita treinta ó cuarenta pesos de alquiler; para seguir viviendo en ella. El que antes labraba un pedazo de tierra de su propiedad, por su propia cuenta, mañana lo labrará, ganando un pobre salario, por cuenta agena. El recogerá la cosecha; pero para llevarla á los graneros del po-



tentado, mientras en su choza alquilada, hay hambre y desnudez.

Bien dijo el famoso sociólogo Jacobo Eliseo Reclus: «Jamás la esclavitud antigua pudo tan metódicamente amasar y formar la materia humana hasta reducirla al estado de herramientas. ¿Qué queda de humano en ese ser pálido, descarnado y escrofuloso que no respirará nunca otra atmósfera que la de humo, grasas y polvo?

Mas no se crea, por esto, que apruebe en todas sus partes las pretensiones del socialismo moderno, expresadas en el célebre programa de Gotha, «La Quinta Esencia» de Paulsen, «La Mujer» de Bebel y la tesis insostenible y casi ridícula de Stern. No, estoy muy lejos del socialismo. Me espanta el comunismo. No creo factibles esos principios. No creo que sean esos los únicos medios de redención para la humanidad pobre. Digo con Díaz Mirón: «Nadie tendrá derecho á lo supérfluo mientras alguien carezca de lo estricto»; pero no admito que un grupo de menesterosos se convierta en una pandilla de bandidos, que armados de machetes asalten y asesinen al rico, repartiéndose sus propiedades. Robar, ni ricos ni pobres. Asesinar, mucho menos. Trabajo honrado y bien retribuido para todos.

La igualdad absoluta no es posible. La escala social es necesaria. Lo que debe hacerse es reducir los extremos. Quitar un poco al multimillonario, siquiera sea lo que rebasa de sus arcas pletóricas, para aliviar las imperiosas necesidades del proletario. Es necesario limitar los capitales, y el excedente invertirlo en hospitales, hospicios, asilos, manicomios, *gotas de leche*, casas de corrección, bibliotecas populares, dispensarios, casas higiénicas para albergar la inopia, é instituciones bancarias, que aseguren pensiones á los obreros inválidos.

¿Para qué necesita un hombre mil millones de pesos, pongamos por caso? ¿Cuáles son las gran-



des necesidades de su vida? ¿Cuál es el gasto superfluo á que puede aspirar, para disfrutar de tan inmensa fortuna, en una existencia tan corta? ¿En qué invertirá tanto millón? Y si no lo invierte ¿á qué ese afán insaciable de atesorar? Hay desgraciados de estos que no pueden ni comer, porque tienen arruinado el estómago. Otros no duermen, pensando en sus cajas, en su oro, en sus negocios. No tienen reposo, no tienen tranquilidad, no pueden ser felices.

Acaparar inmensos tesoros á costa de tanta miseria; dar á los perros lo que necesita el hombre y lo que á este mismo hombre se le ha quitado; estar hartos mientras otros se mueren de hambre; haber holgazanes, cuando hay tantos hombres enfermos por el excesivo trabajo. ¡Qué falta de equilibrio social! ¡Qué falta de armonía! El que más trabaja es el que menos gana y el que más necesidad tiene. Esto no es natural, y por consiguiente es suceptible de una gran transformación que puede llegar á realizarse con el transcurso de los tiempos y bajo el amparo de la civilización.

Santiago de María, abril 29 de 1908.

* * *

Los Genios del Trabajo

El esfuerzo y la abnegación son necesarios para llegar á la cima

El trabajo: he ahí una palabra que sintetiza toda la energía humana.

Virtud es esa que eleva al hombre moral y materialmente, oponiéndole una formidable barrera contra los vicios.

Nació con las necesidades del hombre, como un medio providencial de contrarrestarlas.



El Dios bueno y el Dios malo, en su eterna labor, colman los platillos de la gran balanza mundanal. El Dios malo pone en su platillo la enfermedad, el Dios bueno pone en el otro el remedio; el Dios malo coloca de su lado el fardo inmundo de los vicios, el Dios bueno pone en el suyo el cesto divino de las virtudes; el Dios malo arroja, indignado, la miseria con el pesado embalage de la pereza, y el Dios bueno, lleno de infinita bondad, pone de su parte el trabajo constante é inteligente.

Vencido, al fin, el Dios malo se hunde para siempre en su gélida mansión de tinieblas. El Dios bueno, el gran Dios, el Dios de todo lo creado construye entonces el templo del *Trabajo* y en él coloca á San Cristóbal Colón, á San Bernardo de Palissy, á San Jaquard, á San Guttemberg, á San Miguel Hidalgo y Costilla y á San Bartolomé de las Casas, y dice al hombre: «He ahí tu templo, he ahí tus santos, procura imitar su vida ejemplar, de constancia, honradez y sacrificios, para que llegues, como llegaron ellos, al mayor perfeccionamiento, que es la más legítima aspiración del hombre sobre el Planeta».

Así como al militar, para engendrarle el amor patrio y el heroísmo, hay que hacerle abrevar en la fuente de la historia de los grandes héroes y mártires, fijando en su memoria la vida de Rustán, Leónidas, Alejandro, Anibal, Antar, César, Scévola, Guillermo Tell, Kosciusko, Ricaurte, Nelson, Napoleón, Washington, Hidalgo, Morelos, Allende, Bolívar, San Martín y Morazán; así al obrero, antes de decirle que se declare en huelga, que forme mitines, que perore contra los propietarios, que se haga anarquista, socialista, comunista, apache, matasiete, pendenciero, hay que hacerle aprender de memoria la *novena* de esos divinos santos del trabajo. Hay que hacerle comprender que el trabajo es su principal deber, y que en cualquier oficio, por innoble que parezca, la constancia ayudada por la inteligencia y la abnegación,



puede hacer de un simple obrero un artista de mérito, que llegue á conquistarse una posición envidiable de riqueza, bienestar y gloria.

Todo es suceptible de perfeccionamiento en la inmensa extensión de lo creado. Desde el monótono roce de los élitros del grillo, primera nota musical, lanzada al mundo terrestre, desde lo más obscuro de los bosques, allá en la época primaria del Planeta, hasta el melodioso gorgeo del divino ruiseñor (pensamiento de Flammarion); desde la débil chispa producida por el choque de los pedernales, hasta la deslumbradora claridad del arco voltaico; desde el átomo hasta Dios, todo asciende, como por la escala de Jacob, al impulso evolutivo del perfeccionamiento.

El hombre, ser superior de la escala animal dotado de inteligencia, sentimiento y voluntad, fué creado, no para pasar indiferente por el mundo, sin preguntarse siquiera dónde está, á qué ha venido y qué sitio ocupa en la Tierra, mísero grano de arena del inmenso desierto del Infinito. No, el hombre, como sér inteligente, está obligado á pensar, á investigar el por qué de las cosas, á escudriñar los misterios de la naturaleza, para ensanchar aun más el vasto dominio de las ciencias y las artes; como sér sensible debe amar todo lo digno de ser amado en este mundo, y como dueño de sus acciones debe dominar sus pasiones en bien del perfeccionamiento moral y material.

Sobre todo, hay que hacer que se le rinda un verdadero y fervoroso culto al dios *Trabajo*, al dios que con su planta poderosa aplasta la cabeza de la hidra envenenada de los vicios, levanta con su diestra al desvalido y toca con su frente el infinito.

El trabajo reglamentado es la fuente inagotable de todo bien; da la salud al cuerpo, llevando el pan y el abrigo al hogar, facilitando la circulación de la sangre, favoreciendo la eliminación de los principios tóxicos elaborados en el organismo, amplificando los cambios de nutrición, desarrollando



los sistemas, y si llega á producir la fatiga, proporciona, en cambio, la satisfacción del descanso.

El labriego que vuelve de la sementera sudoroso, con su *cuma* en la mano derecha y su calabazo de agua pendiente del hombro izquierdo, trae hambre y siente necesidad de reposo y de satisfacer esas necesidades, se considera el hombre más feliz de la Tierra: come con apetito envidiable, que le hace encontrar sabroso el más frugal de los alimentos, y después, con qué gusto extiende sus miembros fatigados y bosteza tendido en su hamaca de pitas ó en su *tapesco* de varas de *jalacate* ó de *caña brava*. Duerme y ronca como un bendito, sin ser turbado por ensueños terroríficos. Este hombre es feliz á su modo; pero puede ser más feliz aún. El perfeccionamiento de sus cultivos, el estudio de sus terrenos, la observación de la naturaleza, la selección de la semilla, la manera de conservarla, la destrucción de los insectos nocivos y el cultivo y protección de los útiles; el cruzamiento de las especies, el injerto, los abonos &., le proporcionarían abundantes y magníficas cosechas, que le harían gozar de mayores productos y, por ende, de más comodidades, pudiendo preparar para sus hijos un halagüeño porvenir.

Esto en cuanto al hombre de los campos, que es del que menos debemos preocuparnos; pues es relativamente feliz, porque siquiera respira el aire puro, bajo la bóveda de luz del firmamento; que en cuanto al hombre del taller, confinado en la húmeda y caliginosa atmósfera de las grandes ciudades, éste es el que necesita de la gran regeneración.

Bueno está, y necesario es, que aprenda un poco de higiene, de medicina, ética, geometría y otras ciencias: que reclame un cuarto más seco y ventilado para vivir, que pida menos horas de trabajo, que se alimente mejor, que se vista con decencia y que saboree el amor de su cara mitad. A todo eso y más tiene derecho y nadie puede impe-



dirlo. Alabo á los hombres que en vez de gastar sus energías intelectuales en hacer literatura de palabras, hacen literatura de ideas, escribiendo sobre problemas sociales, demostrando su alteza de miras, su nobilísimo altruismo, como entre nosotros el meritísimo escritor don Alberto Masferrer, quizá el único que se ocupa con tesón en tales asuntos, en honor suyo sea dicho. Todo eso y más se le debe decir al obrero; pero hay que repetirle con insistencia que si quiere conquistar la tierra, el aire y la luz, y todos los elementos de su bienestar, no debe esperar que un genio alado, venido de las alturas, como los de *Las Mil y una Noches*, vaya á realizar tamaño prodigio; necesita conquistarlo él mismo, y para esa lucha gigantesca no tiene más que dos armas, poderosísimas, por cierto, el trabajo y la inteligencia. Si no se recurre á ellas, vana será la lucha, estériles los esfuerzos, penosas las consecuencias.

La inteligencia perfecciona al trabajo y el trabajo fortalece á la inteligencia. De su consorcio feliz nacen las ciencias y las artes, produciendo la bella luz, que en nimbos inmortales corona la frente de Fulton, Franklin, Edison, Curié, Pasteur y Marconi.

Pero no se crea que se llega á la tierra de promisión sin pasar por las caldeadas arenas del desierto, al decir del poeta-Sol.

El esfuerzo y la abnegación son necesarios para llegar á la cima.

Oigan lo que dice el gran Bernardo de Palissy por boca de Lamartine: «Pasaba todas las noches expuesto á las lluvias y á los vientos, sin tener auxilio ni consuelo sino de los gallos que cantaban por una parte, y los perros que aullaban por otra; á veces estallaban vientos y tempestades, que soplaban de tal modo sobre mis hornos, que me veía obligado á dejarlo todo y yendo enteramente mojado á causa de las lluvias que habían caído sobre mí, me retiraba á acostarme á media noche *ó al ra*-



yar el día, sucio como un hombre á quien se le hubiera arrastrado por todos los basureros de la población, y andando á tientas y tropezando como un hombre que estuviera borracho, y lleno de tristeza por ver que después de trabajar tanto se había perdido mi trabajo. Y al retirarme así, sucio y mojado, encontraba en mi habitación otra persecución peor que la primera; ahora me maravillo de no haber sido consumido por la tristeza».

Y este hombre fué grande, este hombre fué feliz, este hombre escaló las cimas de la gloria, legando á la posteridad un nuevo arte y un gran ejemplo de abnegación y constancia en el Trabajo inteligente. Buscando un fin, cual era el perfeccionamiento de los esmaltes y la alfarería decorativa, llegó á ser literato y filósofo sin sentirlo.

Guttemberg, tomando la idea de Koster, sacristán de Hearlen, desarrollándola y perfeccionándola, en lucha abierta contra la miseria, la envidia y la maldad de los hombres, multiplicò el pensamiento humano con su máquina prodigiosa, marcando con su aparición el renacimiento intelectual.

La vida de estos hombres debiera formar los sagrados evangelios, que ante el ara bendita del templo del trabajo leyeran cuotidianamente sus sacerdotes Tolstoy, Gorki, Reclus, Dicenta y Masferrer.

Empero, aquí para nosotros, debemos decir la verdad; nuestros obreros gozan de una relativa libertad en el trabajo. Aquí no se les exige doce horas de contínuas labores al día. Trabajan el tiempo que quieren y ganan proporcionalmente á lo que trabajan, casi siempre lo necesario para la vida y algo más. El jornalero sale á las dos de la tarde del trabajo, después de sacar una ó dos tareas, ganando de tres á seis reales diarios y á veces su mantención. Lo demás del día le queda disponible para el descanso, para la distracción, para la lectura (si sabe y quiere leer) y para el



placer honesto y moderado El artesano llega al taller á las siete de la mañana, dispone de una hora al medio día para tomar sus alimentos y sale á las cuatro de la tarde, ó las cinco, cuando más, y gana de un peso hasta tres, según el trabajo que haya hecho, en relación con sus aptitudes.

Nosotros escribimos para los de la tierruca y por eso nos fundamos en nuestro estado social á ese respecto, y en nuestra manera de ser. Nosotros no tenemos obreros sin trabajo—á excepción de los que no quieren trabajar—Muchas veces tenemos que rogarles para que nos hagan una obra, y nunca la entregan en el plazo señalado. Los maestros de talleres se quejan de la falta de operarios y de los vicios de los pocos con que cuentan. Nuestros finqueros carecen de brazos suficientes para sus labores agrícolas, y esto es que nos vienen muchos miles de trabajadores de ambos sexos de la vecina República de Honduras. El salario es bueno.

No siendo idèntico nuestro mal al que aflige á la clase obrera de otras naciones de allende los mares, no puede ni debe ser el mismo remedio.

P. G. Proudhon dice: «Primeramente se batían por no trabajar, y la guerra era social; ahora se pelea por trabajar, y la guerra es social. La civilización ha llegado de un polo á otro; primeramente los hombres se mataban porque el reposo no era para todos, y esto se comprende; ahora se matan porque no hay trabajo para todos, y esto no se concibe».

Nosotros no nos matamos por esos asuntos sociales, y de hacerlo sería por lo primero; pero no por lo segundo.

Si nuestro obrero no tuviera vicios; si sus ahorros los gastara en libros científicos é industriales; si en lugar de pasar sus ocios en la taberna, gastando mal su dinero penosamente ganado, y destruyendo su salud, labrando así la ruina de su familia, los pasara leyendo en su casa para él y para los suyos; si en lugar de conformarse con hacer



siempre lo que una vez aprendió á hacer, tal como se enseñaba en su tiempo, pensara un poquito para mejorar su labor, el porvenir del *hombre-acción* sería halagüeño y no tendría nada de que quejarse. Hablo para acá, entre nosotros, donde no se tiraniza á esa parte de la humanidad, que, á mi entender, es la mejor, porque es la que produce, y así lo he expresado antes en unos pobres y desaliñados versos cuya última estrofa dice así:

El obrero es grandeza, es poderío,
Es fuerza y es acción y es movimiento:
El pone dique y desvía el río,
Levanta muros y encarrila el viento,
Cabalga en ondas de ese mar bravío
Y reta al infinito con su acento.

Santiago de María, julio de 1908.

NOTA.—Este artículo fué publicado en el «Diario del Salvador» y reproducido en «El Renacimiento», importante diario de Manila (Filipinas) y vuelto á reproducir en «Letras Nacionales» de la capital de la República.

Alcoholismo y sus consecuencias

(**Medidas profilácticas**)

Desde los tiempos bíblicos, desde que se inventó la primera bebida alcohólica, desde que la bebió el primer hombre, surgió la primera víctima del alcoholismo. Noé, el varón justo, predilecto de Dios, cayó embrutecido bajo la acción tóxica del jugo fermentado de la uva. Esa fue la voz de alerta que el mismo licor pernicioso dió á la humanidad; mas el hombre no la escuchó, por el contrario, tentado por el deseo, continuó las libaciones y con ellas las embriagueces. El alcoholismo nació ro-



busto; pero el mundo de entonces no lo conoció, y así pudo extender sus dominios sin que nadie se lo estorbase. Los egipcios, los hebreos, los griegos y los romanos tuvieron sus bacanales. Lo dicen Plutarco, César y Tácito. En el sagrado bosque de Dafné, allí cerca de la fuente Castalia, se emborrachaban los romanos, según lo refiere Lewis Wallace. En el sitio de Troya, también bebían los guerreros después de los reñidos combates: así lo escribe el inmortal ciego de Esmirna, en su grandiosa epopeya. Si hubiéramos de historiar los célebres borrachos del mundo, tendríamos material para una extensísima obra, cuya página de honor la ocuparía Alejandro el Grande; pero nuestro intento es solamente dar á conocer una vez más las fatales consecuencias del alcoholismo, á fin de corregir un tanto la desenfrenada pasión por el terrible veneno que diezma á los pueblos del globo.

Los hombres científicos han demostrado que el alcohol es uno de los venenos que se acumulan en el organismo, atacando de preferencia al cerebro, al hígado y al estómago, sin dejar por eso los demàs órganos de sufrir profundas alteraciones.

Es un error creer que sólo los licores fuertes producen el alcoholismo; que sólo los ebrios consuetudinarios, los que viven siempre en las cantinas, son alcohòlicos. El alcoholismo se produce siempre que se abusa de cualquier bebida que contenga alcohol, aún de las que aparentemente son inofensivas, como los vinos generosos. Hay alcohólicos, y quizá los que más sufren, que jamás han tomado licores fuertes. El alcoholismo producido por el abuso del vino se llama emilismo y tiene una sintomatología distinta del alcoholismo propiamente dicho y de la del absintismo, que es otra variedad de alcoholismo producido por el ajenjo y demás licores que contienen esencias volátiles.

El alcohólico es un ser degenerado que acaba cirrótico, dispépsico, imbécil ó vesánico.



El alcohol dificulta las oxidaciones de nutrición y favorece el desarrollo de grasas, constituyendo la adiposis, de que padece la mayor parte de los bebedores, debido principalmente, pues casi todos son obesos, á que fían en que su abdomen prominente y su cara coloradota son buenos signos de salud perfecta, hasta que el entorpecimiento de sus funciones, la debilidad de sus órganos y el agotamiento nervioso les hace salir de su error; pues no soportan las torturas de las picazones y hormigueos de los miembros inferiores, durante la noche; las neuralgias erráticas, las palpitaciones nerviosas, las visiones terroríficas, los temblores matinales, la pituita gástrica, la hiperestesia cutánea del principio y la anestesia plantar consecutiva, y por último las parálisis.

Los trastornos del sistema circulatorio son de grande importancia: desde la congestión cerebral hasta la astenia cardiaca, que ocasiona la muerte de la mayor parte de los alcohólicos.

Antes existía la idea errónea, y aún existe entre algunas gentes, de que el vino fortifica y por eso han acostumbrado darlo á los niños débiles en cantidades exageradas para su edad, formando de este modo y sin saberlo, verdaderos alcohólicos infantiles que han padecido de convulsiones y otras dolencias que las madres atribuyen á los vermes intestinales y á otras causas, menos á la verdadera, que es el alcohol. El alcohol nunca ha sido un alimento ni mucho menos; lo que ha sido siempre es un estimulante difusible que tiene muchos inconvenientes, por lo que la medicina moderna tiende á sustituirlo por otros estimulantes ó tónicos de menos peligro. Yo lo he excluido por completo de mi práctica profesional, sin que haya tenido jamás que echarlo de menos, ni en las neumonías donde era de rigor emplearlo, casi de una manera sistemática. No había médico que no lo recetara en tales casos, y aún los hay que salen del apuro, para levantar las fuerzas, propinando una copita de co-



ñac, con que engañan á las dolientes, y ponen á los enfermos en condiciones más difíciles, así que ha pasado la excitación momentánea del alcohol. El alcohol, para mí, es puramente un veneno que solamente debiera tener aplicaciones externas é industriales. Así lo consideraron los árabes, que fueron los que primero lo obtuvieron por la destilación del vino en el siglo XI; aunque otros aseguran que los indios y los chinos hicieron las primeras destilaciones.

Los efectos perniciosos del alcohol se trasmiten de generación en generación, produciendo razas degeneradas, moral y materialmente; pues en los lugares donde se consume mucho aguardiente, se ha observado de cincuenta años á esta fecha, que las nuevas generaciones son menores en estatura, llegando hasta el infantilismo, más raquíticas y enfermizas y con una inteligencia màs obscura, y hay razón para esta herencia, pues el progenitor alcohólico, cuyas funciones están extremadamente débiles, no puede producir hijos sanos y robustos. El hijo de alcohólico es escrofuloso ó candidato á la tuberculosis. Yo observé un hijo de alcohólico que murió de mal de Pott ó tuberculosis vertebral, á los catorce años de edad. Otros nacen anencefálicos, hidrocefálicos ó agenésicos, malformaciones todas del encéfalo y sus anexos. A veces nacen imbéciles ó acaban enagenados.

Todo esto sin contar conque nacen destinados á ser borrachos, como sus padres; pues heredan la dipsomanía, que se despierta con la ingestión de una simple gota de alcohol. Por todo esto, y plagiando á Ismael Cerna, yo diría: «los borrachos no debieran tener hijos».

El alcohólico es el ser más desgraciado del Planeta: pues no es capaz de laborar su felicidad ni la de los suyos. El que todavía tiene sus intervalos de lucidez, contempla su porvenir sombrío y se considera como en un plano inclinado, donde se desliza con rapidez hacia el abismo de la nada, y



lucha y forcejea por retroceder hacia la cima de las virtudes; pero su impotencia es tal, que esa lucha lo agota más y el descenso, después de esa breve pausa, es mayor. El desgraciado comprende su tristísima situación y para poner fin á esa vida de calamidades, recurre al suicidio, arrojando ese manto de sangre y de vergüenza sobre el legado de infortunios que deja á su familia.

El que no se mata, pierde la delicadeza y pide para beber; sino le dan roba y, adquiriendo hábitos impulsivos, se hace criminal.

Es muy fácil hacerse alcohólico. Se empieza por tomar copitas de vino, y como agradan al paladar se repiten las libaciones: á las tres ó cuatro se siente el mareo, la hilaridad comienza, el individuo se cree el más dichoso del mundo. ¿Cómo no continuar? Otros se quejan de falta de apetito y sobra quien les aconseje, ya sea un médico ú otro cualquiera, que tome, á guisa de aperitivo, una copita de cañac ó de aguardiente, á más no poder, antes de cada comida; y así de copita en copita se va contrayendo el hábito, y una vez contraído, es difícil prescindir de él. Al cabo de un año la obra está hecha, el individuo es alcohólico.

Todo el mundo ha conocido á hombres de gran valía científica ó literaria, que, empezando de este modo, han llegado hasta el extremo de la degradación moral. Y hay imbéciles que se han hecho borrachos por imitar á estos grandes hombres; pues han creído que el mérito de ellos consistía en el vicio y no en el talento, ó que este era consecuencia de aquel, ó que todos los genios deben saber beber para ser tales.



A propósito de estas calamidades, y para que sirva de ejemplo, voy á referir la historia *verdadera* de una famillia que yo conocí en mejores días y que hoy está completamente arruinada, por consecuencia del alcohol.



Era un matrimonio que vivía feliz con ocho hijos, cuatro de cada sexo. El padre era un honrado y competente Contador, empleado de una casa de comercio, donde gozaba de un magnífico sueldo y mucho cariño y confianza de parte de sus patrones. Las hijas grandes ayudaban al gasto de la casa con el producto de sus labores de mano. Uno de los hijos, de claro talento, empezó sus estudios de medicina en la capital y otro aprendió un oficio. El mayor siguió el comercio, como su padre. De repente el buen padre de familia y honrado Contador adquirió el vicio de beber; el hijo mayor lo imitó y se perdió para siempre; el estudiante también siguió su ejemplo; abandonó los estudios, emigró de la capital y al poco tiempo se supo que había muerto en una ciudad de Occidente, de una manera trágica y misteriosa. El padre perdió el empleo y empezó á contraer deudas y los acreedores le quitaron la casa y cuanto mueble tenía algún valor. Ya estaban, pues, en plena miseria. La esposa è hijos continuaron aún sosteniendo la situación, mientras el esposo y padre bebía y perdía el hábito del trabajo. La vida se les hacía cada vez más difícil. La hija mayor abandonó el desgraciado hogar y tendió sus alas hacia las regiones del ensueño en compañía de un galante seductor..... La deshonra hacía su real entrada en aquel pobre hogar. Otra de las hijas grandes se prostituyó y las menores fueron siguiendo su ejemplo. Los otros varones aprendieron á beber y las mujeres, que ya hacìan en grande escala el comercio de su carne, también bebieron é hicieron toda clase de inmoralidades. La madre sufría cruelmente, y entre tanto el padre vagaba por las calles exhibiendo su miseria y desvergüenza; y los hijos también vagaban, hasta que uno de ellos contrajo la tuberculosis pulmonar y fué á morir al hospital; el otro, de diez y seis años, estuvo en una sala de venéreos curándose una sífilis secundaria. La madre murió á los pocos días de la muerte del hijo, de miseria y de



pesar, y entre tanto el pobre viejo vagaba por las calles como un verdadero idiota. ¿Habráse dado cuadro más triste que el que acabo de describir? Pues como este, ó peores, ha habido miles en el mundo, y ese mundo no aprende á pesar de tan prácticas lecciones.

En resumen, el alcoholismo es una verdadera plaga, que tanto el médico como el moralista están obligados á combatir por cuantos medios estén á su alcance. Pero más que el médico y el moralista, es el gobernante de una nación el llamado á esta lucha benéfica, por contar con los medios indispensables, y, además, él, como un padre de familia, tiene el imprescindible deber de velar por sus gobernados y de procurar su mejoramiento moral y material. En tal virtud es á él á quien voy á proponer mi sistema de combatir el alcoholismo en El Salvador.

Ya que en estos pequeños países tenemos la desgracia de contar indispensablemente con la renta de licores para el sostenimiento del Gobierno, hay que suprimir los licores confeccionados con esencias volátiles, como el ajenjo, el anisado y la ginebra, y mejorar efectivamente el aguardiante que se expende en los estancos y cantinas; pues sabido es que la mayor toxicidad del aguardiente ordinario le viene de los alcoholes propílico, butílico y amílico; así como el éter acético, los aldehídos etílico y piromúcico ó furfurol y otras sustancias nocivas que contiene; y no creo que con los procedimientos actuales empleados en la fabricación de dicho líquido en los departamentos, donde los empleados no saben ni que existe la Química Orgánica, pueden obtenerse alcoholes bien rectificados. A esto se agrega que los estanqueros lo adulteran más, burlando la poca vigilancia de las autoridades, pues tienen buen cuidado de presentar el mejor aguardiente que tienen al Inspector respectivo, ó éste se hace de orejas por condescendencia de amistad ú otros motivos. Es una verdadera nece-



sidad la supresión absoluta de los estancos rurales, que se escapaban á la vigilancia de las autoridades superiores y, por consiguiente, son constantes escenarios del crímen. Ya otras veces me he ocupado de este asunto, sin obtener ningún resultado; pero tal vez mañana ú otro día, cuando los que manden no exploten el ramo de aguardiente y tengan un poquito de patriotismo, atenderán esta medida salvadora.

Como de mucha importancia me parece la creación de un establecimiento que pudiéramos llamar «Asilo-Hospital de Dipsómanos», en el cual se reconcentrarían todos los ebrios consuetudinarios de la República. El establecimiento constaría de dos secciones: la una médica y la otra industrial. En la primera se curaría el individuo de su alcoholismo y las consecuencias de éste, y en la segunda volvería á contraer el hábito del trabajo, pues no se le tendría ocioso. A los dos ó tres años de reclusión forzosa se le daría libertad, entregándole un pequeño obrador comprado con sus mismos ahorros. Si reincide se le vuelve á recluir por otros dos años hasta lograr su completa regeneración. Para proceder de esta manera hay que considerar la embriaguez como un delito, el cual será castigado con la pena de reclusión en el Asilo-Hospital, por un tiempo determinado. Ya en los Estados Unidos se hace algo parecido, obteniendo buen éxito.

Tal vez así se regenerarían estos miembros carcomidos de la sociedad. Ojalá se hiciera la prueba.

Licurgo mandaba á emborrachar á los esclavos para exhibirlos ante los ciudadanos de Lacedemonia, á fin de inspirarles toda repugnancia á la embriaguez, y Dracón castigaba con pena de muerte al que se embriagaba en Atenas; Carlo Magno prohibía en Francia invitar á beber y brindar, y Mahomet, prohibió en absoluo el vino en Arabia. Si esto hacían aquellos mantdatarios en aquellos



tiempos, ¿cuánto no debemos esperar de los mandatarios actuales, dado el grado de civilización á que hemos llegado?

Hemos llegado al reinado de la higiene, y todo buen gobierno debe atender sus sabios preceptos, para formar un pueblo sano, que se dé cuenta de su existencia y que sea el factor de su propio engrandecimiento.

Esperemos.

San Miguel, 1907.

Vanidad de Vanidades

Era una mañana diáfana y hermosa; el sol hacía derroche de su bendita luz, y el aura pura y fresca jugaba con las flores y las plantas. Yo estaba con otras personas á la puerta de mi oficina de consultas y mirábamos hacia el extremo occidental de la calle, á donde se veía confusamente un grupo de gentes que caminaba en dirección á nosotros. Es un matrimonio, decían unos; yo dije, es un entierro; pero, entonces, me argüían ¿por qué vienen al centro de la ciudad, dejando atrás el cementerio? No lo sé; pero insisto en que se trata de un entierro, porque veo dos hileras de gente, una á cada lado de la calle y un pequeño grupo en el centro, que no camina muy recto, como que algo, obrando en conjunto sobre los individuos les obligara á dar traspies y á cambiar constantemente de dirección. Pero sea matrimonio ó entierro, me dijeron, ¿qué nos importa?; estamos perdiendo lastimosamente el tiempo en tan fútiles discusiones. Así parece, les contesté, que no nos importa nada; pero el caso es que nos importa muy mucho. Del matrimonio nada tendríamos que temer: se hablaría un poquito, entre mujeres, sobre trajes,



apostura, belleza y otras cosillas de los novios y alguna que otra charla, entre los hombres, sobre la conveniencia ó inconveniencia del matrimonio, y nada más; pero en caso de un entierro que viene del lado del panteón hacia el centro de la ciudad, sí hay mucho qué temer y qué decir; pues la salud pública puede resentirse con tal proceder. Entre tanto el grupo caminaba; ya lo teníamos cerca y pudimos distinguir claramente el féretro y todo su fúnebre cortejo.

¿Cuál es el móvil que impulsa á estos insensatos hacia el centro de la ciudad, siguiendo una vìa enteramente opuesta á la que debieran seguir para llegar al panteón? ¿Pensarán, como Colòn, que para llegar á las tierras fabulosas de Zipango situadas al oriente de su punto de partida, podrán dirigirse hacia el lado opuesto, fundándose en la redondez de la Tierra? Estas y otras bromitas se cruzaron. No, señores, nada de eso piensan, agregué, lo que les impele á seguir esa vía es la necesidad de lucir el ataúd; vienen todos en busca de escenario, en busca de público; necesitan que los vean, y esto no lo conseguirían si se fueran derecho al camposanto.

¡Vanidad de Vanidades! ¡Exhibir un féretro como se exhibe el payaso de una compañía de saltimbanquis! ¡Qué ridículo!

Quieren dar satisfacciones al mundo, que no se las pide, de que han echado la casa por la ventana, para que el cadáver de su deudo vaya á la última morada en una caja mortuoria presentable á la curiosa muchedumbre. ¿Se olvidan, acaso, de que todo ese lujo se podrirá mañana bajo la influencia de la humedad en el seno de la tierra, dando origen á mil descomposiciones químicas, en donde un enjambre de gusanos asquerosos han de reírse de la liviandad y candidez humanas? ¿Ignoran el peligro á que exponen á la generalidad con tan absurdo proceder? Tal vez no lo ignoren; pero á esas gentes les importa un comino la salud pública y



aún la suya propia, en tratándose de aparentar. Muy poco y nada se cuidan de esas cosas. Nadie les impide hacer un paseíto fúnebre y lo hacen. Allá que los hombres de verdadero altruismo, que viven siempre preocupados del bien ajeno, más que del suyo propio, piensen y digan lo que les acomode.

Por lo regular, la mayor parte de nuestros hombres del pueblo mueren sin que los haya visto ningún médico (porque en eso tienen mucha economía), y por consiguiente, el diagnóstico de la enfermedad que les abrió las puertas de la tumba, se fué con ellos al abismo. Pudo haber muerto de fiebre amarilla, como de tisis galopante ú otra enfermedad infecto-contagiosa, y para los dolientes da lo mismo. El cadáver debe velarse toda la noche, pues de lo contrario no quedan satisfechos. Nadie ignora como son esos velorios ó velaciones entre nosotros: de todo hay en ellos, juegos, licores, comilonas, mùsicas y hasta altercados y pleitos á mano armada. De lo que no hay es de lo único que debiera haber: recogimiento y respeto al cadáver; respeto á ese cuerpo exánime que señala el tránsito fatal del sér al no sér, de la vida á la muerte, de la actividad á la inercia, de lo conocido á lo desconocido, al misterio...... Pues bien, ese cadáver en estado de descomposición orgánica, derramando líquidos infectos y nauseabundos, portador de millones de microbios patógenos, ese cadáver es paseado por las calles céntricas de la ciudad y no hay quien lo impida. Eso es como si un gran bactereólogo hiciera cultivos de innumerables microbios virulentos, como los del cólera asiático, la peste bubónica, el tifus y otras por el estilo, y un día la criada inadvertida, al sacudir, arrojara todas esas inmundicias á la calle. ¿Qué resultaría de semejante barbaridad? Pues nada menos que un reguero de epidemias que se repartirían á prorrata el botín humano.

Se me dirá que exagero, que no siempre tales



paseos fúnebres hacen daños. Convengo en que no siempre sean funestos, aunque siempre hacen mal; pero ¿quién nos asegura que el día menos pensado no se nos desarrolle una terrible epidemia por haber permitido esas excentricidades, que atentan contra la higiene pública? En cuestiones que tiendan á hacer el bien general, toda exageración es poca; pues para hacer comprender al pueblo el peligro á que se expone, es necesario ponérselo de relieve, darle una lente de potente aumento para que lo vea, y aun hacer que lo toque, que lo sienta bajo su mano, que lo experimente.

En el estado actual de la ciencia médica y en especial de la microbiología, todas estas disertaciones estarían demás para la gente instruida, pero para el pueblo son de grandísima utilidad. Hay que hacer luz en las conciencias obscuras. Instruir al pueblo es una gran obra. El porvenir es de la inteligencia y nada más. El que nutre su alma se acerca á Dios. El que difunde sus conocimientos hace misericordia. La prensa doctrinaria no debe jamás ceder su puesto á la vileza. El periodista, en vez de malgastar el tiempo en futilezas, debe enseñar, para cumplir su sagrado sacerdocio. La prensa de explotación no podrá nunca llenar sus altos fines; pues el mercantilismo intelectual degrada las conciencias y corrompe las costumbres.

Traslado los conceptos del presente artículo al Consejo Superior de Salubridad para que tome en consideración el punto que dejo señalado; pues aquí creo preciso que la ley prohiba lo que cada cual debiera evitar por su propia conservación.

Pueblo, más cordura y menos vanidad.

San Miguel, octubre de 1907.

NOTA.—Ni el pueblo ni el Consejo de Salubridad hicieron caso de mi artículo, y sin embargo, nadie puede negar su importancia. Donde el Gobierno y sus empleados subalternos son sordos y ciegos, la prensa está demás.



Dos gotas de láudano

Hace algunos días que volví de la ciudad de San Miguel, á donde fuí con el único objeto de ver á mi anciana madre y otros miembros de mi viejo y ya casi extinguido hogar, que he dejado en aquella metrópoli oriental, donde ví la primera luz, arrullado por las brisas octubrales, y donde he pasado la mayor parte de mi vida, luchando sin cesar contra las mil y una dolencias que han afligido mi débil organismo.

En este viaje tuve ocasión de observar un caso de muchísima importancia, que me apresuro á poner en conocimiento del pueblo, de esa masa inconsciente que anda á tientas y á ciegas por el camino de la vida, á fin de que conozca los peligros, para que pueda evitarlos.

Se trata de una pobre mujer, madre de una niña de veintidós días de nacida; la cual niña lloraba mucho, día y noche (probablemente sufría de algo que no podía expresar), y refiriendo el caso á algunas amigas suyas, de esas que tienen sus recortes de curanderas, éstas le aconsejaron que le diera dos gotas de láudano fino (de Sydenham), que así se hacían pacientes los niños llorones. Y en verdad que no vuelven á llorar......

La pobre mujer mandó á comprar el láudano y, cosa extraña, encontró quien se lo vendiera, á pesar de estar terminantemente prohibido por nuestra ley de farmacia.

Sería como á las diez de la mañana cuando con su propia mano, pero sin saber lo que hacía, propinó las dos gotas del terrible licor á la desventurada criaturita, que al instante se durmió profundamente, para despertar convulsa y cianótica cerca de las tres de la tarde. La pobre madre, cuando vió á su hija con los miembros crispados y fríos, los ojos extrávicos, la nariz afilada y sudoro-



sa y la faz cianótica, sintió en su oprimido corazón el dardo punsador de la más dolorosa angustia. Corrió hacia mí implorando los recursos de la ciencia, para volver la vida á su agonizante hija. Ocurrí solícito é hice todo lo que pude por arrebatar á la muerte esa víctima entregada por la ignorancia; pero todo fué inútil, la niña murió á la media noche, hora fatídica en que los neuróticos oyen ruidos misteriosos y miran en las sombras danzar con terrífico vaivén mil y mil figuras macabras.

Ayes, sollozos y lágrimas saturaban el ambiente de aquel diminuto cuarto, en cuyo centro se alzaba el humilde sarcófago, formado por una mesa, un cajón y una sábana blanca, sobre el que yacía el inanimado cuerpecito de la infeliz criatura. Una sola vela iluminaba aquel pequeño recinto, débil bosquejo de una capilla ardiente. La madre y el padre velaban junto á la adorada muertecita, formando un cuadro digno del pincel de Fortuni, por no citar tanto al divino Rafael.

¡Cuánto no daría esa madre por volver á oír el llanto de su pequeña hija ¡Pero la niña ya no volverá á llorar; trocó el grito estridente del dolor por el divino canto de los ángeles, y, en supremo sacudimiento, arrojó al cieno la delesnable materia de su cuerpo y la blanca paloma de su alma voló hacio el Infinito.

Madres: cuando vuestros tiernos hijos lloren mucho á pesar del blanco jugo de vuestros senos y de su aparente buena salud, consultad al médico antes de propinarles ningún medicamento, y mucho menos aquellos que contengan opio, como el láudano. *Sí, el láudano es un terrible veneno para los niños.* La intolerancia y susceptibilidad de los niños para el opio es tal que una gota de láudano de Sydenham diluida en cien gramos de agua y tomada por pocos, por un niño de tierna edad, ha logrado matarlo. (Manquat).

Es vieja costumbre entre las nodrizas la de



propinar algunas gotas de láudano ordinario ò *comercial* á los niños que lactan, para que no lloren de hambre, cuando ya empiezan á escasear de leche, y temen que se les sustituya por otra, perdiendo así su lucrativo empleo. Aunque este láudano no es más que una grosera superchería comercial, el escasísimo principio activo que contiene es suficiente para producir accidentes de intoxicación en los niños, y las madres que les proporcionan una lactancia mercenaria á sus hijos debieran siquiera tener mucha vigilancia á este respecto.

El uso de los medicamentos implica el conocimiento exacto de ellos y el de los individuos con quienes se usan. El organismo del niño ofrece muchas particularidades en cuanto á la tolerencia medicamentosa. Si para algunas sustancias como la quinina y el arsénico, son relativamente más tolerantes que los adultos, para otros, como el opio, son extremadamente sensibles.

Las madres pobres é ignorantes, antes de cometer un disparate con sus hijos enfermos, debieran llevarlos á un hospital ó á la oficina de consultas de un facultativo. No hay que abrigar ese temor pueril é infundado al hospital. En nuestros tiempos esos establecimientos son centros decentes, higiènicos y cultos, donde se propina el medicamento junto con una buena dosis de cariño y esmerada asistencia. Tampoco hay que temer al médico ni pretextar la falta de dinero para ocurrir á su consulta; pues todo médico tiene la sagrada misión de aliviar las dolencias del prójimo, sea ó no retribuida, con tal de no ser engañado. Nò habrá médico, por metalizado que sea que se niegue á dar una receta á un desgraciado que sufre á la par de su dolencia el mal de la pobreza.

Aquí viene al caso llamar la atención sobre dos grandes faltas en el cumplimiento de la ley: La indiferencia conque se ve el ejercicio clandestino de la medicina, verificado por individuos de crasa ignorancia y de notable atrevimiento, y la poca vi-



gilancia de la Junta de Farmacia, unida á la falta de conciencia y demasiado mercantilismo de los propietarios de boticas, para permitir la una y efectuar los otros la venta de medicamentos peligrosos sin receta de facultativo.

Con un poquito de firmeza y mucha constancia se lograría corregir, en parte, estos dos abusos que causan tantos males á la humanidad.

Santiago de María, febrero de 1908.

Para el pueblo

FRAGMENTO

A vosotros los que formáis eso que llaman pueblo, hijos desheredados de la fortuna, que camináis sin guía y sin tino por la senda escabrosa de la vida, apollado tan solo en el rústico báculo de la buena fé, que no miráis más allá del estrecho círculo de vuestras limitadísimas aspiraciones; para quienes no importa que sea el Sol ó la Tierra el que se mueva, y en cuyos cerebros no hay luchas, ni tempestades, ni fiebre de ideales insaciables que torturan la mente del pensador; à vosotros dirijo mi humilde expresión con el laudable objeto de enseñaros algo útil para la vida común. Vosotros, los pobres, los humildes obreros necesitáis consejos y los recibiréis con agrado. Hay otros más pobres que vosotros, porque lo son en medio de la opulencia; estos son los pobres de espíritu, que agobiados por el peso del oro y torturados por la avaricia y la soberbia pasan por el mundo sin ver una sola irradiación de la infinita luz de la sabiduría; pero dejémosles que sigan por su extraviada ruta y sigamos nuestra senda. Yo iré con vosotros.



Siguiendo una ley general á que nos sentimos irresistiblemente impelidos, la ley de la asociación, vosotros, como los potentados, tenéis hogar; tenéis esposas, tenéis hijos, tenéis un techo que les da sombra y los proteje contra las intemperies del tiempo, tenéis obligaciones, tenéis deberes imperiosos, tenéis carnes que cubrir, tenèis hambres que saciar, tenéis deseos que satisfacer, tenéis dolores que os afligen, tenéis enfermedades que curar y llantos que consolar, y todo lo hacéis; pero lo hacéis sin orden y sin método porque no ha llegado hasta vosotros la aurora de los convencimientos útiles, en vuestros cerebros aun no ha amanecido, estáis todávía en la penumbra de la vida.

Empecemos por el humilde techo que os brinda su cariñosa sombra y el pedazo de suelo que lo circunda. Allí, dentro de esa choza debéis procurar el más perfecto aseo; pobre, pero aseada será para vosotros un nido de placeres; cuidad de vuestros techos, por aquello de que allí vais á buscar el reposo para vuestros cuerpos fatigados por el trabajo y no dejéis que sean inmundo criadero de animalitos que os extraen la sangre y os inoculan el veneno que lentamente va minando vuestras existencias; procurad que vuestras ropas de cama estén siempre aseadas, pues con el sudor y otros residuos que el cuerpo arroja sin cesar se producen ciertas descomposiciones que favorecen el desarrollo de innumerables gérmenes nocivos á la salud. El piso de vuestra vivienda deberá ser regado con agua muy limpia antes de barrerlo una ó dos veces al día ó siempre que esté sucio, porque si lo barréis en seco se levanta un polvillo que puede arrastrar consigo muchísimos microbios, que al ser respirados van á producir en vosotros terribles enfermedades, que no sabéis á que atribuir. Nunca amontonéis en los rincones de vuestras casas los desperdicios y las ropas sucias y húmedas, que esto constituye también un verdadero germen de microbios perjudiciales. Estos microbios son



animalitos que vosotros no podéis ver; porque se necesita para verlos un instrumento llamado microscopio que no todos pueden manejar y muy pocos poseen: estos seres (pues no todos son animales y si se les llama así es para que me entendáis mejor) son tan pequeñitos que se encuentran muchos miles de ellos en una gota de agua y por su gran número inundan nuestro organismo y le hacen muchos males, y ellos son la causa de casi todas las enfermedades y, por consiguiente, de la muerte. Estos microbios, como nosotros, viven en familias distintas, y cada una de estas familias produce una enfermedad diferente: así hay una que produce la tisis, otras los *fríos* y *calenturas*, disentería &. Procurad, pues, secar al sol la ropa humedecida por el sudor y quemad aquello que ya no os sirva de nada.

Nunca dejéis el fuego encendido dentro de vuestro dormitorio, si este es un poco abrigado, porque desprende gases que envenenan el aire que respiráis y os pueden producir accidentes mortales. He observado algunos casos de esos envenenamientos en las aplanchadoras de la Capital por la costumbre de dejar el fogón á medio apagar dentro del cuartito donde duermen. Estos gases son como el aire, que no se ven, pero se respiran y nos hacen daño.

Procurad que el patio de vuestra casa esté siempre aseado y quemad todas las basuras que recojáis. Haced que las aguas lluvias tengan fácil salida y si hay algunas partes rellenadas con tierra y arena para que las aguas no se estanquen, porque las aguas estancadas sirven á los zancudos para poner sus huevos que al nacer son sanguijuelas, que allí crecen y se desarrollan hasta echar alas y convertirse en otros zancudos, que pican al enfermo y después nos pican á nosotros, para trasmitirnos las fiebres palúdicas y la fiebre amarilla. Evitad también que los cerdos hagan fangos en



vuestros solares, porque esas inmundicias son altamente perjudiciales á la salud.

En fin, tened presente que el aseo en todos sentidos es la base fundamental de la salud pública.

Levantaos temprano, tomad un baño, si es posible, antes de iros al trabajo; comed lo necesario, sin llegar á la saciedad, masticando bien los alimentos y no toméis mucha agua. Haced un poco de ejercicio después de las comidas. Acostaos temprano y preferid siempre vuestro lecho á cualquiera distracción que pueda robaros unas cuantas horas de sueño reparador; pues habéis de tener presente que el organismo se gasta por el trabajo y repone sus pérdidas durante el sueño tranquilo.

Nunca adquiráis la costumbre, y si ya la tenéis procurad quitárosla, de masticar tabaco, especialmente después de las comidas; pues sobre ser asqueroso y repugnante, es perjudicial en alto grado, entorpeciendo las digestiones y envenenando el organismo; porque el tabaco contiene un veneno que se llama nicotina y que cuando está puro es parecido al agua, y bastan dos gotas puestas en la lengua de un perro grande para matarle instantáneamente. Huid, pues, del tabaco como de un enemigo peligroso.

Tampoco toméis el aguardiente con pretexto de excitar el apetito: al principio lo haréis voluntariamente; pero después obedeciendo á una necesidad imperiosa, pues no podréis comer sin el excitante y en esto encontraréis vuestra desgracia y la de vuestra familia; porque seréis verdaderos alcohólicos, con todas sus calamidades, todas las negruras de un tristísimo y sombrío porvenir. Huid también del aguardiente y aun de los vinos generosos. Acostumbraos á comer sin excitante, y si la falta de apetito se prolonga, consultad con un médico antes de recurrir al vulgar aperitivo.

A propósito del aguardiente, es de lamentar



en los artesanos la odiosa costumbre de malgastar el sábado y domingo en un estanco lo poco que han podido ganar en la semana, y aun más, adquiriendo compromisos para embriagarse, dejando á sus esposas é hijos en la mendicidad; porque en lugar de llevarles el sustento á que están obligados, les llevan su degeneración orgánica como herencia fatal para sus hijos. Ese dinero, fruto del trabajo honrado, que lastimosamente gastan, si es que algo les sobra, debían ponerlo en una caja de ahorros, contando así con un fondo de reserva para llenar ciertas necesidades urgentes é imprevistas. Debieran formar sociedades de temperancia, de protecciones mutuas, de lícito esparcimiento, de cultura intelectual y moral, creando bibliotecas, donde irían á buscar, los días de asueto, algo de luz para sus inteligencias, mucho deleite para su alma con la lectura de los buenos libros, y esto les haría olvidar sus vicios.

¡Regeneraos, Pueblo, para que podáis reconquistar vuestro derechos perdidos!

Pero continuemos nuestro viaje por el camino de la vida. Yo voy con la linterna, seguidme.

Si os sorprende en el campo una tempestad, nunca os refugiéis á la sombra de un arbol para libraros del agua, y especialmente de esos árboles muy elevados, porque atraen el rayo y corréis un gran peligro; es preferible estar á campo abierto y de pié. El rayo no mata porqué en realidad sea una piedra en forma de hacha como vosotros creéis; sino porque produce una fuerte conmoción eléctrica en el organismo que paraliza todas las funciones de la vida. Si queréis estar seguros del rayo cuan do dormís en vuestras camas, poned las patas de éstas sobre pedazos de vidrio ó de telas de lana muy dobles, que de este modo la electricidad de la tierra no pasará á vuestras camas ni á vosotros y no podréis atraer la de las nubes, que es lo que produce el rayo. El relámpago es la luz y es el



trueno, es el ruido ó detonación del rayo, ambos se producen al mismo tiempo; pero percibimos primero el relámpago, porque la luz camina en línea recta y más ligera que el sonido que camina por ondas, es decir, así como se trasmite el movimiento en las aguas tranquilas cuando se deja caer en ellas una piedra ó otro objeto, que se van haciendo círculos cada vez más grandes al rededor del punto donde cayó dicho objeto y que todos vosotros habéis observado. De suerte que el trueno del rayo que mata á un hombre no es oído por éste, máxime si la nube de donde procede está á una gran altura; pues cuando el trueno llegue á sus oídos el individuo habrá dejado de existir y por consiguiente es incapaz de oír.

Es natural que me preguntéis qué es la electricidad que tantos estragos produce y de que os vengo hablando; pues bien, es un agente físico que no se ve ni se puede definir, como el calor y la luz, pero se sienten y se ven sus maravillosos efectos y pueden trasportarse por hilos metálicos á grandes distancias. Ese agente invisible produce calor, produce energía ó fuerza y produce luz, con la que se iluminan las grandes ciudades. Por medio de la electricidad se trasmiten nuestros pensamientos, nuestras palabras, de un punto á otro, por el telégrafo y el teléfono, que ya vosotros conocéis. En fin, los hombres sabios, los magos de la ciencia, como Edison, Roetgen y Marconi, hacen en la actualidad tantos prodigios con la electricidad, son tan portentosas esas obras, que al principio parecían sobrenaturales. Ellos pueden manejarla á su antojo y hacen muchos bienes con ella; pero á vosotros, que no la conocéis, os puede hacer muchos males.



El negro Polío

Hay en la naturaleza humana misteriosas y extrañas promiscuidades, paradógicos consorcios, coexistencias de vicios y virtudes, que hacen pensar al hombre reflexivo sobre cómo pueden existir en un mismo individuo los dos polos opuestos del organismo moral. No encontrando fácil solución á este problema se siente uno inclinado poderosamente á admitir la dualidad de espíritu, que tanto ha dado que hacer á los filósofos, y que engendró en la imaginación de Roberto Luis Stevenson la preciosa novela, «El Caso Extraño del Doctor Jekyll».

En una pobre choza de los suburbios de la ciudad de San Miguel, vivía una familia humilde, pero honrada, á excepción de uno de sus miembros, del cual quiero ocuparme, siquiera sea perjeñando los principales rasgos de su vida. Si nuestros escritores solo se ocupan de los grandes, yo historiaré á los humildes, que para ellos he nacido.

Era un joven que frisaba en los veinticinco años, de elevada estatura, de arrogante continente, de mirada extraña, á veces desdeñosa y á veces dulce y placentera; su cabello prematuramente emblanquecido y piel de color obscuro, como si el Gran Químico que la confeccionara, al mezclar sus elementos, se le hubiera pasado un tantico la mano en la solución de ébano, que debía quedar aprisionada para siempre en las intrincadas redes de Malpigio, según el decir de Juan Montalvo.

Decía que este joven era la excepción de una familia honrada, y al asegurarlo así me fundaba en lo mucho que daba que hacer á la Policía. A cada paso se le perseguía por alguna ratería cometida en la vecindad; pues cuando él no estaba de alta en la guarnición de aquella ciudad, vagaba constantemente por las calles y hurtaba todo lo que encon-



traba mal puesto, aunque fuera un objeto de ínfimo valor.

Con todo, yo creo que este ratero era casi un hombre honrado, ó por lo menos había tanta nobleza en sus acciones que encubría un tanto el mugriento ropaje de su vicio, y me hacía recordar aquellas palabras del poeta Palma: «En esta tierra es noble hasta el bandido». Además, este individuo era seguramente un maniático, cleptómano; y si aun hemos de dar crédito á las teorías de Lombroso y otros criminalistas y frenólogos actuales, este hombre era un enfermo, un neurótico, irresponsable de sus actos impulsados por la manía. Entre el vicio y la manía hay una gran diferencia. No podía ser de otro modo, quien poseía tan bellas cualidades, como verán mis lectores en esta otra faz de su vida que describiré á continuación.

Corría el año de 1901; aun estaba en sus pañales el siglo XX; todavía palpitaban en el recuerdo las últimas reverberaciones de aquella profusión de luces con que el siglo XIX se despidió del siglo actual. El Ilustrísimo señor Obispo acababa de estar en San Miguel y demás poblaciones de los departamentos orientales de la República. Con tal motivo hubo en esa ciudad una afluencia considerable de gentes de los pueblos vecinos, que aumentaba la muchedumbre de aquella urbe de veinte mil habitantes. Pocos días después se desarrolló en esa ciudad un sinnúmero de epidemias: la influenza, las paperas ó parótidas, las anginas catarrales y flegmonosas y por último la fiebre amarilla, que fué importada de Jucuapa.

Yo tenía interinamente un servicio de medicina en el Hospital de San Juan de Dios, y á falta de lazareto, preparé una sala aislada de las demás para alojar y asistir á los enfermos de tifus icteroide ó fiebre amarilla. Diariamente llegaban ocho ó diez atacados. Los casos eran verdaderamente típicos. Las grandes hemorragias gastrointestinales, constituyendo el vómito negro y la melena, ra-



ra vez faltaban. Esto horrorizaba á los enfermeros, no acostumbrados á tan espeluznantes escenas, y abandonaban su puesto. Hubo días en que las hermanas de la caridad tenían que hacer hasta la limpieza de esa sala, donde nadie quería entrar, á excepción de ellas y este humilde servidor que les prodigaba su asistencia.

En las grandes dificultades é inminentes peligros de las naciones, brotan de la nada, improvisados, los héroes y mártires, bajo la excelsa figura de los Scévolas, Cocles y Ricaurtes y Santamarías; así tambièn en aquella horrible hecatombe humana, la caridad y la abnegación, en una sola entidad moral, encarnó en el vicio é hizo brotar de aquella muchedumbre de enfermos la arrogante figura de Polío, ofreciendo sus servicios como enfermero de esa sala. ¡Oh, bien lo recuerdo!..... Aquel hombre estigmatizado por el vicio sufrió una sublime transfiguración. Era, más que enfermero, un padre amoroso para cada desgraciado: enjugaba el sudor de la frente y la sangre de los labios de aquellos hombres de rostros desencajados y amarillos; recojía sus deyecciones, cambiaba sus ropas y tenía el cuidado de cubrirlos con las sábanas cada vez que, en el delirio de la fiebre, dejaban descubiertos sus miembros. Jamás pensaba en él; tenía presentes sus enfermos más graves y no se alejaba de ellos, prodigándoles sus cuidados con verdadero amor paternal.

La epidemia harta de víctimas, sacudió sus negras alas y alzó el vuelo en busca de otras regiones.

Polío volvió á confundirse entre aquella muchedumbre de donde había salido; pero guardó en su corazón un afecto sincero para aquel establecimiento que le era deudor de una inmensa gratitud.

La mayor parte de su vida la pasó en el servicio militar; pero le gustaba tanto estar en el hospital, que hasta fingía enfermedades, para que la enviaran á él, y siempre que estaba allí, prestaba



sus servicios de enfermero, dedicando sus cuidados, especialmente, á aquellos enfermos más graves é inmundos, que por su aspecto repugnante, el contagio de su enfermedad y sus emanaciones fétidas, hacían un verdadero vacío en su derredor.

¡Oh, alma santa, sensible á todas las miserias! ¡Oscura manifestación de la virtud entre todas las virtudes, la caridad, sin la aparatosa ostentación de los virtuosos por moda ó conveniencia! ¡Mi pluma te hará inmortal!

***

Seis años después del principio de este relato, tenía á mi cargo un servicio mixto en el mismo hospital, y una mañana, al pasar mi visita cuotidiana, encontré en otras salas, á Polío gravemente herido. Como tanto tiempo estuvo en mi servicio, ora de enfermo, ora de enfermero, nos encariñamos mutuamente; al verme pasar me llamó y me dijo: «Hoy si que deveras me muero, mi doctor». «Ya no volveré á servirle en sus salas». Estaba con ambos piés vendados y daba gritos lastimeros, que me partían el alma. La hermana de la sala, la bondadosa Sor Catarina, me refirió que el día anterior, por la tarde, huyendo de la Policía que le perseguía por hurto cometido en la vecindad, se lanzó á un pozo, de donde lo sacaron con grandes heridas en ambos talones y muchos golpes en todo el cuerpo.

Procuré consolarle, dándole esperanzas de curarse y le exhorté á la enmienda del único vicio, si así debemos llamarle, que manchaba un tanto su alma nacida más para el bien que para el mal.

Todos los días pasaba á verle y conversaba su rato con él.

Al cuarto ó quinto día lo encontré moribundo. El tétanos, con todos sus horribles martirios, había hecho presa de este hombre útil y magnánimo en medio de sus extravíos. Era tristísimo el cuadro que presentaba aquella pobre víctima de las con-



vulsiones tetánicas. Aquel grito, sincera é intensa expresión del más acerbo dolor, quedó resonando en mis oìdos. Aquella mirada profunda, lanzada por unos ojos vidriosos, era agudísima flecha que iban derecho á herir el corazón más glacial. La temperatura elevadìsima y la tensión forzada de sus músculos agotaban por instantes aquel organismo, vigoroso en atros tiempos. La lucha fué atroz; pero una vez más la fatalidad venció á la ciencia, á la energía y al cariño: Polío, el negro Polío, el buen Polío dejó de existir. Su alma purificada en el crisol del sufrimiento, como una blanca paloma abandonó su negro cascarón, para buscar en su vuelo la sublimidad del Infinito.

De lágrimas, sollozos y oraciones fué la corona de ese mártir desconocido, que pasó por el mundo con su fardo de miserias al hombro, su *Sambenito* en la frente y su relicario de virtudes oculto en lo más profundo de su corazón.

Santiago de María, julio de 1908.

El Epiléptico

Eran las once de la noche. Entre los pliegues de las sombras se perdió el eco pavoroso de un grito de dolor .....

Por una calleja obscura caminaba lentamente un miserable mendigo, que regresaba bien tarde, en busca de un pequeño cobertizo donde solía pasar las noches después que el dueño cerraba las puertas de la casa. Al llegar á una plazuela tropezó con un hombre que venía en sentido contrario, blandiendo un puñal toledano. Tropezar con él y recibir la primer puñalada fué obra de un segundo. El mendigo cayó bañado en su propia sangre. ¡Desventurado!, él que buscaba donde dormir aquella



noche tropical del mes de enero, agitada por vientos fríos, encontró el duro lecho de la madre tierra, y por ropaje el hálito glacial de la muerte, para dormir su último sueño, el sueño eterno......

El criminal tenía sed de sangre y al ver caer á su víctima, apuñalando fuertemente á aquel desgraciado é inerte montón de barro humano, desenfrenó sus instintos de hiena, cual si hubiera sido el más odiado de sus enemigos. Despuès, echando espuma por la boca, se desplomó al lado del cadáver y quedó profundamente dormido, empuñando aùn el cuchillo ensangrentado.

El silencio era sepulcral. Todo el mundo dormía profundamente. Nadie se dió cuenta del suceso. Así pasó la noche y vino el día.

La tibia luz de una aurora estival cobijó con su tenue gasa de hilos invisibles á aquellos dos hombres tendidos sobre su lecho de sangre.

Un gendarme, entre soñoliento y perezoso, caminando con paso lento y vacilante, se acercó al lugar del siniestro, vió, con mirada recelosa á aquellos dos hombres ensangrentados, los juzgó muertos y fuè á dar parte á la Dirección.

Entre tanto, el criminal se despertó, se incorporó y emprendió su marcha con la mayor naturalidad del mundo, sin reparar en el muerto ni en las manchas de sangre de su vestido; como si ignorase por completo lo ocurrido. No supo de donde partía, ni para donde iba. Marchaba al acaso.

Cuando el policial volvió con otros compañeros, sólo encontrò al mendigo muerto, y conjeturó que el criminal, no habiendo tenido tiempo de huir, cuando èl llegò por primera vez, se había fingido muerto, para poderse evadir después, como al efecto lo hizo. Sus conjeturas quedaron desvanecidas, al ver acercarse de nuevo al criminal, preguntando lo que motivaba aquella aglomeración de gente. Se abrió campo entre la muchedumbre, hasta ponerse frente á frente del cadáver, que inmediatamente reconoció ser el de un pordiosero amigo su-



yo, y lamentó su muerte. Fijándose, después, en el puñal que yacía en el suelo, lo tomó diciendo que era suyo y manifestando mucha extrañeza de encontrarlo allí, y mucho más de que fuera el instrumento de que se sirvieran para darle muerte á su amigo.

Los agentes de policía no pudieron soportar por más tiempo el cinismo y desvergüenza de que, aparentemente, hacía alarde aquel que creían un empedernido criminal y lo capturaron al momento, conduciéndolo á una inmunda y obscura cárcel, donde le pusieron, bien pronto, una pesada barra de grillos.

El cadáver fué trasladado á la Comisaría, para el reconocimiento de ley y proceder á su inhumación.

A las pocas horas el estridente sonar de las cadenas, al ser arrastradas en las piedras de las calles, anunciaba el cortejo fúnebre del desgraciado mendigo. ¡Esa es la suerte de los pobres!

En un instante corrió la terrible noticia por toda la ciudad. Cada cual la comentaba á su modo, maldiciendo al asesino y haciendo lástimas del pobre mendigo; pero nadie dijo: «Levantemos una contribución para comprarle una caja mortuoria de ínfima clase y conduzcamos su cadáver al cementerio, para cumplir así una de las obras de misericordia». ¡Así es el mundo, una inmensa farsa!

La declaración del soñoliento policial, los vestidos ensangrentados del acusado y el reconocimiento del puñal por éste, bastaron para decretar la prisión de aquel hombre, que obstinadamente negó la comisión del delito, mostrando siempre mucha naturalidad en sus contestaciones y mucha firmeza en sus asertos. Decía que jamás se quedaba à dormir fuera de casa, que nunca había matado á nadie, ni siquiera procurándole mal alguno, que era hombre honrado á todas luces y que vivía de su trabajo, como oficial de hojalatero en el taller del maestro Cipriano, quien lo conocía perfec-



tamente. Llamado el referido maestro ante el Tribunal, declaró que era cierto lo que aquel individuo decía, pues desde muy joven trabajaba en su taller y que nunca le había notado hábitos impulsivos, ni malas inclinaciones y que su notoria honradez era conocida de todos los vecinos del barrio. Muchas otras personas agregaron su testimonio al anterior, diciendo que todos le tenían lástima porque era *maliento*.

Su madre lloraba amargamente, pidiendo al Juez la libertad de su hijo, asegurando que era muy honrado y que era su único apoyo en la vida; pues por su avanzada edad no podía ganarse ella misma el sustento; y su hijo, aunque *maliento*, era trabajador y todo lo que ganaba se lo daba á ella. Aseguraba también que la noche del crimen, su hijo se había acostado más temprano que nunca, á consecuencia de haber pasado el día con muchos síntomas de ataques, fuerte dolor de cabeza y falta completa de apetito. Aquella anciana madre, con su plañir constante, partía el alma del más insensible; pero, á veces, el llanto, pura y cristalina manifestación del dolor, puede menos ante los jueces que la impudicia de Friné.

La anterior buena conducta del reo estaba plenamente probada; pero también estaba probado el crimen, que aparecía monstruoso; por el ensañamiento del asesino sobre aquel cuerpo inerte, á quien asestó más de veinte puñaladas.

El caso era digno de estudio y el Juez, que era un joven instruido en las ideas de la moderna escuela criminalista, ordenó el reconocimiento del reo, para que dictaminaran sobre su estado patológico, y dijeran categóricamente si era, ó no, responsable de aquel acto delictuoso.

Los médicos, de reconocida competencia y honorabilidad, observaron atentamente durante muchos días al pretendido enfermo y dieron el siguiente dictamen:

«Después de larga y minuciosa observación



hemos venido al conocimiento de que el reo es epiléptico convulsivo; pues la dilatación é inmovilidad de las pupilas, durante los ataques observado, las hemorragias puntiformes de la nariz y de la frente, sufusión sanguínea subconjuntival y modificaciones urinarias, después de ellos, no dejan la menor duda de su veracidad. Ahora bien, un autor moderno, en un extenso tratado de psicopatías, afirma, que entre los actos más frecuentes de los epilépticos convulsivos, está el homicidio, ejecutado sin odio, sin un fin interesado, algunas veces delante de testigos; el homicida se encarniza inútilmente sobre su víctima que acribilla á puñaladas: después huye al acaso ó se duerme junto al cadáver, y se despierta sin remordimiento, inconsciente de su hecho. A veces como lo hace notar Feré, hay una apariencia de premeditación, porque la impulsión no es más que la ejecución automática de un vago deseo anterior. Nuestro caso es una confirmación de los anteriores conceptos; pues dadas las circunstancias apuntadas: que el reo se encarnizó sobre el cadáver de un infeliz pordiosero, por quien no tenía, ni podía tener odio alguno, el hecho de quedarse dormido junto al cadáver, el indiferentismo al despertar, la falta de precaución al reconocer el puñal, el regreso al lugar del siniestro atraído por la curiosidad, pudiendo haberse evadido de la Justicia y la amnesia completa de lo ocurrido, prueban, hasta la evidencia, que cuando cometió el delito se encontraba en un estado de verdadera inconsciencia, y por consiguiente, somos de opinión: que el delincuente es irresponsable de ese crimen».

En virtud de tal dictamen, el Juez decretó la libertad del reo; pero hubo de pensar, y con razón, que un asesino irresponsable era una amenaza terrible para la sociedad y que debía recluirse en algún asilo de beneficencia; ¿pero adónde hacerlo? En el hospital se niegan, y con justicia, á recibir enfermos incurables y peligrosos; en el Manicomio, solamente reciben á los locos, y este no era



loco, y en el Asilo de Inválidos mucho menos, porque este individuo sabía un oficio, con el que ganaba lo suficiente para él y su madre. ¿Dónde, pues, alojar á este hombre bueno y trabajador en el intervalo de sus accesos, pero peligroso, por lo im pulsivo, durante ellos? En el estado actual de la civilización se encuentra este vacío, que debiera llenarse cuanto antes, creando establecimientos para tales individuos.

El infeliz «maliento», volvió al lado de su anciana madre, y emprendió de nuevo la vida del trabajo; pero perdió para siempre las simpatías y la confianza de sus antiguos camaradas.

Santiago de María, 1909.

El sonámbulo, ó una noche de angustias

Hace algunos días fuí llamado de uno de los pueblos del Departamento de Morazán, para asistir á un enfermo, y por la noche me alojaron en una pieza que servía de bodega, por carecer de otra mejor.

Como siempre he tenido horror á las tinieblas y á la soledad, supliqué á mi cliente que me enviara á alguien que me acompañara.

Al poco rato llegó un joven de buena presencia, bastante bien educado y de alguna cultura, con quien estuve conversando algunos momentos, mientras venía el sueño.

A las nueve de la noche nos dirigimos, cada cual á nuestro lecho, apagamos la vela y nos dispusimos á dormir. Pero apenas puse la cabeza en la almohada, ocurrió de improviso á mi memoria el recuerdo de que mi compañero me había contado



que padecía de sonambulismo, enfermedad que le había impedido continuar sus estudios en la capital. Esta idea y las tinieblas que nos envolvían, impresionaron de tal manera mi sistema nervioso, que pasé la noche, como dice Cervantes, de claro en claro, y esto fué lo de menos, como verá el paciente lector.

Serían las diez cuando empecé á sentir ruido, como cuando una persona se sienta y empieza á vestirse; después, crugidos de la cama, como en el momento de incorporarse. Tuve miedo, en verdad; pero resistí al imperioso deseo de encender un fósforo para ver lo que ocurría. El ruido cesó por un momento para volver á oírse después. Mi angustia crecía en progresión geométrica; tenía frío en los pies y en el dorso; sentía comezones en todo el cuerpo; mantenía los ojos abiertos, cual si pudiera ver en la oscuridad y tenía en una mano un fósforo y en la otra la caja, dispuesto á frotarlo en un instante dado.

No tardé mucho en oír un gran ruido, como si hubiera tropezado en algún mueble, derribándolo. Me fué imposible soportar por más tiempo aquella angustia, la tirantez de mis nervios estalló y encendí la cerilla. El joven dormía, aunque con alguna dificultad respiratoria. Tres enormes ratas cruzaron veloces el pavimento del cuarto hasta ocultarse en alguna guarida subterránea. El candelero, un vaso de hojalata y otros objetos estaban en el suelo.

Avergonzado de mi cobardía, me quedé otra vez en la oscuridad y procuré dormir; pero, ya sea que la idea del sonámbulo me obsesionaba; ó la irritación que sentía por la gran cantidad de calorías absorbidas y condensadas en mi cuerpo, durante aquel día pasado en el camino, herido por la inclemencia de un sol estival, ó más que todo, la propiedad que tengo de no dormir la noche que cambio de cama, de casa ó de lugar, el hecho fué que no pude conciliar el sueño.



Los oídos, más aguzados que los de un buen filarmónico, no perdían ni el leve ruido que produce el roce de una pluma llevada por el viento sobre un objeto cualquiera. Sus percepciones eran trasmitidas á mi cerebro elevadas á una potencia máxima. Yo seguía siempre armado de mis fósforos y sin moverme para ningún lado; pues temía algún contacto por la espalda, por lo cual estaba siempre en decúbito dorsal y dispuesto á lanzarme de la cama en cualquier momento.

Pasaron algunos instantes de silencio y yo hice esfuerzo por dormir, empleando algunos métodos que se usan cuando la mucha ideación impide el sueño; como el de imaginarse que uno tira del hilo interminable de un ovillo inmenso, ó el de contar indefinidamente; pero empezaba á tirar de mi hilo imaginario, cuando oí unos pasos junto á mi cama, é instantáneamente, como á influjo de una corriente eléctrica de alta potencia, dí un enorme salto y me puse de pies, al lado contrario de donde había oído el ruido. Encendí la vela y no ví nada. El joven despertó y viéndome incorporado y con la vela en la mano, me preguntó lo que ocurría, á lo cual contesté, que me había picado un alacrán, que fué lo primero que se me ocurrió, para disimular el miedo cerval de que era presa. Envuelto en su sábana se levantó para ayudarme á buscar el imaginario animal, que nunca encontramos, por supuesto; pero que me sacó del apuro y dió motivo para entablar una conversación de algunos minutos, que para mí fué un gran consuelo, en aquella larguísima noche, la más larga que he pasado en toda mi vida, pues para colmo de mi tortura, quiso la casualidad que fuera la noche del solsticio de invierno, el 21 de noviembre, la noche más larga para nosotros. Cuando uno tiene miedo le tranquiliza mucho saber que hay alguien que también está despierto. Pero mi compañero que había tomado una buena dosis de cloral para no asustarme con su sonambulismo, se volvió á quedar dormido



bien pronto, dejándome otra vez desesperado, ansiando que los rayos del sol vinieran á disipar aquellas horribles tinieblas; pues no dejaba encendida la vela, porque era pequeña y al terminarse quedaría en peor situación. Nunca he amado tanto la luz como en aquella desgraciada noche.

Serían las dos de la mañana cuando mi huèsped empezó á recitar una oda mía, que se intitula *¡Oh Alma Luz!* ¡Ironía de las ironías! dije para mi coleto, cómo no se le antojó recitar mejor *El Cuervo* del gran poeta yanqui, del divino visionario Poe? Cuando llegó al segundo cuarteto, se detuvo un momento y lo repitió varias veces:

«Luz que en fecunda conjunción palpita
En cada gota de argentada nube,
Y forma el iris trémulo que agita
Con el ala blanquísima el querube».

Después continuó con tan claro acento y tan marcada puntuación, que, estando despierto no lo hubiera hecho mejor.

Tal incidente calmó un tanto la tirantez de mis nervios; pero aquello solo duró un momento y después volvió el silencio, la oscuridad y el miedo.

A poco resonó en la calle una algarabía de once mil demonios. El sonido de los tambores, sacabuches, carrizos de papayo, acordeones y guitarras, formaban un conjunto inarmónico, indescifrable y aturdidor. Después supe que era el *guancaje*, antigua costumbre de los indígenas, y que en esos días tenían la visita de los *guancos* del pueblo vecino.

En otra ocasión me hubiera fastidiado con semejante despropósito; pero en esa noche *memorable* quería que se hubieran estacionado en mi puerta hasta el amanecer. Mas como nunca salen las cosas al colmo del deseo, aquellos vocingleros se alejaron y el silencio vino de nuevo á hacerme presente mi verdadera situación.

La temperatura, que al principio de la noche había sido sofocante, bajó bruscamente, hasta el



grado de hacerme tiritar. Nuevo tormento que, agregado al miedo, me desesperaba cruelmente.

El alegre y continuo canto de los gallos me hacía suponer la proximidad de la aurora. Esta idea, acariciada con deleite, me produjo el efecto de una buena dosis de bromuro, pues me sentí muy calmado; puse los fósforos en la mesa de noche (ó sea en el *taburete*), metí las manos dentro de la sábana, me recogí en tres dobleces y cerré los ojos con el propósito de dormir, aunque fuera un momento.

De repente el sonámbulo salta de la cama y corre hacia una mesa donde estaba mi revólver, gritando, al apoderarse de él: «doctor, se meten los bandidos; han destejado una parte de la casa y ya empiezan á descolgarse por unos lazos». Por el momento creí que me hablaba despierto y que en realidad asaltaban los ladrones. Mi estado era para dar crédito á todo lo que pudiera infundir espanto. Quise tomar los fósforos y derramé el vaso de agua sobre ellos inutilizándolos por completo y destruyendo, de ese modo, mi única esperanza en el momento más angustioso. Me lancé de la cama y procuré buscar la puerta para salir; pero completamente desorientado, me fuè imposible hallarla. Entre tanto, el sonámbulo recorría todo el cuarto dando gritos y disparando tiros con el revólver. Uno de ellos me pasó tan cerca que me creí herido gravemente. Yo rogaba, mandaba y hasta amenazaba á aquel insensato, para que suspendiera su agresión al imaginario enemigo, y le hacía ver el inmenso peligro en que me ponía y su enorme responsabilidad; pero no cesó hasta que disparó el último cartucho y después arrojó el revólver. A la luz del último fogonazo pude ver la puerta y corrí á abrirla. En la calle estaban unos cuantos vecinos madrugadores, que atraídos por el tiroteo se habían aproximado á la casa; les conté lo ocurrido y junto con ellos penetré al cuarto para vestirme. El joven estaba profundamente dormi-



do en su lecho, como que nada hubiera sucedido.-

Los medios tintes de la aurora empezaban á teñir el horizonte y las frescas brisas, haciendo vibrar las hojas de los pinos, como las infinitas cuerdas de una arpa gigantesca, producían los misteriosos sonidos de la orquesta salvaje de los bosques.

Santiago de María, 1908.

Cuentos de la tierruca

Historia de un desgraciado

Entre unas altas montañas, en un espacioso valle, sobre la margen de un caudaloso río y rodeada de bosques seculares de cedros, caobas y otros árboles de gigantesca talla, erguía sus muros viejos y musgosos una antigua casa de hacienda, propiedad de un señor don Pablo, hombre de edad provecta, de escasas luces, de mediana inteligencia, de modales toscos, carácter imponente y gran tacaño. Tipo refinado de nuestros propietarios campesinos.

Este hombre era viudo y tenía solamente un hijo que estudiaba Jurisprudencia, profesión electa por su padre con el avieso propósito de servirse de ella para sus ambiciosos proyectos de absorción territorial. El muchacho correspondía á sus deseos. Llevaba en la sangre, por herencia y atavismo, el germen del mal y se instruía, más que en la literatura de la ley y del derecho, en las prácticas incorrectas de los tinterillos de oficio.

Siempre que el estudiante venía á vacaciones, su padre le hacía un cuasi examen sobre lo que él



llamaba *vivezas profesionales*; pues acostumbraba decir, que todo abogado para ser *bueno* debe ser *muy listo*, capaz de apoderarse de la casa del vecino, sin responsabilidad alguna. «¡Ah!, decía, para eso el doctor Brioso; nadie le igualaba en *viveza* y *sagacidad*; manejaba las leyes á su antojo, y nunca perdía un asunto». Y le repetía muchas anécdotas y pasajes de la vida pública y privada de aquel doctor y General, que fuè víctima de la saña del aguerrido pueblo cuscatleco.

El estudiante siguió esa escuela.

En la proximidad de aquella hacienda vivía un joven y honrado agricultor, llamado Enrique, casado con una guapa moza, con quien tenía tres hijos pequeños. Era dueño de una finca cultivada de caña de azúcar y árboles frutales, en la cual vivía feliz, consagrado á las rudas labores de la tierra y al cuidado de su familia.

Don Pablo y su hijo aparentaban ser sus amigos, y frecuentaban su pequeña heredad, especialmente en tiempo de la *molienda*, en que Enrique los invitaba á tomar espuma y jugo de caña.

Enrique era muy bueno y muy servicial; don Pablo lo comprendió al momento de conocerlo y trató de intimidarse con él, por su propia conveniencia. Así, cuando tenía alguna comisión delicada para la ciudad vecina, ocurría á Enrique, quien gustoso la desempeñaba sin ganarle un centavo. Pero don Pablo tenía buen cuidado de obsequiarle un portamonedas (vacío) ó un limpiadientes ú otro objeto parecido, después de cada servicio que le hacía. Esta es una buena táctica de los *vividores de oficio*, para evadirse del agradecimiento y la justa retribución de los servicios.

Así fué pasando el tiempo: Enrique sirviendo á don Pablo, con su personal trabajo, y don Pablo obsequiando bagatelas á Enrique. Entre tanto el estudiante se hizo abogado, ó más bien, compró el título (pues donde quiera se venden) por negocio; así lo consideraba don Pablo.



El día en que el nuevo doctor ingresó de la capital fué un gran día en la hacienda, el único que cuentan los colonos haber sido obsequiados por el patrón con una copa de pésimo aguardiente y una hipócrita sonrisa. Enrique y su esposa asistieron á la fiesta. El novel abogado venía de la capital con todas las ínfulas de un gran señor y, sobre todo, con la manía de galantear á la bella mitad del género humano.

Luisa, que así se llamaba la esposa de Enrique, era, en verdad, de una hermosura criolla envidiable, capaz de trastornar las entendederas del más pintado lechuguino: sus mejillas de un rosa encarnado, siempre frescas, á pesar de ser tres veces madre, parecían dos lindos pétalos de *centifolia*, engastados en un fondo trigueño de tersura sin igual; sus cabellos negros y ondulantes; sus dientes finos, bien alineados y muy blancos; su boca pequeña, de labios bermejos, formando, en sus comisuras, dos lindos hoyuelos; sus ojos negros y rasgados, de mirada dulce y seductora, divinos focos de irradiaciones amorosas; su busto escultural, con dos senos tentadores, que pugnaban por romper el tenue lienzo que amoroso los cubría; sus caderas de curvas voluptuosas; sus muslos y sus piernas torneadas y de carnes apretadas, terminando con dos piecesitos monos, que hubieran causado envidia á las Moninas, Clitemnestras, Briseidas y Berenices.

Era bella, de veras, la campesina aquella, pero ingenua, humilde y con dejos de candidez.

El bribón del abogadillo se enamoró perdidamente de ella (ó lo fingía) desde que frecuentó su casa; pero la falta de oportunidad le había obligado á callar y á refrenar el ardoroso impulso de su pasión, hasta el día del *folgorio*, en que, danzando, al son del acordeón y la guitarra, pudo deslizar en el oído de Luisa, sus alambicadas frases, portadoras del venenoso filtro del amor criminal; como la serpiente bíblica en los de la primera mujer.



Luisa amaba á su esposo; pero con ese amor sosegado propio de las gentes sencillas.

El vocabulario castizo, pero rebuscado y decadente del galante enamorado, le hizo entrever horizontes nuevos, que su ofuscada inteligencia creyó de goces desconocidos y fantásticas delicias....

Poco á poco fué sintiendo en su corazón algo que no era el afecto puro de la amistad.

La imagen de aquel joven obsesionaba su fantasía. Cuando no le veía se ponía triste, y si estaba en su presencia, palidecía.

No trascurrió mucho tiempo entre el principio del galanteo y la consumación del más funesto de los delitos: el adulterio.

Don Pablo aplaudió la primera hazaña de su *digno hijo* y pensó sacar partido de ella en bien de sus intereses. Hacía tiempo que pretendía apoderarse de la propiedad de Enrique, porque había averiguado que en ella existían ricos yacimientos auríferos. Muchas veces se la propuso comprar; pero á tan bajo precio, que Enrique no accedió á venderla.

Don Pablo, que jamas desistía de una idea concebida, máxime tratándose de intereses, tuvo consejo secreto con su hijo, en el que fraguaron un plan diabólico, que una vez realizado sería la ruina de Enrique. Se convino hacer que unos vecinos de éste se presentaran con falsas escrituras, alegando derechos sobre una parte del terreno ambicionado, con el objeto de meter en miedo á su propietario; y que el abogado, ayudado de Luisa, pusiera en práctica lo restante del plan.

Diego, que este era el nombre del abogado, poniendo en juego toda su astucia y el sentimentalismo de su fingida pasión, convenció á su querida de que Enrique era un obstáculo á sus placeres amorosos y que era preciso alejarlo para siempre del hogar; lo cual se verificaría fácilmente, si ella le prestaba su ayuda.

La pobre Luisa comprendió la magnitud de



su crimen y vió abrirse ante ella y sus hijos un abismo inmenso; pero también comprendió que le era imposible desprenderse de aquel amor impuro que envenenaba hasta la última gota de su sangre y se filtraba en la más delicada fibra de su corazón, y accedió al ruego de su amante, prestándose gustosa á sus infames maquinaciones.

¡Hay momentos desgraciados y ofuscaciones misteriosas en el alma humana! La pobre Luisa era presa, en ese momento, de una terrible sugestión que la impelía á obrar contra el único sér que debiera amar en la vida.

Obedeciendo las instrucciones del pérfido amante convenció á su marido de que era muy necesario extender á don Diego una escritura de venta simulada de la finca, para que él con toda su *honorabilidad* y su poderosa influencia (monetaria) ante los mandatarios, la defendiera de los pretendidos usurpadores, que en verdad no eran más que colaboradores de don Pablo. Luisa ponderó el *talento y buena fé* de don Diego y aseguró á su marido que sus derechos quedaban á salvo, gracias á un Pagaré que el abogado le extendería, por igual valor que el del inmueble vendido, agregando que don Diego le había ofrecido no ganarle nada por el litigio; pues se conformaría con la fama que el triunfo le atrajera.

El pobre Enrique, que no había sospechado nada del adúlterio, cayó en la trampa, extendiendo la escritura de venta simulada y recogiendo, como garantía, el Pagaré de don Diego, que confió á su esposa para que lo guardara en su baúl.

Enrique acostumbraba viajar á Honduras con algunas mercaderías, que realizaba en los departamentos de La Esperanza, Nacaome, Olancho y Choluteca, trayendo su dinero invertido en quesos, que expendía en los pueblos del tránsito ó en la capital.

En uno de esos viajes hizo don Diego que Luisa le prestara el Pagaré, con el pretexto de hacer-



le una enmendatura, y una vez en sus manos lo rompió y arrojó los pequeños fragmentos al fuego, lanzando una estridente carcajada. Luego hizo comprender á Luisa que la propiedad era de él y que á ella no le quedaban más que dos recursos: irse á vivir públicamente con él, en una de las casitas de la hacienda, ó mendigar de puerta en puerta el pan para sus hijos é implorar el perdón de su engañado esposo. La desventurada adúltera sintió un atroz remordimiento; trajo á su mente el recuerdo de mejores días; desfiló ante su imaginación el alegre cortejo de sus bodas, el nacimiento de su primer hijo y los solícitos cuidados de su marido; pero todo fué en vano, había dado ya mu chos pasos hacia el abismo y se hundió en él.... Tuvo miedo de que Enrique, al averiguar su infame conducta, justamente indignado, y en un arranque de sublime cólera, le diera muerte, quedando sus tiernos hijos bajo el amparo del asesino de la madre, ó implorando la caridad pública.

Como un mal necesario, según su extraviada conciencia y su exiguo criterio, optó por irse con don Diego, llevando consigo á sus tiernos é inocentes hijos.

Cuando Enrique volvió de Honduras fué arrojado vilmente de su propia casa por unos bandidos que don Diego había alojado en ella, con ese exclusivo fin. En vano preguntaba por sus hijos y su esposa. Pretendía una explicación de semejante conducta y nadie se la daba, pues aquellos fascinerosos contestaban con blasfemias, mostrando con terrible amenaza sus revólveres ó sus machetes.

Cuando hubo averiguado la verdad de lo ocurrido, gracias á una su comadre, intentó una reclamación judicial; pero el Juez *declaró á don Diego legítimo dueño de la propiedad de Enrique y condenó á éste á pagar las costas del juicio.*

Enrique, con el corazón lacerado y renegando de toda la humanidad, se alejó de aquel desgracia-



do suelo, jurando vengarse y hacèrse por sí mismo la justicia que los hombres le habían negado; pero la Providencia no le permitió realizar su deseo.

Algún tiempo después de este suceso, don Diego fué electo Juez de 1ª Instancia de lo Civil, en la cabecera del Departamento. Luisa quedó abandonada y don Pablo tuvo la crueldad de arrojarla del miserable albergue donde estaba, con el pretexto de necesitar aquella habitación para un sirviente enfermo.

Luisa no recogió de aquel naufragio más que algunos pequeños girones de su fatal hermosura, que su miseria le obligó á explotar, prostituyéndose y yendo á parar al poco tiempo á un hospital de venéreas, donde murió horriblemente deformada.

Sus hijos fueron recogidos por una sociedad de caridad y depositados en un hospicio de huérfanos.

....

....

Muchos años después pasé por aquellos lugares y contemplé con admiración las grandes maquinarias, los caminos de hierro, las líneas telegráficas y telefónicas y el continuo ir y venir de miles de operarios, en el laboreo formidable de una riquísima mina de oro, que tenía por nombre «La Equidad», escrito en grandes caracteres de hermoso colorido, en la imponente fachada del edificio del ingenio. Sus propietarios eran ingleses, que habían comprado el mineral á don Pablo, por la bicoca de treinta mil libras esterlinas.

En el caserío vecino me detuve á descansar y á tomar algún alimento Mientras me preparaban el almuerzo, el casero me refirió la historia de aquella rica mina, mostrándome un loco melenudo, como un poeta romántico, que en ese instante pasaba por la calle. «Mire usted ese pobre loco, ¡quién lo creyera!; pero ese miserable, ese á quien todo el mundo desprecia y que es el hazmereír de los desocupados, de los necios y de los niños, es el legíti-



mo dueño de la mina. Desde que el hijo de don Pablo, que es el actual Ministro de Hacienda, la segunda personalidad de la República, el privado del Gobernante, le robó sus haberes, se ausentó de estos lugares, habiendo regresado hace dos años en el estado en que usted lo ve. Así pasa todo el día recorriendo las calles y repitiendo sin cesar la siguiente muletilla»:

«Un día fuí feliz, mi esposa era muy bella y tenía tres hijitos. Todo me lo robaron unos bandidos. Si esta es la justicia de Dios, no creo en Dios».

Unicas palabras que pronunciaba con cordura el desgraciado loco; pues sin duda, en fuerza de repetirlas antes de la demencia, quedaron estereotipadas en su cerebro.

El casero continuó refiriéndome la interesante historia que hoy refiero, á mi vez, á mis caros lectores, por si pueden sacar de ella alguna saludable lección para la vida.

Santiago de María, octubre de 1908.

Una ascención al Chaparrastique

Siempre he sido admirador ferviente de la belleza y he buscado esa belleza aun en lo terrífico, y por eso anhelaba ha mucho tiempo practicar una ascención al cráter de nuestro majestuoso y bello Chaparrastique. Por fin encontré un hombre de temple de acero, hecho á prueba de fatigas y gran entusiasta por las excursiones, por peligrosas que sean; este hombre á que me refiero es un magnífico sacerdote español que actualmente es capellán de nuestro Hospital, nuestro buen amigo el padre Pedro de Aspiazú. Una mañana, conversando en este establecimiento, me refirió que hacía tres días había ido al mencionado cráter, y con su relato



concluyó por entusiasmarme. Le supliqué hacer una segunda ascensión en mi compañía y accedió placentero.

El día 24 de febrero próximo pasado, el padre, mi cuñado, el criado y yo, á eso de las cinco de la mañana, caballeros en tres rocines y un mulo, emprendimos la marcha por un camino polvoriento y pedregoso que debía conducirnos á nuestro destino.

No está demás decir que el criado llevaba sus *alforjas* repletas del consabido *bastimento*, una botella de buen vino tinto y otra de agua limpia.

Muchos caseríos y fincas de café fuimos pasando hasta llegar, como á las diez de la mañana, á la casa de un señor Mendiola de origen nicaragüense, donde forzosamente hay que estacionarse un momento para hacer provisión de agua, por ser esta la última vivienda que por ese camino se pasa; pues desde allí empieza lo más precipitado de la pendiente, y nosotros, como todos los excursionistas que han tenido el capricho ó curiosidad de ascender al cráter del Chaparrastique, obtuvimos de la bondad del señor Mendiola un *calabazo* de buena agua que agregamos á nuestra botellita.

Como no había tiempo que perder y estábamos en el lugar donde empieza la ascensión directa, henchidos de aire nuestros pulmones, lanzamos una exclamación de alegría y seguimos nuestra marcha hacia la cima que teníamos delante.

Empezamos por atravesar un bosquecito, después unas extensas lomas de escoria casi reducida á polvo, que hace difícil la ascensión, por lo delesnable; enseguida caminamos como tres kilómetros bajo el follaje de unos árboles gigantes, como aquellos de que habla Camprodón en su «Flor de un día».

A medida que ascendíamos notábamos el cambio de la vegetación: desde el cedro secular que crece airoso en nuestros bosques costeños, hasta el arrogante pino, propio de las regiones extratropicales.



Encontramos inmensas lianas, helechos arborescentes, infinita variedad de parásitos vegetales, muchas plantas medicinales, lirios silvestres y una clase de maguey gigante, que llamó mucho nuestra atención, pues solo el pedúnculo de sus flores, que era de consistencia leñosa, tenía una longitud de cinco ó seis metros y un diámetro inferior de veinte centímetros. De ese maguey quizá podrían extraerse fibras superiores á las que se extraen del maguey común que se cultiva en nuestros campos, y talvez encierra un licor más fuerte y más sabroso que el legendario pulque de los mexicanos.

Durante todo este trayecto no nos dábamos cuenta de las fatigas del viaje, absortos como íbamos en la contemplación de aquella exhuberante vegetación en un terruño esencialmente volcánico.

A trechos se despejaba el bosque y el sol nos daba de frente; pero la frescura de aquel aire templaba un tanto los ardorosos rayos del astro del día, y solamente sentíamos su influencia cuando la precipitada pendiente nos hacía caminar á pié.

Así, en estas alternativas de nuestra marcha, ora à pié, ora á caballo, llegamos por fin á un punto donde nos fué imposible, en absoluto, caminar de esta última manera; echamos pié á tierra, asegurando nuestras cabalgaduras á la sombra de unos árboles, tomamos nuestras provisiones y empezamos la parte más penosa de nuestra ascención: primero por un pequeño sendero bajo los matorrales, más adaptable para animales de pequeña talla, que á hombres de una estatura como nosotros, que bien pudiéramos formar parte de la guardia imperial de Federico Guillermo.

La pendiente, á partir de este punto es en extremo precipitada; lo que hacía que á cada diez pasos nos detuviéramos á tomar aliento, jadeantes y sudorosos: lo digo por mí, que en cuanto á mis compañeros, acostumbrados á tales fatigas, parecían poco cansados. Al salir de aquellos matorrales



continuamos sobre un terreno escarpado cubierto á trechos de un zacatillo medio seco y resbaladizo, que á cada tres pasos nos hacía retroceder uno, y á veces caer.

Por fin llegamos á un gran despeñadero, que es el lugar por donde se vació el inmenso crisol cratèrico. Allí subíamos de peñasco en peñasco, á la manera del Dante y Virgilio en los abismos del infierno, descansando á cada momento para calmar un poco los agitados latidos del corazón, restablecer el aquilibrio respiratorio y fortalecer un tanto las piernas temblorosas de cansancio.

Ya estábamos á cien metros de la anhelada cima y eso nos hacía cobrar valor y emprender de nuevo nuestra intermitente marcha.

Por fin, cuando el sol estaba en el zenit, casi sin aliento llegamos al borde del cráter; ensanchamos á más no poder nuestros pulmones y respiramos con fuerza y avidez aquel aire fresco que nos devolvió la vida y pudimos exclamar: ¡Gracias á Dios!

¡Oh qué portentoso y que sublime aquel espectáculo que se presentó á nuestra vista! ¡Sentir bajo nuestras plantas aquel coloso que tantas veces ha llenado de pavor á los habitantes de sus cercanías! ¡Estar al borde de las azufradas é incandescentes fauces del monstruo! ¡Próxima á resolverse la incógnita de nuestras vidas con un solo bostezo deletéreo del titán! Pero no; no sentimos miedo, partícipes de su grandeza nos creímos, cada uno un Bolívar sobre el Chimborazo, un atrevido explorador sobre las nevadas cumbres del Monte Blanco ó el más alto y enhiesto crestón del Himalaya.

Llenos de ardiente entusiasmo nos lanzamos á la altiplanicie rodeada de inmenso anfiteatro peñascoso que constituye el cráter. Dejamos nuestras provisiones cerca de una gran peña, y, sin sentir hambre ni sed, ansiosos de aquellos negros



antros, seguimos caminando sobre aquel suelo plano hecho de escoria sumamente dividida, hasta llegar al borde de un derrumbadero en forma de un círculo concéntrico al otro en que marchábamos. De aquel derrumbadero se alzaban muchos volcancillos de azufre que arrojaban constantemente humo denso y cargado de ácido sulfhídrico y sulfuroso, que irritaban la mucosa respiratoria provocando tos. Nuestro Capellán descendió, animoso, el precipitado derrumbo y llegó á la base de los volcancillos de azufre, volviendo á ascender cargado de algunas muestras de aquel metaloide.

Los vapores que allí se desprendían atacaban los objetos metálicos que llevábamos, como los anillos, relojes y revólveres. Mi revólver conserva una mancha indeleble que me recuerda siempre esa atrevida excursión.

Después continuamos circundando el centro del cráter, encontrando de trecho en trecho algunas grietas, en las cuales precipitábamos algunas piedras, que, al caer en aquel abismo, producía un ruido sordo que duraba muchos segundos.

Sobre la escoria dividida que pisábamos y sobre algunos peñascos graníticos encontramos diseminados muchos pedazos de lava compacta, cual si fueran escupidas del coloso, que ya decrépito y cavernoso no tuvo aliento de arrojarlas lejos; pues este anciano está muy achacoso y todas las mañanas amanece cubierto con un gorro de nubes blancas, *por temor de constiparse*. Cuando este viejo muera no morirá solo, pues su último aliento será una formidable erupción.

Algo aficionado á la fotografía llevé conmigo un aparatito, con el que tomé varias vistas, con el objeto de tener siempre fresco el recuerdo de aquel espectáculo grandioso.

A las dos de la tarde habíamos cerrado el círculo, llegando á nuestro punto de partida, y hasta entonces sentimos hambre y sed. Tomanos nuestra provisiones, subimos al borde y descendimos



por el lado de fuera unos cinco metros, donde dispusimos almorzar á la sombra de un paredón peñascoso. Hacía mucho frío. Mirábamos frente à frente los volcanes de Chinameca y Jucuapa y nos parecía el cielo muy bajito.

Entre charla y charla y con un apetito devorador, aumentado por las libaciones de nuestro buen vino, dimos fin al *bastimento* y sentimos saciada el hambre y repletas de placer nuestras almas.

A las tres empezamos el descenso y á las siete de la noche llegamos á nuestras casas medio muertos de fatiga; pero gozosos por haber satisfecho nuestra curiosidad, pues antes de esta excursión creíamos que el cráter del volcán era una inmensa oquedad y todo ese cono gigantesco un gran cascarón de tierra y lava.

San Miguel, 1906.

Rememorando

El temporal de 1906

Toda la noche ha llovido, sin oírse un solo trueno, y el cielo está totalmente cubierto por una inmensa nube gris. La lluvia cae como tamizada por finísimo cedazo.

El sol no ha abierto sus doradas puertas; sus bienhechores rayos no han logrado disipar las brumas.

Por las calles corren los arroyos de aguas turbias que descienden caudalosos de la falda oriental del soberbio Chaparrastique.

Los árboles estàn doblados al peso de innume-



rables gotitas de agua, que parecen cuentas de abalorio.

Las flores, entumecidas por la lluvia, lloran la ausencia de su galante rayito de sol y echan de menos las amables confidencias con sus locuelas amiguitas, las pintadas mariposas.

Ni un solo pajarillo canta en el jardín; quizá se encuentran en sus nidos cobijando con sus sedeñas alas á sus tiernos hijitos.

Toda la Naturaleza está suspensa, mirando caer lentamente la menuda llluvia.

El temporal se ha iniciado y la gente piensa en el del año de mil novecientos seis, y siente miedo.

Quizá obedeciendo á influencias cósmicas, algo de nuestro diminuto planeta con relación al sol, centro del sistema, ¡qué sé yo!, pero el hecho es que cada año se eleva la temperatura ambiente y las lluvias se hacen más irregulares: en plena estación lluviosa se observan semanas y aun meses de sequía, seguido de tres ó cuatro aguaceros descomunales ó diez y más días de temporal; cual si toda esa agua fuera acumulándose en la atmósfera para caer de una vez. Esto perjudica á la agricultura y al comercio.

Un curioso historiador salvadoreño sacó á concurso todos los temporales habidos en Centro América, desde tiempos muy remotos, y, si mal no recuerdo, ganó la palma el de octubre del año pròximo pasado; y vaya si la merecía, porque fué aquello un pequeño diluvio, que á haber tenido un avisito del cielo, nos hubiéramos preparado una arca para embalar en ella una pareja de cada especie de *animales centroamericanos, que los hay de muy buena casta*, y hubiera sido de sentirse que perecieran sumergidos en el líquido elemento. Pero Dios, que ya no gusta de enviar tales anuncios, nos tomó de sorpresa. ¿No encontrará un Noé en toda la humanidad actual?

Si el diluvio aquel hubiera acabado con todo lo



malo que tenemos: vagos, viciosos, pedantes, vanidosos, hipócritas, serviles y pseudo-sabios, ¡vaya en gracia!; pero el caso es que destruyó mucho de lo bueno y nos dejó con sus pantanos, fecundos criaderos de agentes patógenos, que hicieron su festín humano durante tres ó cuatro meses.

San Miguel es, indudablemente, la ciudad de la República que tiene más grandes motivos para no olvidar nunca ese desequilibrio meteórico. Además de las pérdidas sufridas en las cosechas de granos de primera necesidad, los ganados ahogados y el comercio interrumpido, tiene que lamentar la destrucción de sus hermosos puentes de hierro, construidos sobre el Río Grande, en aquellos buenos tiempos del General Joaquín Eufracio Guzmán, de Miguel Santín del Castillo y de Gerardo Barrios.

***

Corrían tranquilas y rumorosas las claras linfas del caudaloso río bajo las grandes arcadas de sus puentes. El caminante contemplaba desde arriba la ondulante y líquida sierpe que eternamente viaja hacia la inmensidad del océano. De pronto se encapota el cielo, cual si en una gigantesca tromba se hubiera elevado en el espacio toda el agua del planeta; su gran densidad vence toda la resistencia atmosférica y empieza á desplomarse sobre toda el área de Centro-América, y aun más allá.

El río enturbia sus aguas y poco á poco va aumentando su caudal; sube su nivel y ensancha sus orillas; ya parece un mar.

Los vecinos, habitantes en humildes chozas, tiemblan de miedo; ya el río llega á sus endebles moradas; el peligro es inminente.

Los puentes no se miran; las aguas pasan muy por encima; grandes árboles arrancados de raíz van flotando en ellas como barquichuelos de papel; ganados de todas clases, aves de corral, objetos do-



mésticos y, ¡oh desgracia cruel!, cuerpos humanos también navegan con pasmosa rapidez.

Entre tanto, llueve y llueve día y noche y el río acrecienta más y más su gran caudal.

Ya han pasado doce días, la lluvia disminuye, el sol entreabre sus puertas y mira con un ojo la anegada superficie de la tierra; comienza á descender el nivel del río y se estrechan sus riberas; cien pasajeros á uno y otro lado esperan con ansia ver de nuevo los puentes para seguir su interrumpida marcha en busca de sus hogares, donde quizás los creen muertos y lloran por ellos.

Por fin asoman las grandes pilastras, ¿dónde están los puentes? Preguntad al impetuoso torbellino de las aguas. Preguntad al cataclismo.....

San Miguel, septiembre de 1907.

La Romería de Jucuarán

Iba un nocturno viandante, caballero en un jamelgo trotón, por una ancha vía polvorienta, sinuosa y extendida á lo largo de la gran explanada oriental del volcán de San Miguel. Eran las cuatro de la mañana. El cielo estaba limpio y tachonado de estrellas, pálidas por la proximidad del día. De un rancho situado á la vera del camino, salía el vislumbre de muchas luces y el eco vago de un cántico religioso.

Nuestro caminante se detuvo al llegar cerca del rancho, y observó que un grupo formado por más de veinte individuos de ambos sexos y de variadas edades, cada uno portador de una vela encendida, postrados de hinojos, entonaban cánticos al Todo Poderoso y rezaban alternativamente, siguiendo las indicaciones del más anciano, que hacía las veces de director ó sacerdote y que se encontraba



también de hinojos, pero con los brazos abiertos en cruz y la cara próxima á la pared. De pronto se pusieron de piés, se saludaron mutuamente, tomaron sus mochilas y emprendieron su marcha en el mismo sentido que nuestro viajero, volviendo á entonar sus cánticos. Eran peregrinos hondureños.

El día empezaba á clarear; los pájaros ensayaban sus dulces trinos en divina orquestación; y en el camino se descubría una larga y no interrumpida hilera de carretas, que arrojaban al espacio una densa nube de polvo. Todos iban alegres; todos perseguían el mismo fin; todos llevaban el mismo destino. Eran romeros que iban á Jucuarán á cumplir su promesa á la Virgen de Candelaria.

Jucuarán es un pequeño pueblo situado en una altiplanicie de la cordillera andina salvadoreña, á cuatro leguas del Mar Pacífico. De esa altura se divisa un espléndido panorama: á un lado, la faja azul-oscura del grande océano en íntimo contacto con el azul-claro de la bóveda celeste, y al otro una serie de volcanes que empieza con el de San Miguel y termina con el de Santa Ana, la laguna de El Camalotal, el ondulante y caudaloso Río Grande de San Miguel, inmensas llanuras cultivadas, bosques impenetrables y, como límite á ese gran horizonte, las lejanas tierras hondureñas.....

Cansados, y totalmente cubiertos de polvo, llegan por fin nuestros romeros y, sin parar un momento, penetran al templo á saludar á la Virgen de Candelaria. De esta Virgen se refieren milagros inauditos: aseguran que se va á bañar al mar y que vuelve con arenas y conchitas entre su negra cabellera, no permitiendo que abran las puertas del templo durante su ausencia. Hace algunos años, un sacerdote amigo del progreso quiso cambiar la antigua virgen por otra nueva (entiéndase la imagen de la virgen); pero esto produjo un gran conflicto, pues los visitantes creyeron que les daban gato por liebre (perdóneseme la expresión) y recla-



maron á voz en grito su antigua virgen, que para ellos es la única legítima, la amiga de todos y por todos conocida, la que han imaginado en sus momentos de tribulación. No admiten cambio.

El pueblo está completamente lleno de forasteros; en la plaza hay muchos *chinamitos*; por allá va un muchacho vendiendo *milagritos de plata y de cera*; por aquí viene otro con un manojo de reliquias de listón, que tienen mal impresa la siguiente leyenda: «Virgen de Candelaria, ruega por nosotros». En el templo se venden medallitas de aluminio con la imagen de la virgen de Candelaria y la misma inscripción de las reliquias. Los *milagritos* se venden tres y cuatro veces en la misma función. En nuestros tiempos el comercio invade hasta los templos. ¡Cuántos mercaderes azotaría Cristo si viniera! El agua también se vende, y cara, á dos y medio reales el cántaro, y es disputada por toda la sedienta y abigarrada muchedumbre.

Se acerca á un estanquillo un hombre de mala facha y pide *una doble*, diciendo que bien la necesita, pues tiene que hacer de penitente. Toma su copa de pésimo aguardiente y se va para el sitio donde ha de empezar la penitencia, y, en llegando, se quita la camisa, se hace vendar los ojos y se pone á gatas..... Tras ese penitente vienen otros más. Empiezan á andar aquellos improvisados cuadrúpedos, y una inmensa muchedumbre les forma valla, pavimentando el suelo con partes de su indumentaria ó de sus ropas de cama. Ya para llegar al templo cae el primero completamente muerto: probablemente una congestión cerebral ó la ruptura de un aneurisma, no le permitió cumplir su inhumana penitencia. Muchos otros se desmayaron, y todos quedaron con grandes ulceraciones en las rodillas y en los codos.....

Más de quince mil personas van al templo á depositar su limosna, con todo el fervor intenso del más ciego catolicismo. Hay persona que dé $ 50 pesos de una sola vez. La suma recaudada



debe ser cuantiosa. Debiera invertirse una parte en el ornato de la población, en la introducción de aguas potables y la construcción de galerones destinados á hospedar á tantísimo peregrino, que no encontrando ni una sombra para librarse de los ardientes rayos del sol, ni una gota de agua para mitigar su sed, se ven obligados á abandonar bien pronto tan inhospitalario pueblo.

Ojalá que el cura de esa parroquia y las autoridades locales, penetrándose de tan imperiosas necesidades, sintieran un arranque de verdadero altruismo para tanto desgraciado contribuyente para yo no sé qué felicidad.....

Todo lo que dejo relacionado es lo que constituye la romería de Jucuarán, según me lo refirió el viajero del jamelgo trotón, á su regreso de aquel pueblo. Y yo lo cuento, sin comentarios, á mis amados lectores, que quizás ignoren esa clase de prácticas religiosas.

Santiago de María, febrero de 1908.

Cuentos viejos

Una noche de luna (hace de esto muchos años) venía de Cacaguatique para Sesori, en compañía de mi viejo criado Ireneo. Yo era un niño que apenas contaría doce años de edad. Ya cuando nos acercábamos al último paso del Río Grande, y casi al pié del cerro «Chacho», el Zarco, pues así llamaban á mi criado, por tener un estafiloma opaco en un ojo, me dijo: «Patroncito, ¿quiére comer tamales?».—Por aquí no hay ninguna casa cerca, ¿dónde los encontrarás? le dije.—Eso déjemelo á mí, yo tengo relaciones con un gran señor que vive del otro lado del río, al pie del cerro, en



una hermosa cueva. Espéreme aquí, ya vuelvo. Al momento echó pié á tierra, amarró su cabalgadura y desapareció por entre los *charrales*. Sentí miedo de quedarme solo, pero hube de resignarme, rogando á Dios que volviera luego el maldito Zarco.

La gruta esa existe en verdad, y es muy espaciosa; sus paredes angulosas son casi en totalidad de granito; en algunos de sus ángulos salientes hay agujeros, que revelan haber sido practicados por la mano del hombre, como para colgar hamacas. Los antiguos moradores de la hoy villa de Sesori, refieren que allí se hospedaba Partideño y su cuadrilla, en sus vandálicas excursiones, y hasta creen que debe haber algún tesoro escondido dentro de esas peñas.

Yo sabía que existía esa gruta; pero me resistía á creer que fuera habitada por seres racionales.

A los diez minutos regresó el Zarco, trayendo media docena de tamales humeantes todavía, que exhalaban un olor apetitoso, y me dijo: «ya ve, patroncito, aquì están los tamales; están muy buenos, coma». No pudiendo explicarme el suceso, sino de una manera sobrenatural, que mi inteligencia de niño no comprendía, me abstuve de comer y le dije que me sentía mal del estómago y además, no tenía hambre.

Cansado de rogarme inútilmente, optó por comérselos él sólo, y en un santiamén se engulló su diabólico manjar, y continuamos nuestra marcha interrumpida. Al llegar al río se me erizó el cabello, porque me acordé de la *Sucia* y hasta me pareció oír que lanzaban piedras; pero no dije nada, procurando solamente ir delante, pues sentía escalofríos en la espalda.

El maldito Zarco, que Dios haya perdonado, como adivinando el estado de mi ánimo y procurando exacerbarlo más, empezó á contarme que cuando él era muy niño había *arbolarios* y *brujas* en su pueblo, que viajaban por el aire, á media



noche, y los indios se convertían en toros y vacas ó en marranos, y así transfigurados bajaban al pueblo de los ladinos á cometer actos deshonestos y tropelías. Yo escuchaba silencioso.

Ya habíamos subido la cuesta y entrábamos á un llanito, donde había algunas *tejeras*. De repente mi caballo se para, haciendo poco caso á las espuelas, y, como impelido por una fuerza irresistible, mis ojos se fijan en un objeto brillante, que al momento mi imaginación dió la forma de un muerto tendido á la vera del camino y á la cabeza de él un negro sentado con un machete en la mano.

Ni una visión apocalíptica me hubiera impresionado tanto. Quedé helado de terror. El Zarco, que venía atrás, me dijo: «y luego patroncito, ¿qué le sucede?» Tartamudeando, como pude, le indiqué mi terrífica visión. El, por toda contestación, prorrumpió en una descomunal carcajada y se adelantó hacia el objeto de mi terror, y cuando hubo llegado, me gritó: «Acérquese, patroncito; ya verá lo que es su muerto». Cobré ánimo y acudí al siniestro lugar, pues mi caballito ya no se resistió.

El muerto era una pileta con un poco de agua, que servía á los tejeros para batir el lodo, y que reflejaba oblicuamente los rayos de la luna, y el negro era un tronco fornido de madrecacao medio quemado, al cual arrimaba una penca de piña, que fué la que en mi imaginación se transformó en machete y quizá del más cínico y bárbaro asesino.

¡Cómo engañan las apariencias!

A propósito de esto me refirió mi padre algo parecido que le sucedió en la ciudad de León (Nicaragua) cuando era aprendiz de platería, con un maestro italiano.

Vivían en un extenso edificio, que tenía como siete patios y que había servido para colegio ó convento. El maestro tenía la costumbre de bañarse en una pieza del lado de la calle, sobre una batea Mi padre volvió por la noche y al abrir la puerta



vió un muerto tendido en medio de la pieza con cuatro velas encendidas. Retrocedió un momento, pero después penetró con resolución, pues tenía seguridad de que allí no había muerto nadie. En efecto, el agua de la batea, reflejando algunos rayos de luna que penetraban por las rendijas del tejado formaban aquel cuadro aterrador. Otra ocasión, [illegible] ndo á la fragua que estaba en el quinto patio, como á las nueve de la noche, vió dos luces que se [illegible] paralelas y que luego se fijaron en un [illegible] paró inmediatamente y se arrimó á [illegible] tener valor de continuar ni de retro[illegible] hora trascurrió en tan penosa si[illegible] oyó un rebusno y las luces desaparecieron; pues estas no eran más que los ojos de un mulo, que al sentir su presencia se le había quedado viendo, y al fin bajó la cabeza para buscar su pienso. El no sabía que hubiera tal mulo en aquel patio y por eso no pudo explicarse el fenómeno.

Los rayos de la luna son muy bellos; pero muy traviesos: se complacen en formar con los objetos pulimentados imágenes macabras, que aterrorizan la mente de los neuróticos.

San Miguel, 1907.

Fatales errores

A pesar de la inmensa irradiación de luz multicolora que el siglo décimo nono derramó en el mundo de las ciencias y las artes, y la bellísima aurora que aun nos envuelve del siglo que hoy empieza, hay tantos puntos obscuros en la conciencia humana, que es preciso, para llevar á ellos la divina lumbre, trabajar con tesón, disecando con el es-



calpelo del análisis consciente y razonado, hasta la última fibrilla del complejo organismo del saber.

A cada paso que uno da tropieza con algún obstáculo, que es necesario vencer para seguir adelante. Es forzoso quitarlo del camino recto que conduce á la verdad. Desviarse, por evitarlo, sería caer en el del error, y por esa vía jamás se llega á la mayor perfección á que puede aspirar el hombre.

Andar á tientas en materia de justicia es una barbaridad, máxime con perjuicio del prójimo.

Si fuéramos á engolfarnos en el intrincado laberinto de nuestras leyes, encontraríamos tantas deficiencias y tantas contradicciones que dificultan la administración de justicia, hasta el grado de que un tribunal ó un conjunto de notables abogados encuentran la ilegalidad más tangible allí donde otro tribunal y otros notables jurisconsultos han creído ver el caso donde la ley se ha aplicado con la mayor exactitud, y ambos miembros del alto foro se fundan en la misma ley, citando artículos terminantes, que sería la de no acabar.

Esto lo digo, no porque se me antoje sino porque á diario leo, en la prensa del país y extranjera, asuntos de esta naturaleza, algunos de tanta trascendencia que han revelado mi conciencia, siempre amante de la verdad y la justicia, haciéndome empuñar la pluma, en vez de la espada, por la defensa del désvalido.

Hace poco leía en el *Diario del Salvador* la noticia de un caso de error judicial ocurrido en México, y después otro en los Estados Unidos ¿Qué tal? Un hombre honrado privado de su libertad, en un obscuro calabozo, ó arrastrando la infamante cadena por más de seis ù ocho años.... Se averiguò su inocencia y se le dió libertad; y vaya con Dios, gracias que al fin se le hizo justicia, pues para encũbrir el error debía llevarse la broma hasta el fin.

Yo sè de un caso semejante, pero más antiguo. Es la historia triste que voy á referir:



Era un obrero casado con una joven campesina, que tenía tres hijos varones y una hembra: el mayor tenía diez años, la hembra nueve, los otros eran menores. Un día que nuestro hombre volvía del trabajo entró á la casa de un amigo en momentos en que éste, acosado por el infortunio, ponía fin á su vida, dándose una puñalada en el corazón. ¡Oh, fatalidad! El obrero, horrorizado, sale de aquella trágica mansión manchado por la sangre de su amigo, que en sus paroxismos de agonía quiso lanzarse sobre él.

Al salir lo aprehende la *justicia*, por sospechas. Lo llevan á la prisión y lo ponen á disposición del Juez correspondiente. Se instruye el informativo y, cosa rara, á pesar de haber estado completamente sólo el suicida en el momento fatal (pues aun el amigo entró cuando ya se había hundido el puñal), sobraron viejas pseudo-beatas que declararan haber visto á nuestro personaje hundir el puñal al otro individuo. La sentencia fué condenatoria. ¡La diosa Astrea ha tiempos que no hace milagros!

El pobre obrero arrastró cadena durante doce años. y gracias á que no le aplicaron la pena de muerte, que hubiera sido mejor, si hemos de atender al fin de esta historia.

La esposa enfermó de pesar: faltó el pan, faltó el vestido y el frío azotó sus carnes flácidas y anémicas por falta de alimento.

La necesidad impelió á los niños á vagar por las calles, perdiendo antes la vergüenza, para implorar la caridad pública. «No, para vosotros no hay pan, les decían, sois hijos de un asesino». Y los maldecían!

La pobre mujer murió poco tiempo después á consecuencia de una pneumonía doble, que encontró en ese miserable cuerpo un terreno abonado para su desarrollo.

Los huérfanos de la fatalidad y de la *Justicia*, cansados de implorar en vano la conmiseración de



las gentes y torturados por el hambre y la desnudez, aguzaron el ingenio para obtener por la astucia lo que la caridad les negaba. Hurtaban todo lo que se ponía á su alcance para satisfacer sus necesidades. De este modo se formaban otros tantos ladrones, futuros presidiarios.

La hembra encontró por fin la compasión de los hombres; pero á trueque de perder su único tesoro: la virtud. Su vida se deslizó entre el lupanar y el hospital.

El hogar se extinguiò por la dispersión de sus miembros.

Cuando el desgraciado obrero hubo pagado su condena (pues nunca se probó su inocencia) y obtenido su libertad, buscó anheloso el dulce regazo de su hogar, antes feliz, y lo encontró desierto: sin su esposa, sin sus hijos, sin una caricia, sin un mendrugo. Su decepción fué terrible. Su alma sufrió un estremecimiento mortal. Maldijo la libertad, conquistada sobre las ruinas del hogar. Blasfemó, poniendo en duda la existencia de Dios. Lloró de rabia, contra la *justicia* de los hombres. Buscò la taberna, se embriagó, y se voló la tapa de los sesos.

He ahí las consecuencias de un error judicial.

El mundo literario está plagado de esta clase de escenas, sacadas todas de hechos consumados, en nombre de la justicia.

¡Oh, santa deidad, cuantas abominaciones se cometen en tu nombre!

Santiago de María, mayo de 1908.



El amate de "El Molino"

Al galano escritor don Claudio Moreno

Errante peregrino, voy con mi tienda al hombro en busca de una divinidad, que se aleja cada día más de las grandes urbes humanas.

La base de su excelso templo debe estar en los ubérrimos campos tapizados de alfombras naturales; en cuyo verde fondo se dibujen arabescos de gramíneas en plena floración, ribetes de plata líquida y encajes de rocío, en forma de perlas y diamantes.

Céfiro y Fabonio ofician en ese templo augusto, cuyo techo es el bello azur del firmamento.

Su diosa es la diosa de la salud.

Fijé mi tienda en este valle delicioso, en esta pequeña ciudad que han dado en llamar *la Perla de Oriente*, y que, vista desde las alturas del volcán de Alegría parece una blanca gaviota en su nido de montañas.

Mi deidad no estaba aquí.

Seguí explorando los vastos horizontes que se divisan desde estas alturas, y en una de las muchas peregrinaciones del éxodo penoso y largo que vengo haciendo con mi esposa y con mis hijos, paré un momento allá en una vieja ciudad con ímpetus de renacimiento, que se extiende en las llanuras de la costa, entre las montañas, los ríos y el mar.

Esa vieja ciudad es Usulután ardiente de clima, pero rodeada de bellísimas fuentes de aguas cristalinas y frescas, que provocan el deleite paradisíaco de sumergirse en ellas.

Entre todas esas fuentes está la de «El Molino», inspiradora de estas líneas.

Bajo el follaje umbrío de una secular y legendaria ceiba y en medio de una mole granítica brota el agua á torrentes, como brotó en la tierra cananea al divino contacto de la varita mágica de Moisés, según la bíblica leyenda.



Frente á esa gigantesca ceiba se halla un decrépito amate muellemente recostado sobre su lecho de arcilla. Es grande también el amate, digno rival de la ceiba, pero menos precavido que ésta, profundizó poco sus raíces, y un cataclismo cualquiera; un huracán, un ciclón, un terremoto, probablemente el temporal de 1906, dió con él en tierra. Sus raìces quedaron de fuera, á excepción de unas pocas laterales que, unidas á otras adventicias, nutren al árbol caído.

A la manera de un magnate oriental dormita allí el viejo amate, soñando quizás en los millones de años que han trascurrido desde el origen del planeta, en las distintas edades que marcan el derrotero de la vida, en el éxodo de un átomo que viene formando parte de millares de millones de cuerpos, desde las primitivas épocas biológicas, en la ignorada nacionalidad de la simiente que le dió origen, en algún su progenitor ya fósil, ó en la suerte que le espera con el transcurso de los años.

Sobre su hermoso tronco y fornidas ramas descansa el boyero á la hora meridiana, después de abrevar su fatigada yunta. En ese mismo tronco la graciosa lavanderita apoya á veces su colmada batea; y de esa pareja se forma un idilio amoroso, digno reflejo del ensueño de la vida.

Aves parleras de abigarrados colores se posan en sus ramas más altas, y desde allí, con gárrulo cantar, contemplan la sublime explosión de luz que anuncia en el Oriente, la llegada del astro-rey en su ardiente y divino carro.

El viejo amate no podrá levantarse más; está postrado por el enorme peso de sus ramas; pero vive y vivirá por muchos años contemplando el ir y venir de todo un pueblo activo y laborioso, y oyendo el tierno gorgeo de las aves, la música sublime de los besos y el dulce ritornello de la caricia amorosa.

Santiago de María, 1908.



El Padre Eterno

Corría el mes de abril de 1909; yo estaba accidentalmente en la ciudad de *La Unión*, y una mañanita un poco brumosa, cual si se anunciaran las primeras lluvias, caballero en una mula, marchaba por veredas hacia *Miramba*, lugar donde descansa, al principio de su jornada, el ya jadeante y aun en construcción edificio del ferrocarril de Oriente.

Por entre los matorrales de la vera del camino salían, haciendo cabriolas y enarbolando la cola, muchos pintados becerritos, y un toro mujidor les seguía con reposado y majestuoso andar.

Las loras y los pericos aturrullaban el ambiente con su charla incesante; los zorzales y los clarineros entonaban sus alegres dianas, pidiendo amorosos el beso de la lluvia.

El aire estaba impregnado de vapores salados; pues las brisas juguetonas lamían la superficie del piélago undoso, empapando sus alas invisibles en el líquido cristal de los mares.

El astro del día con su túnica roja se alzaba sobre las ondas con la lentitud de un rey oriental.

A lo lejos se oía el canto de una zagala, canto que por su ingenuidad y sencillez, y á aquella hora y bajo aquel cielo trajeron á mi mente una estrofita que, al decir de mi abuelita, cantaban en su pueblo las bayaderas, y que revelan toda una vida pastoril, vida de sencillez, vida de pureza:

«Mañanitas, mañanitas,
Como que quieren llover;
Así estaban las mañanas
Cuando te empecé á querer».

Como valor artístico no tiene ninguno; pero sí desde el punto de vista histórico; digo, para mí; pues esa estrofita me parece que sintetiza toda una edad, toda una civilización: la infancia de nuestro pueblo. No sé, pero me dice más al alma, excita más



mi sensibilidad psíquica una cancioncilla como esa, cantada por una campesina, allá en su hato de ganados, que una composición modernista de metros variados, donde campean en promiscuidad monstruosa desde el verso monosilábico hasta los interminables renglonotes de difícil cesura, de acentos caprichosos y terminados por consonantes de medias palabras, que al leerlos producen la sensación de un peñasquero arrastrado por el torrente sobre un lecho desigual y granítico. Parecen curbas esfimográficas de corazones arrítmicos. No, yo soy reaccionario á ese pseudo-modernismo que tiende á convertir la poesía en una prosa defectuosa, insípida è insustancial.

Pero ya se me olvidaba que iba camino de *Miramba* sobre mi mula parda, que tropezaba á cada paso en los durmientes mondados de la línea férrea, pues no hay otro camino y aun este está casi cubierto de monte. ¡Oh, durmientes que dormís el sueño de los justos y no seréis interrumpidos en vuestro sueño por el traqueteo del tren! ¡Felices durmientes, vosotros sóis los únicos de la familia, que merecéis el nombre de durmientes! ¡Porque si algún día viniera un Redentor á hacer andar á ese paralítico de pulmones de acero, ya vosotros no existirías!

Al fin llegué á la estación de Miramba. Hermoso y fuerte es el edificio; está muy cerca, á la orilla del mar; desde allí se contemplan muy bellas lejanías, á través del espacioso golfo de Fonseca.

Dos soldados estaban allí, no sé si como guardianes ó de paseo; les pedí permiso y penetré. Recorrí todo el interior, donde había una gran provisión de carbón de piedra, que utilizan, probablemente, en la *marina salvadoreña*, locomotoras y carros, maquinaria de herrería y mecánica y muchas piezas de acero dispersas por aquí y allá.

La impresión que experimenté al contemplar todo aquel tesoro casi perdido, abandonado por completo ¡sangre y sudor de nuestro pueblo!, no



es para descrita en este artículo, pues en vano gastaría todo el ardor de nuestro patriotismo indignado, sin que encontrara eco ni una sola protesta lanzada por mi pluma. No, sellemos este punto y pasemos adelante,

Casi en el centro del edificio miré un anciano de blanca barba y luengos cabellos entrecanos y ondulantes. Estaba sentado en una hamaca de pitas. A su lado tenía un fogón y en él un jarrito, donde cocía chocolate. Saboreaba un *puro* copaneco y atizaba el hogar. Cuando me vió se incorporó y tomó una actitud majestuosa. Parecía un anciano anacoreta, un cenobita del desierto, un ermitaño de los albores del cristianismo. Me impuso la mano derecha y sin más preámbulos me habló de la siguiente manera: ¡Oh, hijo de la tierra! ¿qué buscas por aquí? ¿sabes quien soy? Pues yo soy aquel que todo lo ha criado, todo lo que hoy sucede en el mundo escrito está por mi mano y ha de cumplirse hasta el fin mi sagrada profecía. Yo pasé muchos años de mi vida sin saber quien era, viviendo una vida material; pero llegó un día en que mi alma se inundó de una luz inefable, la luz de la sabiduría, y comprendí mi portentosa misión. Desde entonces espero una señal que ha de aparecer en el Oriente, como la estrella de los reyes magos, entonces ascenderé á mi excelso trono. Yo soy el Padre Eterno. ¡Arrodíllate, leve gusanillo terrenal! Vosotros en quienes predomina la materia estáis muy lejos de mi divino reino». Esto dijo y volvió á sentarse en su hamaca de pitas y atizó el fuego.

Cuando visité á este extraño espécimen de la demencia, no conocía el famoso drama de Echegagaray, «El Loco Dios». Cuatro meses después fué que lo ví representar en San Miguel, por la compañía Espinosa, produciéndome una gran impresión la semejanza entre el tipo ideal del poeta y el real y verdadero amigo de que me ocupo; pues hasta las palabras que trascribo son más ó menos las



mismas del que dice ser el Padre Eterno, y con este nombre se le designa en la ciudad de La Unión.

Este hombre habla mucho de abstracción del espíritu, de un idealismo máximo; hace caso omiso de la materia y hasta su alimentación es poco material, pues solamente se compone de bolitas de chocolate, en las cuales predomina el maíz sobre el cacao.

Toda la semana la pasa en aquel edificio solitario y los domingos recorre las calles de la ciudad, pidiendo para sus bolitas y sus *puros*.

El se considera el hombre más feliz de la humanidad, aun así considerándose como humano (pues hay momentos en que se da cuenta de su estado) que bajo la acción de su monomanía, considerándose como Dios, es la felicidad misma.

En Arabia y en la India consideraban á los locos como dioses, y en vez de escarnecerlos los veneraban, así lo dice Renán, y algo de razón tienen los que así piensan, pues el loco es hombre que ha poseído una gran mentalidad, hombre que ha vivido

Estas abstracciones de espíritu llegan en los exaltados hasta el grado de producir la anestesia general; no de otra manera se explica la tranquilidad con que San Juan Evangelista sufría el martirio en el aceite hirviendo y San Sebastián era traspasado por innúmeras flechas. Así los representan los cuadros de Quintín Metrys y Thierry Bonts, que se exhiben en los museos de Amberes y Bruselas, respectivamente.

Adviértase que no hablo de los idiotas é imbéciles que recorren las calles mugrientos y miserables, exhibiendo su bestialidad; no, hablo solamente de aquellos que fueron inteligentes y pensadores, y que por una fatalidad cayeron en el caos sus facultades creadoras.

¡Oh, qué tristeza inunda mi alma cuando recuerdo que en fuerza de pensar, persiguiendo el fantasma del ideal, luchando por llegar á la meta, han caído en las tinieblas, apagadas para siempre,

8



las mentalidades pujantes y luminosas de Juan Coronel y Francisco A. Gamboa, honra y prez de la América Latina! ¡Qué fatalidad!

Nuestro Padre Eterno creo que pertenece á esta clase de hombres, aunque con la diferencia de ser de aquellos intelectuales ignorados, por falta de producción literaria. Ignoro su origen: creo que me dijeron que era hondureño; puede ser. Honduras es la cuna del talento, ya lo ha dicho un poeta; pero sin pretender que haya tenido una vasta cultura intelectual, le considero víctima de las lecturas religiosas, entregado de lleno á las meditaciones sobre asuntos de Teología Metafísica. Su lenguaje es bastante correcto y comedido. Sus maneras revelan alguna cultura.

Le interrogué sobre algunos puntos filosóficos y él aferrado en su metafísica dogmática no cedió ni un palmo, contestando á su manera; pero siempre siguiendo el derrotero de su monomanía.

Después de conversar un rato con mi hombre, salí de aquel edificio que tan hondamente me había impresionado y regresé á la ciudad, prometiendo escribir algo sobre esta excursión, y más que todo, sobre el *Padre Eterno*.

Ño Cátera, ó el sabio á pulgaradas

(Cuento regional)

En mi último viaje á la capital, paseando en la Avenida Independencia, me encontré con mi amigo don Néstor, el venerable octogenario, hombre de gran sabiduría, pero de mucha modestia, que lo hacía pasar desapercibido entre la legión de sabios de estampa y condecoración.

Tomamos un asiento y empezamos á conver-



sar de otros tiempos mejores, tiempos pretéritos, de gratos recuerdos para los viejos; en los cuales no se respiraba esa atmósfera impregnada de vanidad, de falsa sabiduría, de petulancia y mala fé; ni existían improvisados periodistas que ignoran la más elemental regla de gramática y no pueden escribir una gacetilla, siendo ageno todo el material de su periódico; tampoco había críticos mal intencionados que andan á caza de defectos, para ponerlos de relieve con palabras chocarreras y acerbas, callando de propósito todo lo bueno de la obra que critican; ni había grandes poetas, más grandes por el orgullo que por el saber, que no alcanzan á ver desde su altura ó la muchedumbre de abajo. Todos estos caminan por un falso sendero hacia una meta fantasmagórica, dibujada en un mágico espejismo.

A propósito de los pseudo–sabios de hoy día, dijo don Néstor, voy á contarle, mi querido doctor, la vida y milagros de un viejo que creyó buenamente en la ciencia infusa, en la piedra filosofal, y que hace como diez años dejó de existir en uno de los barrios de esta capital. Todo el mundo lo conocía por Ño Cátera; pues este señor tuvo la dicha de nacer el 18 de enero, día de la Cátedra de San Pedro en Roma, y su madre, del antiguo molde, que acostumbraba poner á sus hijos indefectiblemente, el nombre que traía el Catecismo el día de su nacimiento, le puso á éste el de Cátedra, suprimiendo todo lo demás, por parecerle muy largo é impropio para gentes de humilde cuna, pues creía que solo los reyes y príncipes tenían el derecho de llevar todos los nombres del calendario;. otro motivo, fué el temor de que cuando fuera hombre le sucediera lo que á un compadre suyo que, viniendo de Guatemala, pidió posada, á la media noche, en una casita del camino, para librarse de un fuerte aguacero que empezaba á caer, y como, á la pregunta sacramental de ¿quién es? contestara: *Pedro, Pablo, Juan, Enrique, Casamalhuapa*, el casero dijo desde



dentro: No hay posada para tanta gente, la casa es pequeña y tengo mucha familia; sigan su camino». Así fue como se quedó con sólo el nombre de Cátedra, que el vulgo degeneró en Cátera.

Nació en el Occidente de la República, en un caserío de ganaderos, donde sus padres tenían crianza de ganado vacuno, caballar y de cerda. Nuestro individuo pasó la mayor parte de su juventud, ordeñando vacas, domando muletos y potros y sembrando milpas, arrozales y frijolares; pero como nada es estable en esta vida, á Cátera se le metió entre ceja y ceja que él estaba destinado para mejor vida, y pensando que nadie es profeta en su tierra, lió sus maletas y sin decirle adiós á sus padres se marchó con rumbo á la ciudad vecina, donde entró á servir á un almacenista, en calidad de doméstico; pero á los tres meses ya decía: «Está para venirnos tal artículo». «Los derechos de Aduana son exhorbitantes, por tanto sobreimpuesto y lo mucho que se paga en oro». Para él bastaba saber estas frases, que aprendió de tanto oír al patrón, para creerse un verdadero comerciante.

Al poco tiempo trabó amistad con el barbero de la casa y los ratos de asueto los pasaba charlando con él y viendo rapar barbas y bolsillos. Comprendiendo que este oficio era fácil y lucrativo, dejó el almacén y se trasladó donde el maestro barbero. Con él aprendió malamente el oficio de rapista y el de ahormador de sombreros, que son dos hermanos gemelos, sin el más lève parecido. A los dos meses de práctica, se creyó un gran maestro y fundó un tallercito, al que puso en letras muy grandes y doradas, el nombre de «Gran Barbería Central». Como no tuviera muchos clientes pasaba algunos ratos del día viendo trabajar al herrero de enfrente y, á veces, le ayudaba á armar y desarmar máquinas de coser, cajas de música y armas de fuego; con lo cual se creyó todo un mecánico y trató de ejercer este nuevo oficio. De las máquinas grandes pasó á las chiquitas. intentando la



compostura de relojes; algunos salían de sus manos completamente transformados, con las piezas al revés, con menos tornillos, y algún eje quebrado ó torcido. Con todas las piezas que le sobraban de los relojes que *componía*, fabricó uno de su invención, que nunca pudo marcar las horas, pero era su objeto predilecto.

De la relojería pasó, por vecindad, á la joyería, hojalatería, ebanistería, &.

También quiso ser artista, y compró un kodac de bolsillo para fotografiar á sus clientes; quiso ser músico, poeta y lingüista. Era una ambición de saber nunca extinta, pero satisfecha con solo pisar los umbrales de cada arte ú oficio.

Poseedor de tantos *oficios* pensó explotarlos con más lucro en la capital, y al efecto se instaló aquí con todos sus microtalleres. Al llegar mandó publicar un aviso ampuloso y rimbombante en que anunciaba toda su sabiduría, al contrario de algunos médicos de nuestra Facultad que resultan especialistas de la noche á la mañana; pero llevando siempre el mismo fin: engañar medrando.

No pudiendo vivir con el producto de su politaller pensó dedicarse á la enseñanza, y fundó una escuela privada de párvulos, sin perjuicio de ejercer sus oficios, siempre que tuviera trabajo. Como era amigo de las innovaciones, inventó un nuevo procedimiento para enseñar las primeras letras, empezando por la *Z* y terminando en la *A*.

Poco á poco fué adquiriendo alguna dialéctica enrevesada, algo así como una pseudo-polimatía, producto del roce con las distintas sociedades. Aprendió á tratar de *tú* y de *ti*, como Dios le ayudaba; y creyendo que la inteligencia y el saber se demuestran con una verbosidad asombrosa, arrojaba disparates á troche y moche.

Cuando estaba en presencia de sus amigos más ignorantes que él, improvisaba discursos como este: «*Garibay fué* un valiente *cólega* de Newton, que en el siglo de Luis XIV llegó á Pernambuco, ciu-



dad de México, y fundó la primera oficina telegráfica, siendo el primer *telégrama* que se puso dirigido á *Socrates*, célebre arquitecto romano. El *intérvalo* que tardó en atravesar el mar de la Siberia, fué de tres meses, veinte días, cuatro horas y *ochenta* minutos. ¡Oh, *tí*, Garibay, la mayor gloria te pertenece á *tú!* Nadie más que *tí* ha hecho tantas *pruezas* en el mundo».

De tanto oír hablar bien y mal formó un vocabulario suigéneris, un verdadero galimatías, que le salía á las mil maravillas para formar su reputación de sabio ante su séquito oficial de desocupados admiradores, que en unión de su hermano Desposorio (por haber nacido el 26 de noviembre) se encargaban de hacerle el bombo por los cuatro vientos del horizonte.

Mientras rapaba la barba de algún cliente, le castigaba con sù mala navaja y peor mano y, sobre todo con su pesada charla política-científica literaria musical-agrícola é industrial. El hablaba de todo, eso con el aplomo de un estudiante bolseador que en el examen de Botánica Médica dijo que la patata ó papa pertenecía á las papavoraceas.

Ud. dirá, y con razón, que este hombre era un gran bruto; pero hágaselo creer á aquella inmensa muchedumbre de ignorantes que admiraban la sabiduría de Ño Cátera; pues cuando yo le conocí ya era muy viejo, y todo el mundo le llamaba Ño Cátera.

Le parecerá difícil creer que en este país los brutos tengan fama de sabios y los sabios de brutos; pero el hecho es que las falsas reputaciones se forman como por ensalmo, y una vez formadas, cada uno de estos pseudo-sabios se constituye, por sí y ante sí, autoridad infalible para juzgar á los demás, por lo regular desfavorablemente.

—Y no se asombre, mi querido doctor, que la falta de solidez en los conocimientos científicos invade hasta las más encumbradas gerarquías literarias; pues literatos conozco, de esos de fama mun-



dial, que confunden lastimosamente un río con una montaña, la pupila con la retina, la piel con la epidermis, los nervios con los tendones, la sangre con la linfa, el fruto con la flor, el mineral con el metal, la savia con el látex &. y pasan por el mundo, en contínua apoteosis, luciendo su oropel y mirando con aire de protección al que principia á hacer esfuerzos por llegar algún día á la cima luminosa, donde tiene su alcázar la gaya ciencia.

Después de tan amena é instructiva conversación dí un apretón de manos á mi modesto sabio, mentor de nuestros tiempos, y me despedí de él, talvez para siempre, tomando estos apuntamientos, que hoy revisto de humilde ropaje para ofrecerlos á mis benévolos lectores, con la siguiente moraleja:

El que mucho abarca poco aprieta, y el que todo lo quiere saber, no teniendo buenas entendederas, concluye por no saber nada.

¡Al mar! ¡Al mar!

(Impresiones personales)

Allá van las caravanas...... .

Carretas tiradas por bueyes, cargadas de mujeres y niños, en contínua algarabía, rebosantes de placer; mulos y jamelgos, ya con airosos jinetes, ya cargados con árganas repletas de víveres, cántaros vacíos y otros trastos. Después...... una nube de polvo.

¿Adónde van las caravanas, las caravanas alegres y bulliciosas, como conciertos de músicos alados que entonan himnos á la bella Aurora, la de los dedos rosados, la divina portera del Oriente, el ha-



da placentera anunciatriz del Rey-luz? ¿Adónde van?

Al mar. A visitar á Nereo. A rendir homenaje á Neptuno.

*
* *

Yo también voy al mar con mi esposa y con mis hijos. ¡Y qué contentos vamos! Hasta el chiquitín de siete meses, mi adorado Manuelito, parece que adivinara el portentoso espectáculo que va á contemplar con sus ojitos de serafín. Ni el ardoroso sol del Estío, ni el polvo tamizado y caliente que se levanta en densas nubes y azota el rostro de los viajeros, logran borrar de sus labios la angélica sonrisa que siempre juguetea en ellos. Llorar?...... y para qué, si es todo un hombre reducido á su mínima expresión. Nadie llora camino del mar. Todo el mundo ríe con entusiasmo inusitado, como bajo la acción de una buena dósis de oxígeno. Se sienten impulsos de volar para llegar luego al anhelado fin. ¡Ah, quién tuviera un aeroplano ó un dirigible! ¡Quisiera ser un Bleriot, un Wright, un Zeppelin! Aunque á decir verdad no tendría valor de embarcarme en uno de esos buques aéreos, por temor al vértigo de las alturas.

*
* *

A la vera del camino y entre los breñosos huatales se destacan varios árboles negros, que han permanecido en pie, apesar de estar carbonizados superficialmente desde hace varios años. Parece que después de arrancarles todas las hojas les hubieran dado barniz negro desde el tronco milenario hasta las últimas ramitas. ¡Qué hermosos son esos árboles negros! ¡Cadáveres vencedores del ígneo elemento! ¡Eterno baldón para el indolente labriego que no supo defenderlos! Hoy la vacada no encuentra la frescura de su sombra para pasar las horas del bochorno meridiano. Las fuentes vecinas se han secado y no se encuentran donde



escanciar la sed. Sobre esas ruinas, la Ignorancia y la Pereza levantan su trono.

Hace dos años que en este mismo lugar ardían las montañas, y yo, extraviando el camino, me encontré solo con la cabalgadura entre las llamas y los escombros. Parecía un condenado en medio del infierno. Todavía me impresiona mal ese recuerdo.

* * *

Es de noche: la luna, en cuarto creciente, alumbra poco; el bosque es espeso y bajo los árboles gigantescos se extiende otro bosque de arbustos y yerbas, predominando las palmeras de baja estirpe, el *huiscoyol*, como le llaman nuestros campesinos. El conjunto, bañado por esa media luz, me parece que son muros ennegrecidos y ruinosos de algún viejo castillo feudal habitado ahora por los faunos, las ninfas, las driadas y las náyades bajo la potestad del dios Pan. Los rayos enfermizos de la Diana anémica se cuelan temblorosos por entre los claros del boscaje y forman contrastes singulares, que traen á la mente las mitológicas leyendas de los sagrados bosques de Dafné.

Se oye un rumor intenso, á manera de truenos ó cañoneo. El mar está cerca. El ambiente está saturado de un olorcillo á mariscos que despierta anhelos misteriosos. ¡El monstruo atrae con fuerza irresistible!

Por fin llegamos; el estero está en plena llena, y muchos viajeros esperan la vaciante para pasar. Nosotros estamos impacientes. Allá lejos, en la orilla opuesta se mira una luz. Los mozos gritan á todo pulmón y á sus gritos responden á medio estero. Es una lancha que se aproxima. Mientras llega sacamos algunas provisiones de nuestras *árganas* y comemos á toda prisa. Poco después vamos cruzando las aguas saladas en un esquife balanceador. Estamos ya en la isla «El Arco», bañada por el grande océano. No sabemos donde



dormir y sin embargo el placer que sentimos nos hace olvidar nuestras fatigas. ¡Oh, cómo se vive con solo querer vivir!

*
* *

Para describir el espectáculo grandioso que se presenta á nuestra vista con los primeros albores de una mañana diáfana y risueña; para describir la playa, el mar y el estero que se contemplan es preciso el auxilio de las hijas de Júpiter y Nemósina, sobre todo de Polimnia. Imagínese el lector una playa de diez y seis kilómetros de longitud, de finísima arena, con un declive imperceptible, limitada por las dos bocanas de un gran estero bordado de manglares y con preciosos islotes diseminados en poético desorden. Tan grande extensiòn está llena de regueros de conchas y caracoles de variadísimos tamaños y colores, cual flores policromas regadas al azar para cubrir el sendero de la diosa Felicidad. A lo largo, desde la una á la otra bocana y sobre los troncos secos de la orilla, innúmeros regimientos de cuervos colocan de trecho en trecho sus vigilantes centinelas, que en posturas hieráticas pasan atalayando la salida de las endebles tortuguitas para devorarlas. Los alcatraces, garzas y palomas marinas revolotean sobre las olas juguetonas que se persiguen á manera de chicuelas jugando el *cucumbé*. Las gaviotas, con lento vuelo dibujan en el espacio geométricas figuras con líneas invisibles. Y ese mar, ese mar de olas blancas y claudicantes; los rotos encajes de sus espumas, mil y mil veces transformadas por el contínuo movimiento de las ondas; la música salvaje que ensordece, pero encanta; la brisa deliciosa que risa las aguas y roba sus átomos para saturar el ambiente; y para completar ese cuadro sublime, el sol surgiendo de las aguas como la Venus de Citeres. ¡Qué bella te muestras aquí Naturaleza! ¡No te conocen los que viven toda una vida miserable, bajo la misma techumbre de una casa! ¡Desgra-



ciados los que jamás han saboreado el divino manjar de los dioses á orillas del piélago salobre! O como dice Lamartine: ¡Desgraciado el que no ha sido poeta una vez en su vida!

¡Qué bello es el mar! Sobre mí tiene una atracción irresistible, como si quisiera llevarme en el impetuoso turbión de sus olas y sumergirme en lo más profundo de sus entrañas, donde una hada miliunanochesca habita un palacio encantado, hecho de conchas, corales y perlas. Allí Triton no sopla su concha y mil geniecillos hacen la corte de amor.

Dos vapores cruzan el horizonte, arrojando al espacio sendos chorros de humo por sus enormes chimeneas. ¡Ah, qué impulsos siento de navegar! Quisiera ir cabalgando sobre esos grandes corceles marinos de entrañas de acero, que engullen, á manera de pienso, toneladas de carbón de piedra. Quisiera ir en uno de ellos con rumbo al viejo mundo; estar un ratito al pié de las pirámides, viendo escaparse de sus cimas los muchos siglos de la civilización egipcia; de allí volar, cual águila gigante, y posarme sobre la cumbre del Nebo, del Tabor ó del Olimpo y hacer pasar ante mi vista, con el poder de la imaginación, el drama del Nazareno sobre su mismo escenario de Belén, el Jordán, el Tiberiades, Jerusalem y el Calvario; pasar una pequeña revista sobre el Japón y sus proezas, la India y sus pagodas, la China y sus murallas: detener mi vuelo sobre los muros del Partenón, historia plástica de la Grecia Antigua, la artística, la sabia, la guerrera; y siguiendo yo también el derrotero que siguió la civilización, pasar después á Roma y en una noche de luna sentarme en algún rincón del Coliseo á meditar sobre la grandeza histórica de la ciudad de los Césares, los tribunos y los cortesanos; transportarme en una nube y colarme en los patios y salones de la Alhambra y las mesquitas, sello indeleble de la dominación arábiga en España; después á Suiza, á aspirar su ambiente republicano, á nave-



gar en sus lagos y creerme otro Guillermo Tell, empujando con el pié el esquife; y por último quedarme unos cuantos meses en París, absorviendo un poco de ciencia, un poco de arte y otro poco de salud. Este es mi sueño dorado y entre tanto lo realice, estaré atado, cual otro Prometeo, al peñón de la Pobreza.

¿Pero adónde iba?...... En eso de fantasear me pongo con el más grande soñador del mundo. Ya he vuelto de un viaje imaginario y heme aquí otra vez saltando de ola en ola en medio de una muchedumbre de bañistas, que embriagada de placer no siente pasar las horas. Son las seis de la tarde, en el Ocáso se oculta el sol entre nubes de grana al mismo tiempo que la luna llena con su clámide de plata surge en el Oriente. ¡Qué bello espectáculo! Los bañistas todos lo contemplan con deliquio arrobador. Yo estoy casi en éxtasis.



La luna asciende majestuosa hacia el zenit y derrama sobre la tierra una bellísima disolución de plata. El mar atruena con cada ola que se desploma y se extiende lánguidamente en mágicas fosforescencias, y en la playa anchurosa y bella se revuelve la muchedumbre humana en derroches de placer. Solo yo, lejos del bullicio, tendido sobre la arena, contemplo el firmamento abismado en profundos pensamientos: así á solas con la Naturaleza estoy bebiendo á grandes sorbos el licor divino de la poesía. ¡Qué goce el vulgo con tanta majadería, que llaman juegos de prenda! ¡Qué goce la carne en los bailes con su contacto acre y sensual! Bien está: pero mi espíritu delicado y sensible se alimenta de otros placeres, capaces de encontrarse solamente en la fruición que producen las divinas abstracciones.

¿Por qué no abre un día la Naturaleza su seno? exclama Montaigne: ¡Oh, Dios! ¡qué de errores.



qué de falsos juicios hallaríamos en nuestra escasa ciencia!»

Los secretos de la Naturaleza torturan la mente pensadora del filósofo, y sus bellezas deleitan la imaginación del poeta. Chateaubriand encuentra gloriosamente poética la vida contemplativa de aquellos «solitarios de la Tebaida, con su báculo blanco y su vestimenta de hojas de palmera: el habitante de la celda y el anacoreta de la gruta».

*
* *

Después del baño matinal me he sentido fatigado y no he querido salir de mi ramada de palos de mangle y hojas de *jahuillo*. Tendido en mi hamaca casi me he dormido con mi chiquitín en las piernas. De pronto, un amigo me llama; dejo el niño y sigo al amigo que me conduce á otra ramada, donde, según dice, necesitan de mis auxilios médicos. ¡Aquí hay que detenerse un momento!.... No porque soy cirujano con larga práctica hospitalaria dejo de tener sensible el corazón. ¡Venid, oh magnates del dinero, que nadáis en la opulencia! ¡Vosotros, los que mecéis á vuestros hijos en cunas de marfil y oro, envueltos en riquísimas telas! ¡Vosotros, que os hastiáis de puro hartos! ¡Vosotros, que ignoráis la existencia de otro mundo antípoda al vuestro! ¡Venid, y contemplad este cuadro desgarrador! En el fondo de la ramada yace una mujer tendida en la arena, cubierta de harapos; de su pecho se exhalan quejidos lastimeros, su cuerpo está crispado por la fiebre y el dolor, y sus labios sedientos se contraen amargamente. A su lado está un montón de hojas, debajo de esas hojas un lío de mugrientos pañales y dentro esos pañales ¿no adivináis qué? pues allí está un niño muerto antes de haber vivido fuera del claustro materno. El niño no era viable y un accidente de viaje anticipó su arribo á este mundo de miserias. ¡Llegó al puerto hecho cadáver! ¡Fué un



náufrago de la vida! El está muerto y la joven madre casi agonizando, sobre su lecho de arena, medio oculta entre sus andrajos, y azotada por las inclemencias, como las bestias de las montañas.

Si aun no os conmueve este cuadro, venid conmigo y veréis algo más.

Acabo de oír una gran detonaciòn y allá á orillas del estero se descubre una muchedumbre alborotada, indicio seguro de algo extraordinario. Ya véis? ese hombre, con toda la piel de la cara desprendida y vuelta sobre el cráneo, con una mano menos, (la diestra) y el brazo hecho guiñapos; el vestido chorreando sangre y el cuerpo acribillado de heridas. Este desgraciado era un pescador á quien estallò un tiro de dinamita antes que tuviera tiempo de arrojarlo al agua. ¡Siempre la desgracia clava sus garras en la enjuta carne del miserable!

Con estas tristes impresiones termino este artículo que empecé con tanta alegría y felicidad: así es todo en la vida. Siempre hay una primavera y un otoño, un Oriente y un Ocaso.

Jucuapa, 1910.

El llanto de los animales

El llanto ha sido siempre la más pura manifestación del pesar. Una lágrima es la cristalización del dolor; es lo que rebasa de la copa amarga del sufrimiento; es el escape de la tensión interna del sensorio hostigado por la pena. Si la glándula lagrimal no obedece á la descarga nerviosa, si esa válvula de seguridad no funciona, el cerebro estalla.

Desde la cuna hasta la tumba, la vida del hombre es un reguero de lágrimas, irisadas à veces,



muy pocas veces, por esos rayos de placer furtivos, bellos, aurorales, que mueren al nacer entre los pliegues de una sonrisa. ¡Tan pocas veces se ríe de veras en la vida!

Y no se crea que el llanto es propiedad exclusiva de la especie humana; tampoco hay que creer que gritar es llorar: las antiguas plañideras, las plañideras bíblicas, pagadas por los judíos para llorar por sus muertos en los suntuosos funerales, no lloraban de veras, no podían llorar, porque no sentían, ejercían solamente una profesión como otra cualquiera; no, el llanto exige sinceridad; se necesita una profunda impresión, un latigazo del hado adverso que fustigue nuestros nervios, excitando el Gran Simpático, para que se estremezca el corazón y compungido haga brotar la fuente divina de los mártires, de los hijos del dolor.

El poder de una lágrima es inmenso: brotando de la madre de Coriolano salvó la Roma Antigua; brotando de la bella pecadora de Magdalo ganó el reino de los cielos; cuando tiembla en los párpados de un hijo rompe las fibras del corazón del padre.

¡Ay, yo recogí anonadado las últimas lágrimas de mi padre, y no quisiera ver jamás las de mis hijos! ¡Cuándo ellos lloran se extremece mi alma!

¡Cuántas lágrimas hay que se derraman en el silencio de la noche y que sorbe voraz el cabezal, sin que el mundo se de cuenta dè ellas! ¡Yo he derramado muchas de esas!



Los animales también lloran, y ellos, que no pueden fingir, lloran de veras.

El buey conducido al matadero derrama lágrimas de verdadero dolor, ó quizá de indignación contra la tiranía de los hombres, que le quitan la mayor parte de su alimento, cuando pequeño, esquilmando á su madre; después.... cuando empieza



á despertarse en él el amoroso impulso, cuando siente anhelos indecibles, fruiciones pasionales, instintos impulsivos de sexo á sexo, nacidos en el connubio de las dehesas, bajo un cielo de luz y libertad, ¡oh atrocidad! el hombre le mutila y lo unce al yugo, obligándole á trabajos forzados hasta reducirlo á la impotencia, y entonces, para completar su obra de salvaje, le hunde el puñal y se alimenta de sus carnes seniles y exhaustas. Cuando derraman esas lágrimas postreras lanza al hombre ingrato una mirada llena de reproches y de súplicas, que el bárbaro no comprende porque cree que los animales no sienten las angustias del dolor moral.

Quienquiera que haya pasado á la mitad de una noche lóbrega cerca de un matadero público, ha debido sorprender esas escenas dolorosas, que amedrentan el alma, cuando se escucha el llanto lastimero del toro mujidor, que siente el vaho de la sangre corrompida. Ese animal, que simboliza la fiereza en nuestros campos, se empequeñece ante la muerte de sus hermanos, y llora, y llora, y llora.... como talvez no lo hacen los hombres ante las desgracias de la Patria y la familia.

La raza simia, nuestra progenitora, según el ilustre autor de «El Origen de las Especies», es muy sensible á las desgracias que le ocurren y llora tan amargamente como el más llorón de los *homo-sapiens*. Nuestros campesinos cuentan muchos episodios dolorosos observados en los monos que habitan nuestros bosques. Mi padre refería que una vez navegando en el río de San Juan, en Nicaragua, en compañía de mi abuelo, el General Quijano, éste disparó contra una mona que llevaba un monito á la espalda; la mona cayó viva aún, pero bañada en sangre y derramando lágrimas que acompañaba con agudos gritos; toma hojas que aplicaba à su herida, como para cohibir la hemorragia, por donde se escapaba su vida; después mostraba su hijo, cual si quisiera implorar para él, para aquel huerfanito, la compasión que no habían



tenido para ella, y por último lo estrechó junto á su pecho y expiró.

¿Habráse visto escena más humana en un animal?

* * *

El famoso sueco Sven V. Hedín, sabio explorador del Tibet, nos refiere en su importante libro, «En el Corazón de Asia», que los camellos estenuados por la fatiga, por el hambre y por la sed, á veces por el calor, á veces por el frío: ya en las inmensas é interminables dunas de los desiertos, ya en las altas montañas del Tibet, cuando presentían su muerte derramaban lágrimas que absorbía la arena sedienta, ó cristalizaba en hermosas perlas el frío de 30º bajo cero.

Antes de pasar adelante quiero consignar aquí un homenaje de admiración á ese sabio explorador de las regiones lóbregas y estériles del centro del Asia, que ha enriquecido la Geografía y Arqueología con preciosos mapas de ríos, lagos, desiertos y montañas, casi desconocidos hasta entonces y con tantos documentos y reliquias históricas extraídos de ciudades antiguas abandonadas por sus moradores en épocas remotas. Los museos de Estocolmo recibieron el gran presente de muchos esqueletos de animales asiáticos y muchas piezas de madera grabadas con figuras simbólicas, que encontró en esas ruinas y que revelan el fausto de la arquitectura oriental.

Sabios como este que expongan su vida á cada instante, que renuncien á los placeres y comodidades del hogar y al boato del gran mundo, por pasar muchos años lejos de la patria y la familia, sufriendo hambre, sed, cansancio y los extremos de una inclemente temperatura; que toquen muchas veces los lindes de la tumba y que al volver á la vida, prosigan sin desmayar en su noble intento de enriquecer las ciencias; esta sabiduría en acción, propia de hombres superiores, debiera servirnos



de modelo para hacer obra provechosa á la humanidad, y los nombres de esos ilustres varones debieran formar nuestro abecedario científico.



El mandador de mi finca me refirió lo ocurrido hace muchos años allá por aquellas alturas del volcán de Alegría, caso que forma el alma de una novelita que me propongo escribir y que ya anda tomando formas en mi mente, á la manera de una almita inquieta y polimorfa. Un pequeño incidente de este suceso viene al pelo de este artículo, y así voy á referirlo: Un día anónimo, perdido ya en la vorágine del tiempo, que la fecha poco importa, varios campesinos, medio niños, medio hombres, estaban sentados á la vera del camino, cerca de un ranchito deshabitado; uno de ellos solamente, portador de una escopeta, se paseaba pensativo y silencioso, frente á los demás. De repente, como asaltado por una inspiración diabólica, apuntó á uno de sus compañeros, disparó y huyó. El herido cayó al momento, preso de horribles convulsiones y bañado en su propia sangre, que á torrentes manaba de la región toráxica, pues el proyectil atravesó de seguro el corazón. ¡Un minuto y todo había concluido! ¡La obra maestra del Creador estaba destruida.... por un pedazo de plomo! El muerto tenía una perrita que nunca se separaba de él, y cuando lo vió tendido en el suelo, ensangrentado y frío, y rígido, y silencioso,—refieren, como caso verídico, los que presenciaron el hecho—aullaba lastimosamente y derramaba lágrimas *auténticas* y abundantes; que después de contemplarlo un momento, empezó á lamerlo desde los pies hasta la cabeza (este fue el orden que siguió la perrita) con fervor y con cariño, y cuando llegó á la herida redobló sus aullidos y se sentó entre las piernas del cadáver de su amo con el objeto de disputárselo á cualquiera que intentara to-



carlo, como lo demostró en la lucha que la patrulla tuvo que sostener contra ella para sustraerlo de allí, lucha encarnizada que conmovió el corazón de todos aquellos campesinos endurecidos en el trabajo y la intemperie.

Filósofos: ¿qué pensáis de esto?

Si los animales tuvieran lenguaje articulado, si pudieran expresar con palabras lo que sienten y lo que piensan, ¡cuántas lecciones de moral darían al hombre, que anda por esos mundos claudicante, sin energías, agobiado bajo el peso enorme del fardo descomunal de sus vicios! Una hormiga y una abeja podrían dar conferencias luminosas sobre las instituciones republicanas, que serían altamente provechosas á nosotros los centroamericanos; una gallinita cacareadora nos dejaría absortos ante la elocuencia conque explicaría los misterios del amor maternal, llevado hasta el heroísmo; y así, todos los animales, cual más, cual menos, tienen algo que enseñar al hombre vanidoso, que empinado sobre su soberbia, cree haber llegado á la meta de la sabiduría y del poder, sin acordarse que todo lo que sabe se lo debe á ese mundo de seres inferiores que desprecia y escarnece. El hombre, por fin descendiente de los simios, es un gran imitador, un papagayo con razón, excepto uno que otro creador que salva el nivel común nimbado por la luz divina del saber; pues descuellan siempre en la cima «los pocos sabios que en el mundo han sido».

Y aquí termino este articulito, que ya siento deseos de llorar; pues la brisa leda me trae las armonías de un valsesito viejo de gratas añoranzas, cuyas notas se escapaban de las cuerdas del piano convertidas en mágicas palomas de ensueños, que vienen á buscar refugio á mi corazón. Ese valsesito se llama «Las Lágrimas».

Jucuapa, julio de 1910.



En Jucuapa

Una alocución

Señores:

Solemne y hermoso, por demás, es el acto que acabamos de verificar, y evocativo y grato es el nombre que hemos dado á este bello lugar de recreo y de salud.

¡INDEPENDENCIA!

Oíd que palabra más armoniosa; si parece que brotara de los bosques seculares de nuestras costas, heridas por los vientos silbadores; de los torrentes despeñados en argentinas cataratas; de los mares bramadores y espumantes, y de las miríadas de pájaros cantores que baten sus alas bajo el diáfano cielo de la América Central.

¡Y cuánto significa esta palabra! ¡Qué inmensidad encerrada en tan pocas letras! ¡Síntesis grandiosa de las más sangrientas epopeyas! ¡Meta luminosa de todos los mártires! ¡Apoteosis sublime de las almas grandes! ¡Sacudimiento portentoso del esfuerzo para arrojar la pesadumbre!

Cuando emocionado pronuncio la palabra *Independencia*, en un día como este, siento que llegan á mi alma en ondas de luz y de entusiasmo, los espíritus máximos de Valle y de Barrundia, y en contorsiones titánicas languidecen en la esterilidad de mi pensamiento, impotente para expresar con galanas frases las fuertes impresiones de mi corazón.

Todos los pueblos tienen su gran día, su día de expansión, de regocijo, de libertad. El día de Centro América, de la amada patria grande de nuestros abuelos, es este día, que festejamos aquí dando un nombre tan simpático á esta obra de indiscutible mérito público.



Así deben celebrarse las grandes fechas de los pueblos, las fechas históricas, las inmortales; así; con obras prácticas y útiles: una palada de carbón arrojada en la hoguera del ardiente carro del progreso ó un ladrillo colocado en el gran edificio de la reconstrucción social. De esta manera seremos dignos hijos de aquellos que en un solemne testamento nos dejaron la gran herencia de una patria libre, joven y rica. No quiero recordaros de qué manera hemos hecho uso de ese precioso legado; vosotros lo sabéis mejor, y para no turbar nuestro regocijo actual, imaginemos que aun estamos en aquel día grande, interminable para los nobles corazones, para los patriotas de pura estirpe; que aun no se ha puesto el sol del 15 de septiembre de 1821 y que aun vibran en el espacio sonorosas y puras las palabras de José Cecilio del Valle, leyendo el acta de independencia.

¡Qué grato es vivir de esos recuerdos! Hagamos caso omiso de todo el tiempo que ha pasado desde ese gran día hasta el actual, no sea que encontremos muchos nubarrones en nuestro cielo y muchos abismos á nuestros pies. Gocemos con ese pasado glorioso y esperemos, de frente ante el porvenir, la conquista del ideal republicano y unionista. Para esa brega formidable os invito, conciudadanos; no os olvidéis de vuestro papel de hombres sobre la tierra; para acordaros solamente de que tenéis necesidades corporales. Hay deberes más sagrados que emanan de nuestra misma naturaleza y pesan sobre nosotros desde que hiere nuestras retinas el primer rayo de luz y llega á nuestros pulmones el primer átomo de oxígeno: Los deberes para con la Patria.

Volvamos á encender la antorcha divina del patriotismo que ha muchos años yace apagada bajo el estiércol de las pasiones. Soplemos esa chispa que acaba de aparecer en Costa Rica, para que se haga llama y que devore y que incendie y que ilumine las almas indiferentes y frías de tantos des-



ilusionados que viven recluidos en un criminal egoísmo. Encendamos un fanal en cada pecho. Hagamos lucha de ideas y no lucha de intereses personales.

Busquemos un medio de articular para siempre los cinco miembros del organismo centroamericano, que yacen dispersos y claudicantes; gracias al barbarismo de un cacique moderno, que por ser moderno no tenía las virtudes de los antiguos; para quienes mis labios no pronuncian más que palabras de elogio y de admiración. Lautaro, Caupolicán, Guactemoch, Lempira, Guatimozin y Moctezuma son mis dioses tutelares, tratándose del culto á la América. Me parece que hoy están aquí sus espíritus también y temo que se vuelvan pensando en que no hemos comprendido todavía lo que vale la independencia de un pueblo que lleva su sangre, aunque, en verdad, ya muy diluida con otras sangres anémicas y rancias.

Luchemos por ver algún día surgir entre los dos mares y los dos istmos la airosa figura de la América Central envuelta en su manto de armiño y cielo, que llevara en tiempo de Arce y Morazán. Aun está joven y es bella Centro América, y tiene arterias de oro y crenchas de fuego y pujos de titán; el porvenir le pertenece, ayudemos á su glorificación, siendo cada uno de nosotros un órgano sano y robusto: sano, moral y materialmente, y robusto de carácter y voluntad. Arrojemos muy lejos el ignominioso yugo de los vicios, que nos está aniquilando, sin la menor resistencia.

Para que seamos dignos de nuestra emancipación política, procuremos nuestra emancipación moral. Con solo querer la tendremos.

¡Trabajemos! ¡Trabajemos! ¡Trabajemos! Para descansar de un trabajo material hagamos trabajo intelectual; pero siempre trabajemos. El trabajo nos salvará del naufragio. Es el áncora de la salvación de los pueblos. El que trabaja tiene pan, tiene vestido y tiene albergue; tiene crédito y



estimación; tiene caricias, tiene amor; tiene sonrisas y esperanzas. Los pueblos laboriosos van siempre á la vanguardia en el derrotero de la vida; los indolentes, los degenerados y viciosos llegan hasta á desaparecer de la escena de las naciones cultas. Roma fué grande y próspera con la austeridad de sus cónsules y el trabajo de sus hijos, y perdió todo su poderío entre el boato, la molicie y las orgías de sus césares.

La América Latina, con México y la Argentina á la cabeza, va corriendo, corriendo á la conquista de un grandioso porvenir. Nosotros somos los últimos; apuremos el paso.

Todo lo que os he dicho ha sido para recordaros lo mucho que vale esa palabra *Independencia* con que hemos bautizado ahora este bonito centro de recreo, que marcará una nueva era en la vida de este pueblo y será un eterno vocero que nos estará gritando siempre al oído: «Sóis ciudadanos libres é independientes, hijos de la gran República de Centro América». No lo olvidéis».

15 de septiembre de 1910.



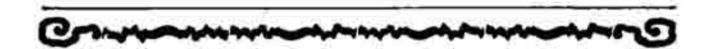




Flores Silvestres

por

Manuel Quijano H.







Flores silvestres

(Editorial del "Boletin del Comercio")

Tócale à Centro América—que es tambièn nido de calandrias y ruiseñores—presentar ante el mundo la numerosa falange de sus artistas; los cuales, con grandes vuelos líricos, remontan victoriosos á la infinita cima de la gloria.

Ayer fué el divino poeta Rubén Darío, originario de Nicaragua, quien dió á la publicidad su maravilloso libro de poesías *Canto Errante*; más tarde José María Zeledón, de Costa Rica, recoge en uno como joyel bizantino los seductores arpegios de su lira: *Musa Nueva*.

Hoy es el poeta Manuel Quijano Hernández, de El Salvador que nos presenta un tomo de versos las risueñas margaritas de sus dorados cármenes.

El poeta ha intitulado el libro *Flores Silvestres*: y tal cuadra, porque sus rimas vienen á perfumar el ambiente de nuestra virgen América, á modo de recien nacidas rosas, mojadas por los aljófares de la aurora.

Hay entre las poesías, adorables trozos que merecen recordarse, como *A mi esposa*, bella epístola que deja entrever las vagas nostalgias que sufre el soñador, en esos instantes de los crepúscu-



los bermejos en que la mente sueña con los atardeceres de países lejanos.

Por lo regular, el poeta Manuel Quijano Hernández aspira á pintar paisajes de la vida; acuarelas vívidas que el artista sabe mostrarnos con singular maestría como estas: *La Noche*, *Oh Luna*, *La Envidia*.

Y también hay en «Flores Silvestres» encantadores sonetos, en los cuales la idea corre parejas con la armonía del verso: tales como «Soñando», «La Serenata de Schubert», «En el Panteón» y «Puesta de Sol»: este último muy subjetivo.

La nota ingénua, el canto íntimo, está encerrado en «Escenas del Hogar», la cual, por la facilidad de la dulzura infantil con que está escrita me recuerdan las composiciones de ese género de un gorrión mexicano; el cual, ya encanecido, solo en noche sentimental de plenilunio es cuando pulsa el laúd romántico que se ha hundido en lo mediocre, después de haber llegado al triunfo máximo en Víctor Hugo.

Y son también de igual modo ingénuas y descriptivas: «A mi hija enferma», Amor, «Tù y Yo», «María Antonieta»

Pero algo hay que supera á todo lo enumerado en este corto juicio: son estas poesías que voy á citar, más que por su mérito merecen puesto distinguido en una Antología: «En pos de gloria», «En el Calvario», «A José Joaquín Palma», «Libertad y Patriotismo», regia-diadema que así comienza:

Pura, esplendente y hermosa,
envuelta en luz argentina,
como una chispa divina
irradió la libertad.
En tantos años de vida,
la veo por vez primera,
unida á nuestra bandera
llamando la inmensidad.

El poeta salvadoreño Manuel Quijano Hernández ha triunfado, porque en esta época de grose-



ro individualismo y mercantilismo, su libro de rumorosas poesías, entra victorioso en el templo de la fama, puesto que pertenecen á esa literatura que tiene por objeto lo grande, lo noble, lo bello.

Primitivo Herrera.

Santo Domingo.

La serenata de Schubert

El grito más doliente que ha salido
De humano corazón enamorado
Es el grito de Schubert, que ha quedado
Vagando en el espacio adormecido.
Es el lamento fuerte y dolorido
Del corazón enfermo y lacerado:
Es el ¡ay! más intenso que ha arrancado
Con su invencible dardo el dios Cupido.
¡Oh, Schubert! tu doliente serenata
Te llevó de la gloria al paraíso,
Y no hay del mundo una mujer ingrata
Que se resista á su potente hechizo;
Pues hasta el cielo llega y arrebata
Todo lo bello que en el cielo se hizo.

El pino de mi casa

(PAISAJE)

Un pino bien formado y arrogante
Yergue aquí su silueta majestuosa
En medio del jardín, donde la rosa
Le acaricia y le besa delirante.
Ruge la tempestad y en el instante
La fresca lluvia cae presurosa,
Dejando en pos de sí una tarde hermosa
Cuajada de facetas de brillante.



Quedó el pino cubierto de gotitas
Tembladoras que incitan á cogerlas,
Y son tan relucientes y bonitas
Que es insaciable la ansiedad de verlas;
Pero la brisa sopla y TODITITAS
Caen cual blanco lloviznar de perlas.

10--1905.

Soñando

Duerme tranquila en su mullido lecho,
Como una diosa en nubes de crespones
Y se pueden contar las pulsaciones
Del corazón sobre su blanco pecho.
Al contemplarla me parece estrecho
El mundo para tantas ilusiones,
Que nacen en el mar de las pasiones
Envueltas por las sombras del despecho.
De púrpura se tiñen sus mejillas
Y se impresiona un tanto su semblante,
Cual si notara que alguien á hurtadillas
La observa—¿En quién piensa en ese instante?
Sueña que escucha, en tiernas melodías,
La dulcísima voz del pobre amante.

Julio Flórez

(Con motivo de su venida al Salvador)

Poeta de las ternuras,
De las dulces armonías:
Tus estrofas bellas, puras,
Son trinos y melodías;
Son rumores y quejidos
De la fronda y florestal;



Son cascadas de sonidos
De una orquesta celestial;
Arpegios de ruiseñores
O matices de arrebol,
Sarta de perlas y flores
En un rayito de sol.

Amor

Amor: sublime inspiración del cielo,
Divino efluvio de alas de querubes
Sobre los nimbos blancos de las nubes
Que rodean el trono del buen Dios;
Himno inmortal, irresistible anhelo,
Secreta simpatía hacia lo bueno,
Poema escrito en el Edén Ameno,
Haciendo un solo corazón de dos.

El Poeta

Nacido para amar, viene á la Tierra
A cumplir su misión pura y sagrada;
Dirige al mundo plácida mirada
Y ama ferviente lo que el mundo encierra
Vive con la fortuna en cruda guerra;
Responde á su dolor la carcajada
Irónica de gente enmascarada
Que el paso por doquier tenaz le cierra.
El éxodo recorre de su vida
Cantando taciturno sus amores,
En busca siempre de anhelada meta;
Y cuando al mundo da su despedida
Envuelta en nimbos de fragantes flores
Se eleva á Dios el alma del poeta.

Oct. de 1907



Recuerdos de la infancia

¡Oh tiempos de mi infancia, que pasaron
Fugaces, indecibles, deliciosos!
Ojos que nunca de pesar lloraron,
Y labios inocentes y dichosos,
Que las delicias del placer gustaron,
Saciadas siempre y siempre tan deseosos.
Instantes breves ó felices días:
¿Por qué se han ido para no volver?
Apenas en oscuras lejanías
Vagos recuerdos vienen de mi ser.
¿Por qué han muerto, por qué mis alegrías?
¿Por qué el dolor sustituyó al placer?

Miniatura

Erase una blanca rosa,
Que en su cáliz escondía,
Palpitante y temblorosa,
Como en alas de mariposa
Una gota de agua fría.
Rosa la más bella y pura
De un encantado verjel,
Rebosante de frescura,
Que absorbía la amargura
Para convertirla en miel.
El aura ténue y sutil
De una tarde americana,
Con los fulgores de abril,
La cubrió de besos mil,
Por ser una flor temprana.
Un día al nacer la aurora
Bañando de luz el suelo,
La gota estalló sonora,
Huyó el agua tembladora
Y voló mi rosa al cielo.

8--1905.



In Memoriam

(Para la corona de Marciano Castillo)

Espíritu gigante, que veías,
A travès de los tiempos y las brumas,
Batir, en pintorescas lejanías,
Al angel de LA UNIÓN sus níveas plumas.
Luchador incansable de la idea:
Tu ardiente corazón se extremecía,
Como el dorado insecto que aletea,
Bebiendo á sorbos el claror del día.
Y en tu clarividencia iluminado,
Absorto contemplabas tu visión,
Mientras artero, engañador, el hado
Traspasó sin piedad tu corazón.
La Patria de los grandes ha perdido,
Al inmolarte en aras de tu ideal,
Un genuino unionista convencido
Y una estrella del cielo intelectual.

La estrella matutina

Antes que el alba asome en el Oriente
Engalanando la feraz natura,
Como heraldo de luz resplandeciente,
Surge la estrella matinal y pura.
Se disipa el misterio de la noche
A su luz diáfana, apācible y suave;
La flor empieza á entreabrir su broche
Y en el ramaje se despierta el ave.
Sonríe el cielo al contemplarla bella,
Las nieblas van á hundirse en el ocaso,
Y sólo queda la fulgente estrella
Enviando al mundo su fulgor escaso.

11



¡Oh Luna!

Eterna viajera
del azul espacio.
Sultana hechicera,
mírame siquiera
desde tu palacio.
Tu brillo apacible,
de vida fecundo,
sutil, intangible,
llega hasta el sensible
corazón del mundo.
Hace muchos años
que veo tu lumbre
bañar los extraños
fantasmas de engaños
de mi pesadumbre.
Tu luz ha calmado
mi acerbo dolor,
y cuando he llorado
mi llanto has trocado
en cantos de amor.
Y he sido tu amante,
tu amante rendido;
y siempre constante
tu novio galante
por siempre yo he sido.
Hoy sufro, silente,
pesar y amargura
y llevo en mi frente
la insignia evidente
de mi honda tristura.
¿Qué quieres ¡oh Luna!
si el hado inclemente
en hora importuna,
clavó una por una
en mi alma doliente,
las envenenadas



flechas del dolor?
Y están enlutadas
las entrecortadas
notas de mi amor?
Mas siempre te admiro
y te amo y te adoro:
tu efluvio respiro,
y entre ay y suspiro
te canto y te lloro.
Perdóname, Diana,
si en vez de mi canto,
te envíe mañana
un son de campana
desde el camposanto.

Lo que deseo

Una casita de rojas tejas
Con muchas puertas y un corredor,
Blancas paredes de bajareque,
Dos torrecillas y un mirador,
Bajo la sombra de un gran ceibo
Cerca, muy cerca del ancho mar,
Un jardincito de bellas flores
Y en medio de ellas un palomar.
Un bosquesito de grandes pinos
Que al aire hiendan y den sonidos,
Y hermosa gruta donde las aves
Tranquilas puedan formar sus nidos.
Un arroyuelo, do fresca el agua
Se precipite desde la altura,
Formando el iris con sus vapores
Y luego corra por la llanura.
Lejos muy lejos en el Oriente
Ver la salida del astro rey,
Y en la pradera verde y hermosa
Pacer alegre la mansa grey.
Tener el numen de los poetas



De más renombre que han existido
Para enseñarles á mis hijitas
Como del alma sale el gemido.
Un cielo puro de azul turquí
Con vaporosas nubes de encajes
Y un baño tibio de luz del cielo
Que se desprende de los celajes.
Eso tan solo deseo ansioso,
Y así mi vida la pasaría
Pidiendo al cielo que me dejara
Gozar tranquilo de mi alegría.

Una mañanita de abril

Ya se oía por los prados
Del senzontle dulces trinos
Y el balar de los ganados
Y el susurro de los pinos.
La flor al abrir su broche,
Soñolrenta y perezosa,
Daba un adios á la noche
Para levantarse hermosa.
El céfiro perfumado
Hacía grato el ambiente,
Se disipaba el nublado
Y murmuraba la fuente.
En el cielo del Levante
Brotó la luz auroral
Como un inmenso diamante
En cola de pavo real.
Era un hermoso abanico
De luces y de colores;
Era aquello lo más rico,
Era una lluuia de flores.
Y en tanta luz y armonía
Que al astro seguía en pos,
Medio oculta se veía
Una sonrisa de Dios.



En pos de la gloria

Lucha en vano mi estéril pensamiento
En la extensión misérrima y vacía
De mi mente sin numen, sin aliento
Volando hacia una oscura lejanía.
En vano forcejea
Por alcanzar la cítara de Apolo.
En vano.... mi horizonte no clarea:
Soy como el nauta que no llega al polo
Y apenas se divisa
Esa boreal aurora
Que radiante ilumina y electriza
La frígida región que aun no se explora.
Persigo siempre una visión que me huye:
Soy Tántalo abrazado por la sed,
Soy peregrino del ideal que afluye
Al sacro templo á implorar merced.

*
* *

Soy conjunción de sombras y abismos,
Sigo la negra arista de las simas
Y engendro el estertor de paroxismos
En el árido seno de mis rimas;
La impotencia escalando el infinito,
Oruga prisionera en el capullo;
Estatua cincelada en el granito
Con pedestal de candidez y orgullo.

*
* *

Persigo sin cesar una ilusión,
Débil sombra quizá de un espejismo:
Algo que la razón
No encuentra nunca fuera de mí mismo;
Mas yo la sigo delirante y loco,
Aspirando el perfume que me deja,
Y cuando ya parece que la toco
Se me escapa otra vez y más se aleja.



Quisiera de los Andes, un momento
Posar mis plantas en la enhiesta cumbre,
Bañar mi frente en la infinita lumbre
Y aspirar todo el aire en un aliento.
Talvez calmara mi isnaciable anhelo,
Contemplando tan cerca de mis ojos
El manto azul del encombado cielo,
Con blancas nubes de filetes rojos,
Que parecen bostezos de querubes,
Expresando sus cándidos antojos.
¡Qué inmensa dicha, el insondable arcano,
De cerca contemplar!
Talvez vería el germen soberano
Donde empieza la vida á palpitar;
Y allí mi pensamiento encontraría
La visión que persigue, transitoria,
De luces, movimiento y armonía
Simbolizando la infinita Gloria.

A mi tercera Hija

Licia Isabel

Sentí un dolor que anonadome el alma
Y fue la muerte de mi Blanca Rosa,
Cuando al perderla se llevó mi calma
Al hondo abismo de su helada fosa.
Abandoné mi lira desde entonces,
Sollozantes aún sus cuerdas rotas;
Y solo oía de los tristes bronces
La funeraria sucesión de notas.
Pero naciste, Licia, y tus encantos
Dieron calor al corazón ya frío,
Y á tus impulsos brotan estos encantos
Como brotan «los ánades del río».
Mas dimé, ¡oh! hija, ¿no eres tú mi Rosa,
La misma Rosa que mi hogar dejó?
Si fuiste al cielo porque alguna cosa
Allá olvidaras, á ir no vuelvas, no.



Quédate aquí que mucho te queremos,
Gozamos contemplando tus primores
Y un nido en nuestro amor te formaremos
Con los más lindos pétalos de flores.
Hemos de fabricarte tus pañales
Con pedazos del cielo tropical,
Y tus gorras con nubes matinales
De blancura y belleza sin igual.
Del bosque tomaremos la frescura
Para rodear tu cuna de alabastro,
Y en tu cielo pondremos la más pura
Titilación del resplandor de un astro.
Tendremos de la fuente los murmullos
Y también el trinar del ruiseñor:
Imitaremos mágicos arrullos
Para adormirte en cánticos de amor.
Si necesario fuera á tu existencia
Toda la esencia dar de nuestro ser,
Te daríamos, sí, toda esa esencia
Y el gérmen de la dicha y el placer.

San Miguel, mayo 23 de 1905.

Canción

A mi esposa ausente

Si fuera un ave de raudo vuelo
Yo volaría para el ocáso,
Donde tus ojos, mirando al cielo,
Me llamarían á tu regazo.
Si fuera un astro del firmamento
Con mis reflejos te bañaría;
Si fuera idea, tu pensamiento
Darme otra forma talvez podría.
Si de las selvas fuera el jilguero
Que alegre canta por la mañana,
Yo llegaría, quizá el primero,
Con mis canciones á tu ventana.



Si fuera arroyo de frescas aguas
Que el prado surca con grande anhelo
Yo besaría de tus enaguas
La última cinta que toca el suelo.
Si fuera un rayo de luz tranquila,
De esos que alumbran el claro día,
Penetraría por tu pupila
Y allí en tu seno me quedaría.
Si fuera un lirio de ameno valle,
Que el aura besa con frenesí
Me prendería junto á tu talle
Y moriría de amor por tí.

Agosto 18 de 1905.

Post Mortem

A mi hija Blanca Rosa

Del fondo de mi alma dolorida
La queja más doliente se desprende,
Al ver como se escapa de la vida
La luz que Dios en nuestro ser enciende.
Ví brillar en mi noche azas sombría
Una preciosa y diminuta estrella;
Como en los cielos luminosa brilla
La más hermosa, refulgente y bella.
Pero la estrella que llamé mi Rosa,
Fué una estrella fugaz que se extinguió;
Pues fué mi hija una blanca mariposa
Que abrió sus alas y al zenit subió.
Y hasta allá la siguió mi pensamiento,
En mi febril y loco desvarío.
¡No hay humano dolor que en tal momento
No haga gemir al corazón más frío!
Existe un punto en el azul del cielo
Que siempre miro con tenaz porfía:



Me parece que allí detuvo el vuelo
El angel de mi dicha y mi alegría.
En ruda lucha, la horrorosa parca,
Contra el amor, contra la adusta ciencia,
Contra todo lo que la mente abarca,
Contra la misma rígida experiencia;
Mostró sus garras y se irguió potente
Contra esta miserable fuerza humana:
Venció en la lucha y fría, indiferente,
Abrió la fuente que dolores mana.



¡Oh Dios, bondadoso y santo:
Por qué dejas mi alma herida,
Sin el angel de mi encanto,
Sin la dicha apetecida?

San Miguel, julio 5 de 1904.

En el Cementerio de Sesori

Buscando la tumba de mi aya Magdalena López

En busca de una tumba ya olvidada
Do duermen los despojos de una anciana,
Que vivió á mi ventura consagrada,
Vengo de lejos; mas.... ¡oh suerte vana!
Si ya hace muchos años
Que en este cementerio
Vinieron á enterrarla los extraños;
Y ni una cruz que aclare ese misterio
Me es dado hallar, que el nombre guardaría
De la que fuí el objeto
De su más tierna y pura idolatría.
Tumbas: ese esqueleto
¿Cuál de vosotras guárdalo ignorado?
Para poner allí una humilde piedra



Y en ella un nombre para mí sagrado;
Que nunca cubra la silvestre yedra.

*
* *

Mas las tumbas no quieren contestar;
Solo el eco repiten de mi acento,
Y ya que su memoria perpetuar
No puedo con sencillo monumento,
Quiero que mi cariño,
En estos versos hechos en su nombre,
Junte al amante corazón del niño,
Agradecido el corazón del hombre.

¡Oh Alma Luz!

¡Luz bellísima! ¡Luz esplendorosa!
Luz que al caos llenó de resplandores,
Luz que colora el pétalo de rosa,
Y el prisma quiebra en múltiples colores.
Luz que se escapa en cataratas bellas:
Ora en la exhalación ó aerolito,
Ora en la inmensa multitud de estrellas,
Y se pierde en el éter infinito.
Luz que penetra al átomo intangible
Y que anima la célula nerviosa,
Que el microcosmos hácenos visible
Y que abrillanta la áurea mariposa.
Luz que en fecunda conjunción palpita
En cada gota de argentada nube
Y forma el iris trémulo que agita
Con el ala blanquísima el querube.
Luz que alumbra la mente pensadora
Para arrancar del caos el secreto.
Luz que conmueve en la canción sonora
Y que ilumina en la oda y el soneto.
Luz que en nimbo radioso y fulgurante



Circunscribe la frente del poeta:
Luz que miraba en su cerebro el Dante,
Cual ve la gloria alucinado asceta.
  Luz que brota del centro de los mundos
Y á ese centro de los mundos vuelve,
Al recorrer ignotos y profundos
Espacios, donde en vida se resuelve.
  Y en esa luz que forma los mirajes,
Y en esa luz que el universo encierra,
Quiero empapar mis enlutados trajes
Cuando descienda al seno de la tierra.



